

P. E. CLEATOR

LOS LENGUAJES PERDIDOS

Lectulandia

Esta obra (un clásico de la divulgación arqueolingüística, y una de las dos únicas referencias que la Wikipedia en español ofrece en la entrada "jeroglífico") ofrece, como dice el profesor Roca Pons en su prólogo, no solo una introducción al conocimiento de los sistemas de escritura de distintas lenguas perdidas, sino también un recorrido por la lucha realmente dramática en que consistió su descubrimiento; lo que, sin duda, resulta casi igual de apasionante.

Lectulandia

P. E. Cleator

Los lenguajes perdidos

ePub r1.3

Darhdahar 25.08.13

Título original: *Lost languages*
P. E. Cleator, 1955
Traducción: Carmen Huera
Ilustraciones: P. E. Cleator
Retoque de portada: Darthdahar

Editor digital: Darthdahar
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

El libro de P. E. Cleator, el distinguido especialista inglés en lenguas antiguas, ofrece al lector aficionado a los temas lingüísticos varios alicientes: entre ellos, no solamente el conocimiento de los diferentes sistemas de escritura de algunas importantes lenguas perdidas -dentro de los límites que permite un libro de esta naturaleza-, sino también la lucha realmente dramática en que consistió su descubrimiento.

El lector sabrá perdonarme si, aprovechando la oportunidad que me han brindado al encargarme de este prólogo, me extiendo en algunas consideraciones que, aunque no afectan directamente al tema del libro, me parecen del más alto interés en relación con los estudios lingüísticos en general. En primer lugar, es lamentable el poco interés que estos temas suscitan entre nosotros, con la excepción importantísima, desde luego, de los históricos dentro del marco tradicional: lenguas clásicas, semíticas y románicas especialmente, los de dialectología peninsular, los normativos y, en parte, los que se aplican al estudio de la literatura. Sin embargo, la gran bibliografía lingüística de carácter general aparecida en los últimos años, especialmente la orientada sobre bases estructurales, permanece prácticamente desconocida de nuestro público estudioso. Algo parecido puede decirse de los estudios que afectan a otros grupos de lenguas que no sean los citados más arriba. Creo, sinceramente, que debemos ir pensando en una renovación de nuestros sistemas de enseñanza universitaria en este sentido. El paso más urgente me parece, de momento, conceder una mayor atención a los estudios de lingüística en general. Nuestros estudiosos, por ejemplo, apenas tienen modo de orientarse o informarse sobre un movimiento científico tan importante como el de la lingüística moderna norteamericana, tan fecundo a pesar de sus indudables excesos formalistas. Es verdad que el estructuralismo europeo es más conocido, sobre todo en algunas de sus más logradas manifestaciones, como la escuela de Praga y la de Copenhague, gracias, de modo particular, a los conocidos libros de E. Alarcos.

Precisamente, ya que el libro comentado trata de sistemas de escritura, me parece oportuno aludir a la aceptación cada vez más general que ha obtenido la fonología en el sentido de la escuela de Praga, análogo al de la «Phonemics» americana. La transcripción fonológica -o, si se quiere, «fonémica»- constituye, ciertamente, un perfeccionamiento de los sistemas alfabéticos. Por algo se ha dicho que las letras son precursoras, dentro de dichos alfabetos, de los fonemas o, mejor dicho, de su adecuada expresión fonológica. No ocurre lo mismo con los alfabetos fonéticos, pues, para ellos, lo único importante es la expresión detallada de la parte acústica del lenguaje, sin la relación que los fonemas, como unidades funcionales mínimas sin significación, tienen, no obstante, con dicha significación. En castellano, por ejemplo,

la ortografía fundada en el alfabeto y la transcripción fonológica presentan grandes puntos de contacto por motivos bien conocidos. Es muy diferente, por el contrario, el caso de lenguas como el francés y el inglés, debido a la acentuada discrepancia que ofrecen dichas lenguas entre sus sonidos y su expresión ortográfica.

Atravesamos unos momentos de indudable renovación en la lingüística y, como suele ocurrir en todos los procesos que implican grandes cambios de orientación, las nuevas doctrinas se muestran, a veces, demasiado exclusivistas y poco comprensivas por la labor realizada de acuerdo con métodos más antiguos. Así, a pesar de las grandes perspectivas que ofrece el estructuralismo en sus diversas manifestaciones europeas y norteamericanas, a partir, respectivamente, de las obras fundamentales de Saussure y Bloomfield, no puede dejar de reconocerse que los resultados prácticos obtenidos no han sido siempre valiosos, sobre todo fuera del campo de los sonidos. Por el contrario, la lingüística histórica tradicional, a partir del movimiento llamado de los neogramáticos y con las rectificaciones y adiciones aparecidas antes de la revolución saussuriana, ha aportado, dentro de sus límites, resultados rotundos y seguros que de ningún modo pueden echarse en olvido. Pero es indiscutible, sobre todo, que la gramática tradicional, de base normativa y lógica, se halla necesitada de una profunda renovación. Todos nos hemos dado cuenta alguna vez de sus numerosas contradicciones, de los problemas que deja sin resolver, de su falta de rigor metodológico, etc. Las tendencias modernas deben ser bien acogidas, precisamente, por el afán de rigor y de método adecuado que ofrecen, pero no hay que pensar tampoco en una sustitución total, sino más bien en corregir los errores e impurezas metodológicas de las antiguas especulaciones gramaticales, que se han ido repitiendo desde los tiempos de la antigua Grecia. Pero la gramática tradicional se ha mostrado particularmente ineficaz al ser aplicada, según los moldes de las lenguas clásicas y afines, a lenguas totalmente desconectadas de ellas.

Pero, volviendo al tema específico de la obra que nos ocupa, debemos señalar todavía otras cualidades que vienen a realzar su mérito. Uno de ellos, la relación que el autor sabe explicar entre los sistemas de escritura y su desarrollo y los pueblos que hablaban las lenguas expresadas por dichos sistemas.

Uno de los temas que también nos sugiere la lectura del libro de Cleator es el de la primacía de la lengua hablada. Este interés por la lengua hablada, que puede observarse de una manera creciente en la evolución de los estudios lingüísticos realizados bajo inspiración positivista, ha sido puesto de relieve de modo tajante por las tendencias más modernas de la ciencia del lenguaje. Otro tema que se desprende casi inevitablemente es el del origen del lenguaje. Este problema, que el positivismo dejó de lado por considerarlo ajeno a su metodología e intereses inmediatos, ahora más que antes si cabe, continúa siendo objeto de especulación filosófica más que de investigación lingüística. Como dice Cleator en el primer capítulo de su libro, los

procesos reconstructivos de las lenguas no nos han permitido hasta ahora remontarnos a una lengua única primitiva, base y origen de todas las demás. Los ensayos realizados en este sentido no pasan de ser fantasías más o menos ingeniosas.

Cleator dedica una extensión considerable, como podrá observarse, a la escritura jeroglífica del antiguo Egipto, así como a la cuneiforme del cercano Oriente, y nos hace seguir, con auténtico interés dramático, el camino que nos llevará a la escritura alfabética, presentada o en estado embrionario en los sistemas aludidos, pero llevada a su realización por los fenicios y, de un modo completo -incluidas ya las vocales-, por los griegos. A través de los etruscos la escritura pasó probablemente a Roma.

Para valorar en toda su importancia la invención de la escritura alfabética, piénsese solamente en los 40 000 signos necesarios para escribir una obra profunda y extensa en chino. Pero la culminación de la escritura alfabética la constituye, según hemos dicho, la moderna transcripción fonológica, que viene a ser, en cierto modo, la escritura alfabética ideal, sin las imperfecciones -tan difíciles de superar- que ofrecen los alfabetos empleados por las lenguas que utilizan este tipo de escritura. No quiero decir con ello que estos sistemas deban ser sustituidos, fuera del campo de la lingüística, por la aludida transcripción.

Quisiera terminar expresando mi deseo de que esta obra venga a incrementar entre nosotros el interés por la lingüística general y por las diversas lenguas esparcidas por el mundo o las que ya han desaparecido, como las estudiadas en este libro.

JOSÉ ROCA PONS

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE INDIANA

NOTA DEL AUTOR

Expreso mi agradecimiento a G. Chesterfield, a quien se debe la idea de este libro sobre la recuperación de las lenguas perdidas y las escrituras olvidadas, y a todos aquellos investigadores y descifradores que contribuyeron a hacer posible esta obra, gracias a su generosa respuesta a mis peticiones de información y material ilustrativo. Especialmente me hallo en deuda con las siguientes personalidades, que permitieron la reproducción de fotografías y listas de signos de textos especializados, y por haberme facilitado copias de algunos de estos detalles: Sir Alan Gardiner (*Egyptian Grammar*); Profesor I. J. Gelb (*Hittite Hieroglyphics*); Dr. C. F. A. Schaeffer, la British Academy y la Oxford University Press (*The Cuneiform Texts of Ras-Shamra-Ugarit*); Sr. Emmett L. Bennett y la Yale University Press (*A Minoan Linear B Index*); Dr. David Diringer and Hutchinson & C.º (Editores) Ltd. (*The Alphabet*); Dr. John Chadwick, M. Oliver Masson, Profesor Carl W. Blegen y los Síndicos de la Cambridge University Press (*Documents in Mycenaean Greek*); y K. W. Marek (C. W. Ceram), M. G. Scheler, Profesor H. T. Bossert, Sidgwick and Jackson Ltd. y Victor Gollanez Ltd. (*Narrow Pass, Black Mountain*).

Algunas fotografías y dibujos aparecen en este libro gracias a la gentileza de Macmillan & C.º Ltd. y de los Ejecutores del finado Sir Arthur Evans (*Scripta Minoa*); George Allen and Unwin Ltd. (Thor Heyerdahl, *Aku Aku*); y Routledge y Kegan Paul Ltd. (R. Hunter: *The Script of Harappa and Mohenjodaro*).

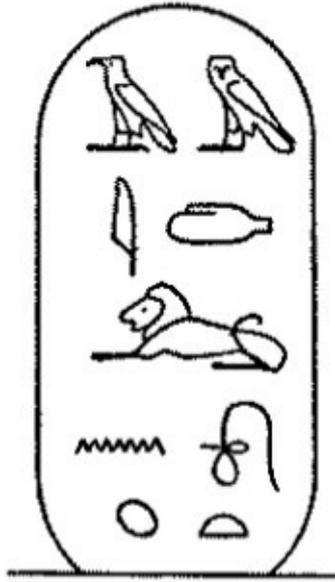
Otras ilustraciones fueron facilitadas por Glyn Edwards, por el New York Metropolitan Museum of Art, por el Chicago Oriental Institute y por el British Museum.

Ha sido consultada mucha bibliografía, que incluye diversos números del *Journal of Hellenic Studies*, el *National Geographic Magazine*, *Acta Congressus Madvigiani*, *Studia Orientalia*, *Syria*, *Archaeologia*, *Antiquity*, *Revue Biblique*, *Bibliotheca Orientalis* y el *Bulletin de la American School of Oriental Research*, para no mencionar publicaciones tan conocidas como la *Cambridge Ancient History*, el *Bible Dictionary* de Black, la *Encyclopedia of World History*, de Wylliam L. Langer, y una selección de otras obras clásicas de referencia: Americana, Británica, Chamber's, Collier's, Compton's, Everyman's, Funk and Wagnall's y Universal.

También estoy muy reconocido a todos aquellos bibliotecarios que me ayudaron a localizar y me facilitaron las obras mencionadas (en una ocasión tras varios meses de búsqueda), así como a los lingüistas que me ayudaron a realizar las transliteraciones y traducciones, y a mi esposa y a mi buen amigo W. H. Browning por su diligente lectura y corrección de pruebas.

P. E. CLEATOR

LOS LENGUAJES PERDIDOS



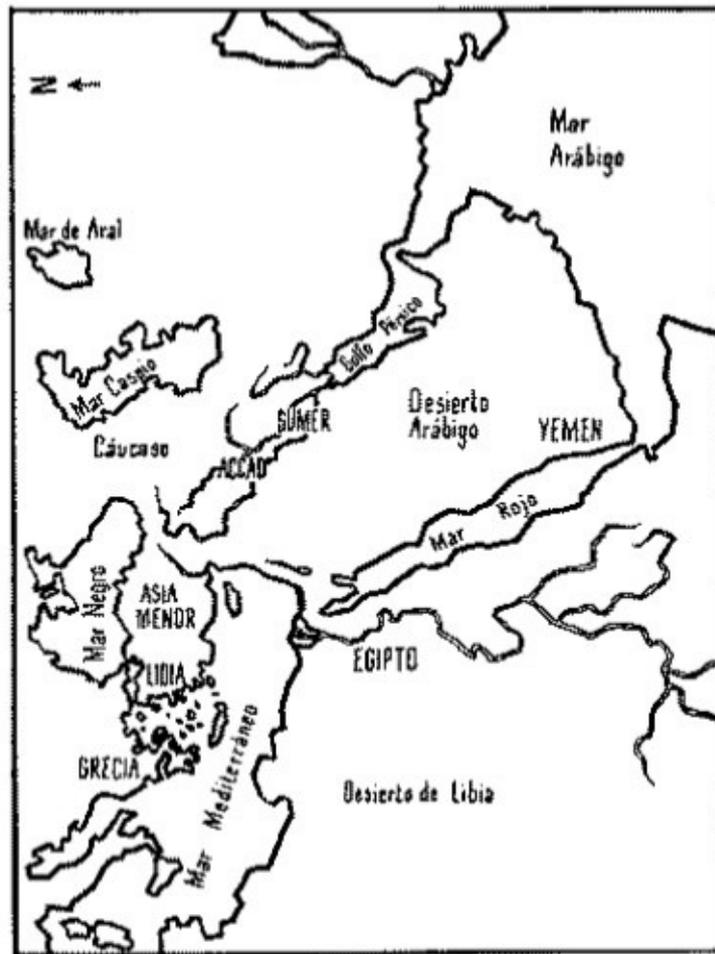


Fig.1.- El Mediterráneo oriental y el Cercano Oriente.

CAPÍTULO I

LA CONFUSIÓN DE LAS LENGUAS

I

El don natural de la palabra como medio de expresión se manifiesta en el lenguaje hablado, y en él se basa la escritura o lenguaje escrito, que, esencialmente, no es sino una forma secundaria de comunicación.

Los pedantes suelen considerar superior el lenguaje escrito al hablado, sosteniendo que este último es una forma más basta y adulterada del primero. Es indudable que la palabra escrita es siempre más conservadora que la palabra hablada, sobre la que ejerce una fuerte influencia depuradora; sin embargo, la humanidad posee desde tiempo inmemorial la facultad de hablar para expresarse, mientras que, incluso ahora, en esta época de mayor progreso e ilustración universal, unos dos tercios de la población mundial todavía son analfabetos. Parece evidente, pues, que lenguaje, intrínsecamente, es más bien lo que se habla, que lo que se escribe.

Sin embargo, aunque el lenguaje sea el mejor medio de comunicación, existen, desde luego, otros procedimientos con los que los seres vivientes se ingenian para hacer conocer sus sentimientos e intenciones a los demás; procedimientos que van desde los movimientos de las antenas de las hormigas a la variedad de actitudes que adoptan los pájaros para cortejar a sus hembras, o a los sonidos orales que emiten los monos antropoides; sin embargo, como no existe un verdadero vocabulario, no puede considerarse que los monos superiores posean la facultad de hablar.

Asimismo sería mucho suponer que el loro -aunque sea capaz de reproducir sonidos que no le son propios y que incluyen incluso el de la voz humana- pueda tener la más ligera comprensión de las cosas que repite mecánicamente, ni siquiera en el caso de que la voz premonitora de «¡Fuego!» coincida con la caída de un carbón encendido sobre la alfombrilla situada ante la chimenea.

Resumiendo, sólo el hombre puede ser descrito con propiedad como un animal parlante, y sólo él tiene derecho a denominarse «conversador».

Al considerar esta extraordinaria circunstancia, los antiguos se contentaron con explicar el fenómeno del lenguaje como un don de los dioses. La identidad del divino donante variaba según los lugares -Toth en Egipto, Indra en la India, Yahueh en

Palestina, Hermes en Grecia, etc.-. No es necesario decir que la moderna investigación desprecia tan ingenuas e improbables ideas y deja sin respuesta el problema del origen del lenguaje, aunque esto no signifique, desde luego, que no se hayan emitido conjeturas a este respecto. Así, por ejemplo, y de acuerdo con lo que de modo humorístico ha sido denominado teoría «Pooh-pooh», las primeras palabras desprovistas de sentido del hombre fueron emitidas instintivamente, y más tarde llegaron a simbolizar la particular situación que las provocó. Por otra parte, la teoría onomatopéyica (también denominada teoría «Bow-bow») sostiene que el lenguaje primitivo fue el resultado de los intentos realizados por el hombre para imitar los sonidos emitidos por los animales, o los ruidos de la naturaleza. En cambio, los partidarios de la llamada teoría «Yo-ho-ho» creen que el excesivo esfuerzo muscular, al provocar una respiración pesada, motivaría una involuntaria vibración de las cuerdas vocales humanas...

Sin embargo, todas estas explicaciones han encontrado fuertes objeciones. Por ejemplo, la teoría «Bow-bow» tropieza con el hecho de que, incluso entre los pueblos no civilizados, las palabras de tipo imitativo, tales como «cucú» o «quiquiriquí», constituyen tan sólo una parte de su vocabulario relativamente pequeña. Además se ha planteado un problema aún más arduo: el de explicar de qué modo los movimientos del lenguaje y los sonidos que los acompañan llegaron a adquirir significado. También en este terreno nuestra ignorancia es a la vez lamentable y profunda. No podemos explicar ni siquiera por qué el producto de «dos veces dos» ha sido denominado «cuatro», en vez de «seis», por ejemplo; aunque podamos entender -por tratarse de un asunto de historia más reciente- a qué se debe que estemos dispuestos a comer lo que denominamos *sandwiches*, pero que en cambio rehusemos resueltamente comernos un *cardigan* o unos *wellingtons*^[1].

Es probable que las primeras palabras que realmente pueden ser consideradas como tales estuvieran de algún modo relacionadas con sonidos y actitudes de animales; así por lo menos nos lo sugiere el hecho de que seguramente el lenguaje humano no se desarrolló hasta que los hombres empezaron a vivir en comunidad y experimentaron la necesidad de realizar un intercambio de ideas.

Ahora bien, ¿este desarrollo fue monogénético o poligenético? -es decir, el lenguaje, ¿tuvo un origen singular o múltiple?- Si nos adherimos a la teoría del finado lingüista Alfredo Trombetti acerca del origen único, ¿cómo explicaremos satisfactoriamente la enorme diversidad que existe hoy día entre las lenguas del mundo?

A principios del siglo XIX, tales cuestiones habían sido sometidas a seria consideración, ya que por aquel entonces las culturas mesopotámicas todavía no eran reconocidas como las reales autoras de la leyenda de la torre de Babel y aún estaba ampliamente difundida la teoría de que todas las lenguas procedían del hebreo. Las

teorías contrarias a tal creencia, que pretendían que quizá se hubiese hablado otra lengua con anterioridad al hebreo en el Jardín del Edén, eran rechazadas simplemente como inconcebibles.

Sin embargo, en la actualidad esa vieja convicción ha sido reemplazada por la admisión de una falta de certidumbre y se reconoce que no se pueden esperar respuestas definitivas respecto de hechos que tal vez ocurrieron hace más de un millón años. En resumen, se acepta que padecemos una completa carencia de datos acerca de los orígenes del lenguaje y que cualquier estudio de la subsiguiente evolución debe reducirse al estudio del proceso evolutivo que tuvo lugar durante el período histórico y que, cuando este limitado aspecto de la investigación fue iniciado, los investigadores se encontraron enfrentados con cientos de lenguas nativas totalmente distintas entre sí, cuyo número exacto no pudo ser precisado (los cálculos oscilan todavía entre 2 500 y 7 000) a causa de un conflicto de opiniones que surgió acerca de lo que constituía exactamente un idioma y sobre la inclusión o no de tal o cual dialecto en dicha categoría.

No obstante, y a pesar de las diversas complejidades de la situación, han sido trazados varios esquemas clasificadores, entre ellos los morfológicos. Bajo este punto de vista se admiten tres clases principales de lenguas (en algunos sistemas se aceptan cuatro o más): lenguas denominadas de flexión, lenguas aglutinantes y lenguas llamadas aislantes. Este último tipo se caracteriza por tener las raíces de las palabras monosilábicas, de modo que una misma palabra puede desempeñar el papel de verbo, adjetivo, adverbio y sustantivo. Así, por ejemplo, el chino no tiene gramática, aparte la sintaxis, ya que el significado exacto de una palabra está determinado por su situación en la frase y, cuando es pronunciada en alta voz, por sutiles variaciones en el tono y en la elevación de la misma.

En las lenguas aglutinantes, como el turco y el japonés, el significado de las raíces es modificado por prefijos (abstracto, *bizcocho*), por sufijos (panadería, sultanato) y por infijos (vaivén, metomentodo). También en las lenguas europeas hay muchas palabras formadas por aglutinación (paraguas, entreacto). En casos extremos del fenómeno, el verbo puede absorber todas las partes de la oración, de modo que una sola palabra comprende una frase entera; un buen ejemplo de ello es el nombre del emperador azteca Montecuzomai-thuica-mina (Moctezuma), que significa «cuando el emperador está disgustado, arroja dardos a los cielos».

El latín y el griego ofrecen ejemplos típicos de lenguas de flexión. En estas lenguas, las palabras son modificadas por alternancias en las formas del sustantivo (declinación) y de las formas del verbo (conjugación) mediante la adición de una o más letras (ratón, ratones; niño, niños; temo, temí, temeré). Los cambios pueden producirse incluso dentro de las palabras (lápiz, lápices; ando, anduve). Tales variaciones internas constituyen un importante carácter distintivo de las lenguas

semíticas, las cuales muestran una marcada preferencia por las raíces verbales formadas por tres sonidos consonantes. Así, en el hebreo, la raíz k-t-b es la base de palabras asociadas con la escritura, las cuales se forman mediante la adición de vocales (s-n, sentir, siento; m-r, morir, muero).

Las lenguas de flexión contienen no sólo palabras monosilábicas, sino también aglutinantes, y durante largo tiempo se consideró que en el transcurso de su desarrollo las lenguas atravesaron fases aislantes y aglutinantes antes de llegar al período de flexión. Esta idea evolucionista continuó siendo sostenida hasta que se realizó el desconcertante descubrimiento de que la lengua monosilábica china -por lo tanto bajo el supuesto de primitivismo-, aunque actualmente es esencialmente monosilábica, fue en algún tiempo una lengua de flexión.

El hecho de que todas las lenguas se hallen en continuo cambio y evolución -compárese el inglés del tiempo de Chaucer, e incluso el de Shakespeare, con el actual^[2]-, es la base del sistema genético de clasificación, sistema que aspira a descubrir, mediante un proceso de reconstrucción, los posibles lazos de parentesco entre las lenguas. Técnicamente, se dice que existe parentesco entre dos lenguas cuando, y sólo cuando, pueda ser demostrado que ambas tienen un antepasado común. Así, el español y el portugués, junto con el francés y el italiano, son lenguas derivadas directamente del latín, la lengua de la antigua Roma, hoy lengua muerta; mientras que el hebreo y otras lenguas emparentadas han sido identificadas como descendientes de una lengua madre desconocida, denominada provisionalmente lengua protosemita.

Es evidente que, si esta investigación genealógica pudiese ser retrotraída hasta lo que los monogeneticistas consideran como su conclusión lógica, este procedimiento nos conduciría hasta el descubrimiento de la lengua madre de todas las lenguas. Trombetti anunció en 1929 que había logrado reducir a nueve el total de los grupos lingüísticos -caucásico, amerindio, australodravídico, mundapolinésico, indochino, hamitosemítico, bantú-sudanés, uraloaltaico e indoeuropeo-. A pesar de todo, autoridades más conservadoras se inclinan a calcular el número de familias lingüísticas aparentemente distintas en 200 o más; aunque partidarios de la división entre nueve familias, no hay duda acerca de los méritos e importancia de la teoría mencionada en último lugar.

En un comunicado dirigido a la «Asiatic Society» de Bengala por Sir William Jones en 1786, dicho investigador hizo la sorprendente predicción de que futuras investigaciones proporcionarían pruebas acerca del origen común del sánscrito y las principales lenguas de Europa, incluido el inglés. Posteriores estudios no sólo confirmaron esta profecía, sino que pusieron de manifiesto la existencia, en tiempos remotos, de una tribu relativamente pequeña que hablaba en una lengua que ha sido denominada indoeuropeo primitivo. Unos 2.000 años antes de Cristo, esta comunidad

comenzó a resquebrajarse y una serie de emigraciones diseminaron a muchos de sus miembros a través de Europa, llevando a otros, a través de Asia Menor, a diversas regiones de Asia.

Como resultado de esta dispersión, en los siglos siguientes se desarrollaron varios centenares de lenguas distintas. El término colectivo que Thomas Young aplicó a estas lenguas es un tanto equívoco, ya que lo mismo entre las lenguas europeas (por ejemplo: estonio, finés y húngaro) como entre las de la India (por ejemplo: lenguas drávidas del sur de la península indostánica), existen idiomas que indiscutiblemente pertenecen a otros grupos lingüísticos. En cambio hay lenguas del mismo grupo de lenguas indoeuropeas (por ejemplo: el persa) cuyo ámbito geográfico nada tiene que ver con la localización que sugiere el nombre de la familia lingüística a la que pertenecen. Sin embargo, y a pesar de todos sus inconvenientes, la denominación de lenguas indoeuropeas está, en la actualidad, firmemente establecida a causa de su uso y difusión.

No existe en nuestros días, aparte de su idioma, rastro alguno del pueblo que originariamente hablaba el indoeuropeo; sin embargo, los filólogos han logrado reconstruir lo que se supone pueda ser una imagen razonable de dónde y cómo vivió este pueblo. Muchos de los indicios verbales parecen converger sobre las llanuras del centro de Europa; este hecho sugiere que la lengua madre indoeuropea comenzó su dispersión a partir de algún sitio cercano a este punto. Además nos encontramos con que muchas de las lenguas derivadas tienen nombres prácticamente iguales para designar diversas plantas y animales, por lo que se puede suponer, razonablemente, que el pueblo que utilizó originariamente tales palabras debía de estar familiarizado con las cosas descritas, lo cual a su vez sugiere que su país natal era el hábitat de determinadas formas de vida, circunstancia que sirve de apoyo para determinar las posibilidades de esta o aquella propuesta localización.

Resumiendo, estas y otras consideraciones subrayan el hecho de que el hogar ancestral del pueblo que hablaba el indoeuropeo estaba situado a cierta distancia del mar, que gozaba de un clima templado y que, con toda probabilidad, se extendía desde el territorio de la actual Lituania hasta las vastas llanuras incultas del sur de Rusia.

II

El amanecer de la Historia como tal es un acontecimiento comparativamente tan reciente, que tal vez transcurriera más de un millón de años antes de que el *Homo sapiens* aprendiese a representar gráficamente el lenguaje. Como ya se ha dicho, la escritura debe ser considerada como un medio secundario de comunicación, pero su importancia no por ello debe ser desestimada.

Antes de que se produjese este acontecimiento, hace muchos milenios, los conocimientos y recuerdos de la humanidad tenían que ser transmitidos verbalmente, y por lo tanto estaban sujetos a todas las vaguedades y extravagancias de la memoria humana. Como resultado de tales defectos, y a pesar de la ayuda que pudiesen haber facilitado ciertos recursos mnemotécnicos -tales como bastoncillos dentados y cuerdecillas anudadas-, y por muy interesados que estemos en conocer las actividades de nuestros antepasados, debemos resignarnos a considerar que la posibilidad de tal conocimiento en su mayor parte está irreparablemente perdida y que acerca de acontecimientos tan formidables como el descubrimiento del fuego, la invención de la rueda y la introducción de la agricultura, sólo podemos arriesgar especulaciones más o menos vagas e improbables.

Por lo demás, el arte de la escritura presupone el conocimiento de los materiales para escribir, y en este terreno estamos razonablemente bien informados, por cuanto los ejemplos de lo uno necesariamente nos proporcionan evidencia de los otros. Así, uno de los predecesores del papel fue el papiro, planta acuática que crece abundantemente a lo largo de las riberas bajas del río Nilo, y que todavía puede hallarse en la actualidad en el Sudán. El anticuario Varrón, contemporáneo de Cicerón, decía que el papiro no se usó para escribir hasta la época de Alejandro Magno, pero se han encontrado manuscritos del antiguo Egipto que prueban que ya se utilizaba hace 4.000 ó 5.000 años.

El descubrimiento egipcio de que una fina membrana vegetal constituía una superficie especialmente idónea para la escritura condujo a un amplio uso del papiro para este fin. En la preparación del material se disponía una capa de papiro, con las fibras previamente empapadas en agua y colocadas verticalmente. Encima de esta capa se colocaba otra con las fibras en posición horizontal; ambas capas eran pegadas la una a la otra por medio de una sustancia adherente, luego se prensaba el conjunto; esta operación era seguida por un proceso desecante; más tarde, la parte del pliego así formado, en el que las fibras estaban colocadas horizontalmente, era pulimentada cuidadosamente, quedando así dispuesta para ser utilizada por los escribas. Una vez preparado el papiro, se hacían largas tiras, mediante la unión de varios pliegos; algunas de estas tiras de papiro forman rollos de más de seis metros de longitud. Escribían sobre el papiro con un cálamo de caña y una tinta hecha con una mixtura acuosa de goma y negro de humo.

La arcilla húmeda, empleada principalmente por los babilonios y sus

predecesores, es otro de los materiales utilizado primitivamente para la escritura; generalmente le daban la forma de tablillas rectangulares, en las que hacían las correspondientes incisiones con un *cuneus*, cociéndolas después. Como medida de precaución, se hacía un duplicado -el equivalente de nuestra copia con papel carbón-, que se colocaba junto con el original en un envoltorio protector.

Probablemente, el primer material para escribir utilizado por el hombre fue la pizarra o la piedra, y su uso debió de estar inspirado por las pinturas que el hombre paleolítico garabateaba sobre las paredes de sus cavernas. Desde luego, sigue siendo un punto dudoso si estas pinturas fueron ejecutadas puramente por placer o si eran realizadas con la intención de registrar acontecimientos, en cuyo caso resultarían ser un intento de escritura.

Sea como fuere, la primera escritura verdadera adoptó la forma de pictogramas, los cuales representaban tan sólo los objetos dibujados -es decir, un ojo era un ojo, un perro, un perro y un círculo representaba el sol-. Aunque por este procedimiento es posible dar una vívida reproducción de escenas y acontecimientos, son evidentes sus limitaciones para fines narrativos. La situación mejoró cuando los dibujos evolucionaron gradualmente y se convirtieron en ideógrafos o ideogramas (símbolos de palabras) y llegaron a representar no precisamente los objetos en sí mismos, sino las ideas asociadas con tales objetos (un ojo simboliza la vista, un perro la caza, un círculo el calor, o el día). Para la correcta interpretación de tales símbolos era preciso hacer uso de considerables dotes de imaginación, con los consiguientes peligros y posibilidades de error, para los que debieran descubrir el significado de algunas de estas imágenes convencionales. Así por ejemplo, durante un estudio de los ideogramas de los indios de América del Norte, resultó que mientras un águila representaba la bravura, cosa bastante comprensible, la vida era simbolizada por una serpiente, debido a la creencia popular de que este reptil puede vivir eternamente.

En la pictografía no hay conexión alguna entre el objeto pintado y el nombre hablado; precisamente el establecimiento de tal nexos fue lo que condujo finalmente al desarrollo de la escritura fonética.

Los jeroglíficos nos facilitan en cierto modo la comprensión de cómo pudo realizarse esta importante innovación, ya que los objetos pintados representan no los objetos en sí, sino los sonidos con ellos asociados. Por este procedimiento es posible comunicar nombres propios y representar ideas abstractas; por ejemplo: un sol y un dado para expresar «soldado»; un sol, unas hojas de té y una rosa, para expresar «soltero».

Una interesante característica de la escritura jeroglífica egipcia fue el uso combinado de ideogramas (símbolos de sentido) y fonogramas (símbolos de sonido); la representación pictórica era realizada en dos tamaños: uno grande, destinado a la interpretación visual únicamente, y otro pequeño, apto para exponer los términos del

lenguaje. Algunos fonogramas eran además polifónicos, es decir, representaban más de un sonido, mientras que otros signos, conocidos como homófonos, tenían el mismo valor fonético pero designaban objetos distintos; gracias a estos artificios, los medios de expresión eran muy amplios. Pero los egipcios no alcanzaron el escalón superior que permite el reemplazo de símbolos de sentido por elementos de sonido; y a través de los siglos de su dilatada historia su escritura siguió siendo esencialmente una escritura pictográfica reforzada con símbolos de sonidos.

En Mesopotamia hizo su aparición una escritura en la que hay símbolos de sílabas, tales como za, me, pag, mar, y finalmente, a partir de esta escritura silábica, se desarrolló un sistema alfabético compuesto por un número de signos relativamente pequeño, cada uno de los cuales representaba uno o más sonidos (como sucede, por ejemplo, en castellano, con la letra c, que es utilizada para los sonidos *k* y *z*, casa, cebolla).

Esta revolucionaria síntesis ha sido atribuida usualmente a los semitas. Unos mil años antes de Cristo se utilizaban cuatro principales divisiones del llamado alfabeto semita: el etíope (descendiente de la rama sur-semita), el arameo, el cananeo y el palestiniense (vástago de la rama nor-semita); cada uno de ellos poseía de 22 a 30 signos, que representaban solamente consonantes. Pero esta práctica semita de omitir las vocales de la escritura (abandonada más tarde) fue copiada seguramente de los antiguos egipcios, quienes habían distinguido 24 símbolos consonantes, los cuales fueron considerados asimismo alfabéticos en el momento de su descubrimiento hace más de un siglo. Pero, como sostiene I. J. Gelb en su penetrante análisis *A Study of Writing (Una historia de la escritura)* (Londres, 1952), en apoyo de cuya tesis proporciona convincentes argumentos y amplia evidencia, era difícil llegar a la conclusión de que las escrituras egipcia y semítica fueran en realidad silábicas y que sus signos fonéticos no representaban meramente consonantes, sino consonantes más una vocal -como sucede indiscutiblemente con la escritura cuneiforme de Mesopotamia, en la cual el signo para *wa*, por ejemplo, también puede ser transcrito por *we*, *wi*, *wo*, *wu*, según requiera el contexto-. Así, pues, resultaría que los primeros que desarrollaron un verdadero alfabeto fueron los griegos. Su alfabeto en realidad es de origen semítico, como nos lo demuestran los nombres dados a sus signos alfa, beta, gamma, delta... (griego), alef, bez, gimel, dalez (semítico). Este préstamo fue abiertamente reconocido por los mismos griegos, los cuales describen su escritura como fenicia.

Aparte de la introducción de la representación de las vocales, los griegos realizaron otras importantes alteraciones en la escritura semítica, las cuales incluían el cambio de dirección en la escritura y en la lectura. Los caracteres semíticos eran leídos de derecha a izquierda -se supone que esta convención indica que la escritura que fue su predecesora era una escritura grabada, dibujada, siguiendo la conveniencia

del grabador-. Al principio, las inscripciones griegas seguían el mismo sentido, pero luego siguió un período de experimentación, durante el cual se adoptó un procedimiento mixto o bustrófedon, similar al movimiento del arado, en el cual las líneas de la escritura corrían alternativamente de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. El estilo de escribir solamente de izquierda a derecha -que era obviamente el que mejor se acomodaba a los escribas dextrómanos de una era de tinta y pluma- no apareció hasta los comienzos del siglo VII antes de Cristo, cuando signos tales como B quedaron establecidos como B. Entre tanto, y muy probablemente gracias a los etruscos, el arte de la escritura alfabética llegó a Roma, desde donde el conocimiento de esta invención se expandió a través de Europa y del resto del Imperio.

El alfabeto etrusco original comprendía 26 letras, de las cuales los romanos tomaron en préstamo 21 - A B C D E F Z H I K L M N O P Q R S T V X-. Más tarde, el séptimo signo (Z con el sonido de G o K) fue reemplazado por G, y todavía más tarde, y para poder efectuar la transliteración de ciertas vocalizaciones helénicas, se adoptaron las letras griegas Y y Z, siendo colocadas al final del alfabeto latino, cuya versión clásica contuvo de tal modo 23 letras. El desarrollo de la V en U y W y la diferenciación de I y J fueron evoluciones tardías que tuvieron lugar en los siglos X y XIV, respectivamente.

En escritura pictográfica, el número de signos necesarios puede alcanzar varios millares, y la abrumadora superioridad del sistema alfabético se basa en la representación de un número de sonidos del lenguaje relativamente pequeño, por medio de letras que pueden ser combinadas hasta formar un vocabulario tan extenso como se desee. Las indiscutibles ventajas de este procedimiento han sido reconocidas desde hace muchísimos años por la mayoría de los países, siendo China la única excepción importante a esta regla, pero incluso en este país los miembros del Consejo de Estado han aprobado recientemente un programa de reforma del lenguaje, el cual incluye la adopción del alfabeto occidental para ser usado como escritura fonética auxiliar. Un estudiante chino necesita conocer cerca de 3.000 signos para poder leer un libro corriente, pero, si desea poseer conocimientos más profundos, necesita aprender de memoria unos 40 000 signos.

La introducción de la escritura fonética sirvió para dirigir la atención sobre el hecho de que todos los sonidos que se producen al hablar pueden ser divididos en dos categorías: vocales y consonantes. De estos dos componentes básicos, las vocales son producidas por la simple emisión de la voz, es decir, por la vibración de las cuerdas vocales, mientras que las consonantes son meros sonidos que acompañan a las vocales o sonantes (de aquí consonantes).

Los lingüistas denominan fonemas a los sonidos que constituyen un lenguaje, y se ha demostrado que su número puede variar entre 2 y 12 fonemas vocálicos, que están en asociación con un número de fonemas de la variedad consonante que oscilan entre

12 y 50. Teóricamente, un alfabeto debería tener un signo propio para cada sonido distinto que se utiliza en el lenguaje y que puede ser analizado. Pero no existe tal alfabeto, aparte de una compilación alfabética internacional, demasiado incómoda para su uso cotidiano. La conocida versión romana es esencialmente una especie de comodín adaptado a las variadas exigencias de muchas lenguas distintas, lo cual determina que en ocasiones cubra estas exigencias de modo harto precario. Así en inglés, por ejemplo, 26 letras han de representar unos 47 fonemas (12 sonidos vocálicos, 26 sonidos consonánticos y 9 diptongos); tal situación ha sido solventada mediante subterfugios tales como el de combinaciones de letras (ch, sh, th) o la asignación de más de un sonido a una misma letra.

En vista de que las letras se originaron para ser utilizadas como símbolos fonéticos, se puede suponer que hubo un tiempo en que el lector podía pronunciar al verla ante sus ojos, y aunque no la conociese previamente, cualquier palabra, e incluso deletrearla correctamente al oírla pronunciar por vez primera^[3]. Pero este feliz estado de cosas está muy lejos de ser real en la mayor parte de las lenguas actuales, siendo particularmente notorias las excentricidades que presenta el deletreo de las palabras inglesas, ya que en este idioma no sólo idénticos símbolos expresan sonidos distintos -at (pronunciación ät), ate (pr. eit), cough (pr. cof); enough (pr. inö'f); new (pr. níu); sew (pr. sóu)-, sino que un mismo sonido es expresado por medio de símbolos distintos -blue, blew (blu); tome y ptomaine (pr. tóum); night y knight (nait)- y para aumentar la confusión existen palabras que con significado y sonido distintos se escriben exactamente igual -refuse (denegar); refuse (refundir); refuse (residuo, escoria).

No es difícil comprender la razón de tales confusiones; una lengua es algo dotado de vitalidad propia, y en el normal transcurrir de su desarrollo y crecimiento las palabras van alterando su significado, o bien caen en desuso, para ser reemplazadas por expresiones que unas veces son totalmente nuevas y otras se toman prestadas de una lengua extranjera. Y no sólo la lengua está sujeta a cambios y alteraciones; los usuarios de dicha lengua cambian a su vez el lenguaje; se suceden las generaciones en una interminable procesión y con cada transmisión de lenguaje de una a otra se producen inevitablemente sutiles modificaciones en la pronunciación y en el significado de las palabras. A pesar de ello, sólo muy raramente se realizan modificaciones compensatorias en el deletreo de las mismas, con el resultado de que la escritura tiende a hacerse cada vez más confusa, conservando falsedades terminológicas tales como las ya mencionadas en inglés de *caugh* por *cof*, *naugh* por *naut*, *knock* por *nok* y *bough* por *bow*. En efecto, falta de un reajuste periódico, la escritura alfabética revierte gradualmente en una escritura ideográfica, en la que las palabras finalmente dejan de ser elementos fonéticos, y requieren ser aprendidas una a una.

III

Anteriormente se ha dicho que un lenguaje crece y se desarrolla; se debe añadir que, como les sucede a otras cosas dotadas de vida, también puede debilitarse y morir; después de lo cual, y según dicten las circunstancias, puede conservarse el recuerdo de dicha lengua -como ha sucedido con el griego y con el latín-, o puede ser completamente olvidada. Pero incluso en tal caso, una lengua desaparecida no está necesariamente perdida y puede ser susceptible de ser de nuevo rememorada, si durante la época en que estuvo viva, además de ser hablada, fue también escrita, puesto que existe la posibilidad de que por lo menos alguna de aquellas inscripciones haya sobrevivido y que, si bien de momento no son conocidas ni utilizables para su estudio, pueden, más pronto o más tarde, ser descubiertas y reclamar así la atención de sabios y eruditos.

Del mismo modo que lenguas distintas comparten una misma escritura -por ejemplo, inglés, francés, alemán, italiano y español, entre otros-, la misma lengua puede ser expresada en más de una escritura; así el turco, que ahora utiliza el alfabeto latino, de acuerdo con el decreto promulgado por Mustafá Kemal en 1928, anteriormente se escribía en caracteres árabes.

En vista de lo expuesto, al tratar de descifrar un texto antiguo, pueden presentarse cuatro alternativas, según sea la lengua o la escritura lo que se conozca o desconozca, y la posibilidad de éxito, en cada caso, es como sigue:

| <i>Lenguaje</i> | <i>Escritura</i> | <i>Desciframiento</i> |
|-----------------|------------------|-----------------------|
| conocido | conocido | no hay problema |
| desconocida | conocida | relativamente fácil |
| desconocido | conocida | difícil |
| desconocido | desconocida | imposible |

Si el examen de dicha escritura revela que la escritura y la lengua son familiares, no hay, naturalmente, dificultad alguna. En los casos en que se conoce la lengua, pero no la escritura, el que ha de descifrar dicha escritura puede hacer uso de la técnica criptográfica de la simple sustitución, pero debe determinar en primer lugar la identidad de la lengua conocida de que se trate y averiguar la naturaleza y dirección de la escritura desconocida. Suponiendo que el material de que se dispone sea lo suficientemente representativo como para poder hacer una apreciación fidedigna, el número de caracteres diferentes que utiliza la escritura dará una indicación de su naturaleza; por ejemplo, si es alfabética, el número de caracteres será pequeño; éstos pueden escribirse horizontalmente en ambas direcciones, o bien una línea de derecha a izquierda y otra de izquierda a derecha (bustrófedon), o bien de arriba a abajo en columnas verticales que progresan de izquierda a derecha; pueden también seguir una

línea curva (como sucede en el disco de Festo), o cualquier otro diseño, e incluso sin orden alguno.

Realmente, nada debe ser descuidado; los primeros investigadores que estudiaron la escritura cuneiforme quedaron perplejos al principio ante series de inscripciones situadas alrededor de huecos de puertas o ventanas, en forma de marco, las cuales se observó que primero corrían de abajo a arriba de uno de los lados del espacio vital central, luego los caracteres discurrían de un lado a otro de la parte superior y descendían por el otro lado. Al no comprender que la inscripción estaba proyectada para ser leída como la leyenda de una moneda (y que, en consecuencia, los dos tercios de los caracteres aparecían colocados en los lados) se consideró, erróneamente, que los signos podían disponerse en cualquier dirección. De este error fundamental surgió gran confusión, la cual motivó entre otras cosas la adición de un gran número de supuestos signos.

En cambio puede suceder que la investigación se vea ampliamente facilitada mediante un previo conocimiento de lo que la escritura desconocida debería decir. Por ejemplo, en el caso de que en alguna guerra de conquista se necesitase publicar una proclama oficial en varios idiomas, como sucedió con la piedra Rosetta, una de cuyas varias versiones pudo ser leída y comprendida sin dificultad alguna.

Para determinar si una lengua conocida aparece en un texto cuya escritura es desconocida, será preciso tomar en consideración el lugar de origen de dicha escritura, que puede ser o no el mismo en que la encontraron. El siguiente paso será asignarle una fecha haciendo uso de cualquier evidencia arqueológica digna de crédito, en conexión con indicios tales como los que puede proporcionar la misma escritura -su forma, su estilo y la clase de material sobre el que ésta fue realizada-. Después de esto, y a la luz de la historia de la región de que se trate, será posible especificar sus probables autores y lograr así la identificación del lenguaje utilizado.

El método de ataque a partir de este momento es doble: el llamado analítico y el de la palabra probable. El primero requiere un análisis exhaustivo de la escritura desconocida (signos, palabras, contexto) y la sustitución experimental de valores fonéticos, seguida, si es posible, de una verificación con nuevo material. En este proceso es posible que se revelen ciertos rasgos de la lengua conocida. Así, si por ejemplo sucediera que la lengua fuese el inglés y la escritura alfabética, observaríamos que la letra que aparecía más frecuentemente sería muy probablemente la *e*, siguiéndola en frecuencia la *t*, *a*, *o*, *n*, *i*, *r*, *s*, y que las únicas letras que aparecían solas serían o bien *a*, *i*, o bien *o*. Hallaríamos luego algunas palabras de dos letras, reducidas a una pequeña lista que incluiría *as*, *at*, *be*, *by*, *he*, *if* e *in*. Prosiguiendo el estudio se observaría que aparecían algunas letras dobles que probablemente serían *ee*, *ff*, *ll*, *oo*, o *ss*; surgiría también alguna construcción de tres letras del tipo *xyx*, siendo *x* una vocal, si y era una consonante, y viceversa, como es

el caso en palabras tales como *aga* y *gag*.

En todas las lenguas, las palabras tipo tienden a formar grupos estables y periódicos. Así *ant* (hormiga) en asociación con *hill* (colina) y *bear* (oso) se encuentran en inglés bajo las formas *anthill* (hormiguero) y *antbear* (oso hormiguero), pero nunca en las formas *hillant* y *bearant*. La construcción de frases está regida asimismo por procedimientos determinados, y aunque, por ejemplo, las tres palabras de la frase «rest in peace» (descanse en paz) pueden también asumir la forma «in peace rest» (en paz descanse), normalmente nunca aparecerá en las formas «rest peace in» (descanse paz en) o «in rest peace» (en descanse paz). Las facilidades que prestan tales características en el descifrado de una escritura son evidentes, como lo es asimismo la aparición de nombres propios (véase más adelante).

Ahora bien, si tan sólo una pequeña parte del material epigráfico es apto para su estudio, seguramente la técnica de la «palabra probable» será la más eficaz. Como su nombre indica, este procedimiento exige para alcanzar el éxito una hábil anticipación de las posibles frases y palabras, teniendo siempre en cuenta el autor o autores de la escritura y los motivos que puedan haberla inspirado. Además, frecuentemente, las circunstancias se presentan de tal modo que no hay necesidad de especulaciones demasiado atrevidas. Así, cuando se trate de una gran tumba, puede fácilmente admitirse que alguna de las inscripciones contendrá el nombre de algún personaje real, proclamando sus virtudes y enumerando sus numerosos triunfos, y la investigación versará sobre títulos honoríficos tales como «padre de su pueblo», «amado de los dioses», «defensor de la fe», «rey de reyes», etc.

Desde luego es preciso admitir que este método es en esencia netamente experimental y por lo tanto expuesto a error, y que el éxito de su aplicación requiere una cierta dosis de suerte. Pero, siendo lo que es la vanidad humana, la dosis no necesita ser excesiva. Sería realmente un triste epitafio el que, al nombrar algún monarca poderoso, le negase la mención de grandes títulos o descuidase añadir una relación de sus muchos éxitos y realizaciones, reales o supuestas, y sería un filólogo singularmente incompetente quien no supiese obtener alguna ventaja de tal situación.

El problema del descifrado, cuando la escritura es conocida, pero la lengua no, es desde luego formidable, como demuestran los muchos fracasos experimentados al intentar lograr una satisfactoria comprensión de la lengua etrusca. En tal caso, y a falta del deseado texto bilingüe, el único medio directo de aproximación es el análisis interno, como demuestra el llamado «método combinatorio» de G. Passeri, el cual se basa en indicios tales como la naturaleza de los términos (ejemplo: votivo, sepulcral, numeral), asegurando de tal manera la formación de una tabla de inscripciones de carácter semejante, que puede facilitar la formación de los nombres propios. Una vez obtenidos éstos se hace un intento por alcanzar el significado de las palabras que quedan, mediante un cuidadoso estudio de su disposición (aparición frecuente o

escasa, al final o al principio, tendencia a encontrar la palabra por parejas); se toma buena nota de la aparición frecuente de sufijos indicadores de flexión de casos en los sustantivos, o bien formas de conjugación en los verbos. A continuación puede intentarse asignar significado a las palabras seleccionadas en todos aquellos pasajes en los que aparezcan, con la esperanza de que las asociaciones de las interpretaciones supuestas puedan tener sentido. Es evidente la naturaleza puramente casual de tal procedimiento. La posibilidad de éxito suele ser muy escasa, a menos que exista un lenguaje conocido, y en cierto modo semejante, con el que pueda ser comparado el lenguaje desconocido de que se trate.

Para alcanzar este fin etimológico, el descifrador debe procurar identificar la lengua desconocida con las habladas por un particular grupo racial, sobre la base de la consonancia verbal; o bien se comienza por suponer la existencia de la consonancia y se buscan posibles significados entre las lenguas que contienen palabras que incluyen sonidos similares a los de la forma de lenguaje desconocida.

En cuanto al problema que se presenta cuando no se conocen ni la lengua ni la escritura, puede decirse que, mientras la situación perdure, las dificultades pueden ser consideradas insuperables. Nada puede hacerse. Pero, como han demostrado los recientes progresos de dos ejemplos considerados de la categoría insoluble, el Lineal B cretense y el hitita jeroglífico, incluso en tales casos, una vez se consigue establecer siquiera sea un ligero punto de contacto, puede llegar a ser factible su descifrado.

Independientemente del hecho de que sea la lengua o la escritura la que resulte poco familiar, no sólo es importante la cantidad de material aprovechable para la investigación, sino también la época del mismo y su autenticidad. Aparte de la importancia que pueda tener el estado de conservación para la legibilidad del texto, también es interesante la edad de dichos ejemplares, porque, cuando una literatura ha estado en curso de desarrollo durante varios siglos, los ejemplares más antiguos de esa escritura pueden presentar muy poca semejanza con las versiones subsiguientes, y el que debe descifrarlas puede encontrarse enfrentado no con un problema, sino con varios. En cuanto a la cuestión de la exactitud, es preciso tener siempre en cuenta la posibilidad de la existencia de errores en el material original o bien que los errores se hayan introducido en las copias posteriores.

Recientemente se ha comprobado que la larga inscripción persa esculpida sobre la famosa «Roca de Behistun», en Irán, contiene no pocos errores, y, como no es posible estudiarla fácilmente *in situ*, debido a su casi inaccesible situación, siempre existe la posibilidad de que a los errores del grabador tengan que ser añadidos los del copista.

Este problema también afecta a las escrituras sobre tablillas de arcilla y rollos de papiro, que han sido hallados a millares en muchos lugares de Babilonia, Egipto y otros lugares. Pero, incluso cuando los documentos son aptos para su estudio, no

siempre existe certeza de que la versión que posee el investigador sea un texto original; puede ser tan sólo una copia de copias hasta un grado imposible de determinar. Si el copista de un texto original hace una falta cada cien copias, y un segundo copista hace dos faltas cada cien copias, la relativa corrección de las tres series será de 100, 99 y 98, suponiendo que ninguno de los errores haya sido eliminado. Pero si el segundo copista ha utilizado una copia equivocada del primer copista, el porcentaje será del 97,02.

Finalmente, hay que hacer referencia a las dificultades que encierra la transcripción de estas lenguas. Incluso en aquellos casos en que los estudiosos pueden comprender una lengua largo tiempo olvidada y escribirla con fluidez, ello no quiere decir, necesariamente, que puedan hablarla. La dificultad no radica meramente en el hecho de que cada lengua posee sonidos para los que son inadecuados los elementos fonéticos de cualquier otra, sino más bien en que, simplemente, se desconoce cómo pronunciaban los antiguos la mayor parte de sus palabras. Tal sucede con la lengua egipcia, ya que, como hemos señalado anteriormente, los escribas egipcios anticiparon el antiguo hábito semita de omitir las vocales. Así, una palabra como *sol* aparece en la forma *sl*, y el lector debía suplir la vocalización, pero a menudo el contrariado investigador moderno se encuentra ante el dilema de que *sl* puede igualmente pronunciarse *sal*, *sil*, *sol*, o cualquier otra permisible combinación con las consonantes *s* y *l*.

Dentro de varios milenios, cuando los lingüistas del futuro se hallen afanosamente enfrascados en la tarea de estudiar los sonidos de las lenguas del siglo XX, se librarán de tales dificultades gracias a la ayuda de la cinta magnetofónica; ahora bien, ya es otro asunto saber si lograrán, a pesar de ello, comprender algunas de las expresiones disparatadas tan en boga hoy.

CAPÍTULO II

LOS JEROGLÍFICOS EGIPCIOS

I

Sabemos que la lengua de los antiguos egipcios está relacionada no sólo con el árabe, el hebreo, el babilónico y otras lenguas semíticas, sino que también guarda ciertas afinidades con algunas lenguas africanas; lo cual presta valor a una tradición, sostenida desde tiempos remotos por los pueblos del Nilo, de que el hogar de algunos de sus antepasados era el misterioso país del Punt, que actualmente, tras muchas conjeturas y largas disputas, se identifica con Somalia.

Parece que la lengua hablada fue reducida a una escritura legible por la usual ruta de la pictografía ideográfica mucho tiempo antes de que los reinos rivales del Alto y el Bajo Egipto quedasen unidos bajo el rey Menes, el primero de los príncipes dinásticos. Este acontecimiento federativo constituye un notable hito filológico; ya Herodoto, cuando visitó Egipto en la primera mitad del siglo V antes de Cristo, hizo un intento por determinar la fecha de este remado, aunque naturalmente este intento no tenía razones lingüísticas. Habiendo sido informado por los sacerdotes de que no menos de 340 monarcas habían ocupado el trono de aquel antiquísimo país, el historiador griego, mediante un proceso de simple pero equivocada aritmética - Herodoto concedió un período de cien años para cada tres generaciones-, llegó a la conclusión de que la línea de las dinastías reales se remontaba a unos 12 000 años antes de Cristo. Más tarde, Manetón, sumo sacerdote de Sebenitos, proporcionó una información más precisa acerca de este punto. Según parece, Manetón recibió del faraón Ptolomeo II Filadelfo la orden de compilar una historia de su país nativo. Hasta nosotros han llegado tan sólo algunos extractos de esta obra monumental, pero una de las partes conocidas de esta empresa era la ordenación de los faraones -éste era el título que recibían los monarcas egipcios- en treinta casas reales o dinastías, empezando por la de Menes. Además se añadían detalles más o menos dignos de crédito acerca de la duración de cada remado individual, y basándose en esto la investigación moderna ha fijado en una fecha considerablemente posterior el comienzo de dicho período histórico. Flinders Petrie, después de tomar en cuenta la existencia de posibles co-regencias, calculó que el comienzo de esas dinastías se

remontaba a unos 5 000 años a. C.; pero estudios más recientes muestran que esa fecha es excesivamente alta, e indican como probable unos 3.000 años a. C. Por otra parte, ahora, con el uso del carbono radiactivo, que permite determinar la antigüedad de los materiales encontrados, se han podido establecer fechas casi exactas. Así, por este método, se calculó que el visir Hemaka, un contemporáneo del rey Udi de la primera dinastía, vivió entre $2\ 850 \pm 200$ a. C.

El período dinástico de la historia de Egipto da testimonio del nacimiento del llamado Imperio Antiguo, época que terminó en una serie de desórdenes internos al final de la 6ª dinastía; luego, de los comienzos del Imperio Medio, época de restauración que comprende las dinastías 11ª y 12ª; más tarde, de la aparición del Imperio Nuevo, que floreció a lo largo de las dinastías 18ª a 20ª. Se inició después un colapso, anunciado por una serie de invasiones procedentes de Libia, Nubia, Asiria y Persia -dinastías 22ª a 30ª-, que culminaron en la incruenta conquista de Egipto por Alejandro Magno en el año 332 a. C.

Durante ese dilatado período -unos 3 000 años-, en Egipto se usó la escritura jeroglífica. Al principio fue utilizada con carácter general, más tarde para usos especiales. Pero como en Egipto no existía un sistema generalizado de enseñanza, pocos egipcios podían comprender «las palabras divinas» y tampoco se intentó que ocurriese de distinta manera. El conocimiento de los jeroglíficos estaba reservado a los sacerdotes, quienes establecían sus propias escuelas para la instrucción de los iniciados y de los múltiples escribas necesarios para desempeñar los quehaceres de secretaría, los cuales incluían la producción de trabajos de tipo religioso, tales como el llamado Libro de los muertos.

En asociación con la escritura jeroglífica existía una escritura cursiva, a la que los griegos dieron el nombre de escritura hierática. Este vástago de la escritura jeroglífica, que hizo su aparición asimismo en una época muy remota, surgió del uso de la pluma de caña y el papiro como auxiliar del cincel y la piedra. Gracias a la naturaleza de estos nuevos materiales para escribir, las formas angulosas de los caracteres jeroglíficos fueron haciéndose cada vez más redondeadas, hasta que fue imposible reconocer sus formas pictográficas originales. Además, la dirección de la escritura, que originariamente era vertical, se hizo luego horizontal, progresando de derecha a izquierda. Pero esto no fue todo; en la época de la dinastía 25ª -etíope- tuvo lugar una nueva evolución: de la escritura hierática surgió una escritura más rápida, manual y abreviada, denominada demótica.

Así, pues, durante el período grecorromano se emplearon en Egipto, simultáneamente, tres estilos distintos de escritura, cada uno de ellos con un uso más o menos limitado- el jeroglífico para las inscripciones de carácter sagrado grabadas en las paredes de los templos y monumentos, la hierática para usos sacerdotales, y la demótica para las necesidades de la vida cotidiana. De estas tres formas, el papel de

la escritura jeroglífica -en la que todos los caracteres son dibujos- ha sido comparado con nuestra palabra impresa, la hierática -en la que sólo perduran los rasgos más sobresalientes de los primitivos dibujos- se ha equiparado con nuestra escritura cursiva corriente, y la demótica -en la que los caracteres han sido modificados de tal modo que guardan muy poco parecido con los jeroglíficos originales- ha sido considerada equivalente a nuestra moderna taquigrafía.

Tras la muerte de Alejandro Magno en Babilonia en el año 323 a. C., el mundo por él conquistado fue dividido entre sus generales, uno de los cuales, Ptolomeo, el hijo de Lagos, se hizo dueño de la provincia de Egipto donde tras haber gobernado como sátrapa durante casi 20 años, finalmente asumió el título real, fundando la dinastía 31^a, también llamada macedónica y que ahora lleva su nombre. La autoridad de Ptolomeo se basó desde el principio en sus tropas, pero la prudencia imponía que el antiguo lazo entre la jerarquía sacerdotal y el Estado fuese mantenido, y él y sus sucesores procuraron cultivar la amistad de la todopoderosa clase sacerdotal. Hacia el fin de su reinado se hicieron ricos donativos de cereales y dinero a varios templos y otros fueron restaurados o reconstruidos; se fundaron nuevos santuarios y altares y fueron suprimidos muchos enemigos de los sacerdotes. En tan favorables circunstancias no es sorprendente que los acreditados representantes de los dioses abrazasen entusiásticamente el partido de los intrusos, a los que procedieron a deificar de acuerdo con la venerada práctica ancestral. Por su parte, los nuevos príncipes correspondieron inmediatamente, adoptando la inmemorial costumbre egipcia de los matrimonios entre hermanos -la ley de sucesión faraónica era por línea femenina-, aunque esto no les impedía tomar otras esposas.

Las buenas relaciones existentes entre los líderes de los poderes espirituales y temporales del país quedan demostradas por las abundantes series de decretos oficiales, de los que poseemos numerosas copias. Así, en 238-237 a. C. fue proclamada por los sacerdotes la divinidad de Ptolomeo III Evérgetes I, cuyas numerosísimas virtudes eran largamente enumeradas; además, se concedía a la reina y a él mismo el título de Evérgetai -dioses benefactores-. Esta exaltación -Decreto de Canopo- fue inscrita sobre piedra en lengua griega y egipcia; esta última aparecía bajo las formas de escritura jeroglífica y demótica. En total eran, pues, tres versiones. En el año 196 a. C. se hizo una proclamación tripartita similar con ocasión de la coronación de Ptolomeo V Epífanes, en aquel entonces un niño de 13 años. Esta proclamación apareció a la luz unos 2 000 años más tarde en las cercanías de Rosetta, una localidad situada al oeste de la desembocadura del Nilo, y constituyó la clave que hizo posible descifrar los jeroglíficos egipcios, como referiremos en su debido lugar. Una segunda pista, no menos importante, fue facilitada por un discurso sacerdotal de encarecimiento de una acción de Ptolomeo VIII Evérgetes II.



Jeroglíficos egipcios. Columnas verticales y horizontales (British Museum).



Parte del llamado Libro de los muertos egipcio (British Museum).

Durante el reinado de un faraón de la dinastía 26^a (Amasis II, 569-525 a. C.), la lengua griega fue introducida en Egipto por grupos de mercaderes, aventureros y artesanos, los cuales se habían decidido a cruzar el Mediterráneo y a establecer factorías en Naucratis y otros puntos de la región del Delta. Con el advenimiento de los Ptolomeos, unos dos siglos más tarde, el griego se convirtió en la lengua de la corte, por lo cual fue inevitable que empezase a asumir una creciente importancia entre los mismos egipcios, como nos lo demuestran los decretos sacerdotales antes mencionados, en los que las inscripciones bilingües eran trazadas primero en griego; estado de cosas revelado asimismo por el hecho de que, si bien las inscripciones demóticas siguen el texto griego casi al pie de la letra, en cambio hay no pocas improvisaciones equivocadas en las versiones en caracteres jeroglíficos. En las últimas épocas del Imperio se hicieron varios intentos por adaptar la lengua egipcia a los caracteres griegos, y cuando se comprobó que éstos no satisfacían completamente las necesidades del lenguaje nativo, se tomaron siete signos adicionales de las escrituras demótica y hierática y así se impuso para uso general un alfabeto

compuesto que poseía 31 letras.

Entre tanto, el creciente poderío de Roma había empezado a arrojar una sombra sobre el dominio de los Ptolomeos, aunque hasta el año 58 a. C. no tuvo Roma oportunidad de intervenir activamente en los asuntos internos de Egipto. En esta fecha, habiendo sido depuesto el rey Ptolomeo XII Auletes por el populacho harto de sus muchos excesos, solicitó aquél la ayuda de Roma y a cambio de un exorbitante soborno -que casi acarreó la ruina de sus desdichados súbditos- Aulo Gabino, el procónsul de Roma en Siria, recibió instrucciones para acudir en ayuda del monarca egipcio. El faraón fue restaurado en el trono y murió siete años más tarde, tras haber nombrado herederos conjuntos de su reino a sus hijos Cleopatra VII y Ptolomeo XIII, pero éstos se querellaron y Ptolomeo expulsó a su hermana. Roma intervino de nuevo, esta vez en la persona de Julio César. Tras la muerte de Ptolomeo XIII y en la lucha que siguió, César no sólo restauró en el trono a Cleopatra, sino que le dio un descendiente, Cesarión, como prenda de su aprecio, y luego gentilmente le encontró un marido. Parece que Cleopatra quiso mucho a su hijo, pero en cambio, tan pronto supo que César había sido asesinado, se apresuró a hacer matar a su marido -su hermano menor Ptolomeo XIV-. Frustrado más tarde un intento de ayudarla -obtenido gracias al hechizo que ejerció sobre Marco Antonio- y fracasado su intento de cautivar con sus encantos a Octavio, Cleopatra se dio muerte en el año 30 a. C., con lo que Egipto se convirtió en una provincia de Roma.

En los años subsiguientes, también los Césares fueron exaltados como faraones e hicieron inscribir largos relatos de sus actividades en los misteriosos jeroglíficos. Pero en esta época, el número de gentes que podían comprender la escritura antigua había empezado a declinar y es muy significativo que, en su relato de una visita hecha por Germánico César a Tebas, Tácito nos diga que fue llamado un sacerdote anciano para leer al real visitante las inscripciones de los monumentos; los cofrades más jóvenes, sin duda, estaban más familiarizados con el griego. Sin embargo, lo que finalmente motivó el abandono de la escritura tradicional fue el advenimiento del Cristianismo.

Tenemos pocos datos acerca de la conversión de Egipto, aparte de una tradición altamente improbable que nos habla de una supuesta visita hecha por San Marcos a Alejandría en la segunda mitad del siglo primero después de Cristo. Pero, en cambio, sabemos que la fe cristiana siguió ganando adeptos por el hecho de que, a fines del siglo cuarto, los cristianos se sintieron lo suficientemente fuertes para imponer el cierre de los antiguos templos y, con ellos, de las escuelas de escribas. La lengua egipcia, expresada con los 31 caracteres del alfabeto griego ampliado, continuó siendo utilizada en la forma copta, llamada así a causa de su uso por los egipcios cristianizados o coptos.

Incluso después de la conquista de Egipto por los árabes (639 a 642 d. C.), los

cristianos consiguieron convivir junto a los mahometanos bajo el califato de los Omeyas, a pesar de los impuestos especiales que pesaban sobre ellos y otros no mahometanos. Más tarde, ante medidas opresivas aún mayores, muchos coptos decidieron abrazar la fe islámica; pero, pese a todo, una obstinada minoría siguió resistiendo, y hoy día residen en Egipto más de un millón de sus descendientes; sin embargo, su lengua ya no es el egipcio, porque hacia el final del siglo XVI el copto, como lengua hablada, fue sustituido por el árabe. En cuanto a las antiguas escrituras, no sobrevivieron al cierre de las escuelas de los templos, y el último ejemplar de escritura jeroglífica, hallado en Filé, está fechado en el año 392 d. C. Es de suponer que no mucho después de esta fecha los últimos supervivientes conocedores de este arte debieron descender a la tumba.

II

En total, el conocimiento de los jeroglíficos egipcios estuvo perdido durante unos 1.400 años (400 a 1800 d. C.), si bien su estudio en los tiempos modernos puede decirse que comienza con la publicación de la *Hieroglyphica* de G. V. P. Bolzani (Basilea, 1556), obra desde luego completamente absurda. En el siglo siguiente, Mercati y otros estudiosos de la época hicieron varios intentos por descifrar los jeroglíficos; pero durante más de 200 años, estos estudios y los que siguieron erraron el camino, a causa de los relatos a menudo contradictorios de los escritores griegos y de los nativos acerca de este tema, ya que muy pocos entre éstos parecen haber tenido un buen conocimiento de la escritura pictográfica.

Mientras ciertos autores se contentaron meramente con repetir las informaciones tal como las habían recibido, a menudo a través de un intérprete, otros parecen haber puesto excesiva confianza en su propia imaginación, y el resultado, en suma, fue una mixtura, profundamente errónea, de datos poco ilustrativos y de otros puramente ficticios; tal estado de cosas añadió una nueva dificultad a la investigación moderna, la cual se enfrentaba con el problema de decidir qué dato era válido y cuál no.

Como en las últimas etapas de la historia de Egipto, los jeroglíficos fueron empleados casi exclusivamente con propósitos religiosos, Herodoto y Diodoro justificaron por tal circunstancia la denominación de tales caracteres como «letras sagradas», en oposición a las «letras populares» de la escritura demótica, la cual en los últimos tiempos era empleada en los negocios y otras necesidades de la vida

cotidiana. Sin embargo, es altamente improbable que alguno de estos dos historiadores se diese cuenta de que las dos formas de escritura, superficialmente tan distintas, eran esencialmente la misma. A este respecto parece que estuvo mucho mejor informado Chaeremon de Naucratis (s. I d. C.), que cuidaba de la Biblioteca de Alejandría: escribió un tratado sobre los jeroglíficos del que nos han llegado tan sólo algunos extractos. Tampoco ofrece gran ayuda para los investigadores y descifradores la obra de Plutarco sobre *Isis y Osiris*, en la que el autor subraya la misteriosa naturaleza de la escritura pictográfica y la compara con los aforismos de los pitagóricos. Un dato mucho más provechoso es proporcionado por Josefo, quien decía que entre las inscripciones de los monumentos debía de haber relatos históricos y además afirmaba que los famosos anales de Manetón habían sido compilados con la ayuda de dichas inscripciones. El teólogo griego Clemente de Alejandría, por otra parte, al hacer referencia en su obra *Stromateis* a la existencia de tres clases de escritura egipcia: epistolográfica -demótica-, hierática y jeroglífica, describía una vez más la nombrada en último lugar como «las letras sagradas esculpidas» y colegía que tenían un carácter puramente simbólico.

Aún sembraron mayor confusión las elucubraciones de un tal Horápollo, natural de Faenebitis, en el nomo de Panópolis, que en su tiempo constituyó un renombrado centro de actividad literaria. Horápollo es el supuesto autor de una obra en muchos volúmenes titulada *Hieroglyphika*, dos de cuyos volúmenes, que según parece fueron traducidos por un tal Filipo, han llegado hasta nosotros. Esta versión griega, que actualmente ha sido adscrita por algunas autoridades a fecha tan tardía como el siglo XV, contiene listas de símbolos pictográficos y de sus significados, completadas con ejemplos acerca de su uso; esta compilación, a la luz del actual conocimiento, aparece como una combinación de erudición, más o menos profunda y de indudable charlatanería. En cuanto a este punto, se ha sugerido que la información había sido formulada para ser utilizada por los fabricantes de amuletos y otros hechizos; lo cual ayudaría a explicar en cierto modo por qué Horápollo da el significado correcto de muchos jeroglíficos, junto con las interpretaciones más disparatadas en cuanto a otros; así, por ejemplo, dice que un ganso representa la palabra «hijo», a causa del gran cuidado que tiene este animal de sus hijos; que una liebre significa «abierto», porque los ojos de la liebre no se cierran jamás, etc. Interpretaciones como éstas atraían la mentalidad medieval, y Galtruchius y su traductor D'Assigny las utilizaron ampliamente en *The poetic Histories* (Londres, 1672) bajo el título «A Short Collection of the Famous Mysteries of the Egyptians named Hieroglyphicks». Este relato estaba entremezclado con narraciones acerca de maravillas tales como el río Sabbatius de Siria, llamado así porque, si bien durante los seis días de la semana discurría hacia el mar de modo normal, en el séptimo día sus aguas, reverentemente, se detenían; o aquel otro curioso torrente, conocido por el nombre de «Manantial de

la Virgen», notable por su fama de poseer «una excelente y extraordinaria virtud sobre las doncellas que por su desdicha habíanse olvidado de sí mismas y habían perdido la virginidad». A estas desventuradas les bastaba con bañarse en la saludable «Virgo Aqua» y se pretendía que la doncella desflorada recobraba de inmediato la joya robada y volvía a ser tan virgen como antes. Tales eran algunas de las encantadoras insensateces que los estudiosos de los jeroglíficos egipcios del siglo XVII solían encontrar en el transcurso de sus investigaciones.

Sin embargo, desde el principio del siglo XVIII fue aumentando el deseo de que se estudiaran directamente las escrituras existentes en los monumentos egipcios y P. Lucas, R. Pococke, C. Niebuhr y otros osados viajeros de aquella época copiaron y publicaron ejemplos de muchas de las inscripciones que tenían la suerte de encontrar. Entre estos primeros visitantes de Egipto estaba F. L. Norden, quien intentó fechar la introducción de la escritura jeroglífica con referencia a las pirámides. Norden razonó -erróneamente, como más tarde se descubrió- que, puesto que los egipcios cubrieron invariablemente todos sus edificios con aquellos símbolos, las pirámides que, aparentemente, estaban desprovistas de inscripciones de ninguna clase debían de haberse construido antes de que fuese inventada la escritura jeroglífica. En realidad, la Gran Pirámide -la de Keops- pertenece a la cuarta dinastía, mientras que los jeroglíficos son anteriores a Menes. Además, como ha demostrado el posterior descubrimiento de los denominados «Textos de las Pirámides», la obra de sillaría de algunas de estas estructuras no estaba en blanco como Norden suponía.

En 1636, el jesuita Athanasius Kircher, que entre otros muchos títulos poseía el de profesor de matemáticas, publicó una obra sobre el copto, cuyo estudio le había convencido de que esta lengua había conservado, bajo la forma de la escritura alfabética, la lengua de los antiguos egipcios. Era, desde luego, una comprobación de gran importancia, pero cuando intentó utilizar el copto -al que él denominó «Lingua Aegyptiaca Restituta»- para sondear el significado de la escritura jeroglífica, los resultados logrados fueron tan inútiles como cómicos. Obsesionado por la creencia en la supuesta naturaleza sagrada de las inscripciones de los monumentos, tradujo los siete signos del título griego «Autocrator», que aparecía asociado con el nombre de Domiciano en el obelisco de Pamfilia, como «Osiris es el creador de la fuerza fecundativa y de toda la vegetación, su fuerza creadora fue llevada a su reino, gracias a los cielos, por medio del santo Mophta». Pero, en cambio, en otros terrenos Kircher demostró ser un eminente hombre de ciencia, y como tal fue respetado, y si lo absurdo de sus elucubraciones acerca de los jeroglíficos no fue descubierto por sus admiradores contemporáneos se debió a que su ignorancia estaba a la par con la suya.

De todos modos, desde 1650 en adelante, Kircher publicó varios volúmenes de sus fantásticos despropósitos, lo cual le granjeó la reputación de ser un egiptólogo de sobresaliente mérito, ilusión que persistió todavía largo tiempo después de su muerte,

ocurrida en 1680.

Las erróneas interpretaciones de Kircher, si no sirvieron para nada positivo, por lo menos ayudaron a plantear la cuestión del problema de los jeroglíficos ante el mundo de la ciencia, y en el transcurso del siglo XVIII una larga sucesión de sabios e investigadores -A. Gordon, N. Freret, P. A. L. D'Origny, J. D. Marsham, C. de Gebelin, J. H. Schumacher, J. G. Koch, T. Ch. Tychsen y P. E. Jablonsky entre ellos- abordaron el problema y, llenos de esperanza, publicaron los resultados de sus esfuerzos y trabajos, los cuales, sin excepción, están desprovistos de base científica y resultan inútiles. Por una ironía, la predilección de estos nuevos investigadores por aquellas interpretaciones equívocas fue, precisamente, lo que les impidió realizar una traducción comparativamente correcta de la escritura jeroglífica hallada en el denominado obelisco de Flaminio, hasta el extremo de haber sido rechazada una interpretación autorizada, como indigna de merecer seria consideración.

Este obelisco, que tiene una altura de 2,65 metros y pesa unas 230 toneladas, fue erigido originariamente por el faraón Seti I (1300 a. C.) en Heliópolis. Octavio Augusto lo hizo transportar a Roma, en donde fue levantado en el año 10 a. C. en el Circo Maximus, en conmemoración de la conquista de Egipto. Con el transcurso del tiempo el obelisco cayó y quedó oculto bajo los fragmentos de las ruinas que lo rodeaban, hasta que fue descubierto de nuevo y puesto en pie bajo las órdenes del Papa Sixto V (Felice Peretti), en las últimas décadas del siglo XVI. Las inscripciones grabadas sobre el obelisco habían sido traducidas muchos siglos antes por un sacerdote egipcio denominado Hermapion. Una reproducción de dicha traducción había sido preservada para la incrédula posteridad por un historiador del siglo IV, Amiano Marcelino, quien la repitió en su totalidad. Pero mientras que, de acuerdo con Hermapion, el signo de rama y el de abeja significan «rey» (n-sw-bit), «el que pertenece al junco y a la abeja» (es decir, el príncipe del Alto y del Bajo Egipto), Kircher tradujo estos símbolos como «trampa para moscas».

De todos modos, aquella general ignorancia no estuvo totalmente desprovista de débiles rayos de luz. El orientalista De Guignes, si bien estaba de acuerdo con la teoría de que los chinos eran colonos egipcios, también manifestó la opinión de que los símbolos jeroglíficos eran determinativos análogos a las claves o radicales chinos. Y el terrible obispo William Warburton, en su *Divine legation of Moses* (Londres, 1731-1741), demostró, por medio de una serie de citas de escritores de la Antigüedad, que, contrariamente a la tesis de Kircher y su escuela, los jeroglíficos no siempre habían sido utilizados con fines exclusivamente religiosos. Pero la idea que más tarde se comprobó tenía un valor positivo fue la que hacía referencia a los anillos ovalados, o cartuchos, que aparecían frecuentemente en las inscripciones.

Actualmente sabemos que estos anillos eran la representación de un lazo formado por un doble cabo de cuerda, cuyos extremos estaban anudados de tal modo que

parecían formar una sola línea. El área así determinada, que originariamente fue circular, asumió con el tiempo la forma oval; este gradual proceso de elongación fue motivado, sin duda, por un aumento en el número de signos jeroglíficos que era necesario acomodar en su interior. Significativamente, la palabra que usaban los egipcios para denominar tales cartuchos se derivaba del verbo «rodear» y se ha sugerido que su utilización fue introducida para que los príncipes pudiesen ser representados -en los términos de una frase faraónica familiar- como el monarca indiscutible de todo «lo que es circundado por el sol».

Sea cual fuere su origen, desde luego representaba una característica de la escritura jeroglífica que llamaba poderosamente la atención, y, al menos para algunos estudiosos del siglo XVIII, parecía razonable suponer que el propósito del recinto ovalado era dirigir la atención hacia algún ítem importante de la inscripción. Esta idea se les ocurrió sucesivamente a J. J. Barthélemy, a De Guignes y a G. Zoega, quienes conjeturaron que el contenido del cartucho podía ser alguna fórmula sagrada o un nombre real. A su debido tiempo, los hechos confirmarían la exactitud de este razonamiento, pero no antes de que el dogmático Kircher proclamase ante el mundo que su contenido significaba que «los favores del divino Osiris deben ser obtenidos por medio de ceremonias sagradas y del sometimiento de los genios, para que así puedan ser conseguidos los beneficios del Nilo».

A fines del siglo XVIII, la posibilidad de lograr una auténtica comprensión de los jeroglíficos parecía tan lejana como siempre. Pero, en tal coyuntura, Napoleón Bonaparte, persuadido de la imposibilidad de realizar la invasión directa de Inglaterra, decidió atacar las posesiones de este país en la India, pasando por Egipto, territorio que en aquel entonces era dominio turco. Llegó a Egipto Napoleón y temporalmente lo conquistó en julio de 1798. En agosto del siguiente año, un grupo de soldados franceses que se dedicaba a realizar excavaciones en las ruinas del Fuerte Rashid -que había sido rebautizado como San Julián por los invasores franceses- en las cercanías de Rosetta, en la desembocadura del Nilo, tuvo la suerte de desenterrar una losa de basalto negro, una de cuyas caras estaba cubierta por tres franjas de una escritura desconocida. Inmediatamente se comprobó que dos de las tres inscripciones eran ilegibles, pero que la tercera versión estaba escrita en griego.

III

La losa medía unos 81 centímetros de largo por 77 centímetros de ancho y 28 centímetros de espesor, y, a pesar de su mal estado de conservación, la importancia del hallazgo fue inmediatamente apreciada. De los tres textos, las 14 líneas de la escritura jeroglífica se hallaban en la parte superior, si bien cada línea había perdido el principio y el final y parecía faltar una gran parte; la versión central, escrita en una escritura similar a la que se veía sobre muchos papiros, contenía 32 líneas, cerca de la mitad de las cuales estaban incompletas; en la parte inferior aparecían las unciales griegas, y 26 líneas de las 54 que la componían tenían los finales mutilados.

Reproducciones de la inscripción fueron enviadas a París rápidamente como obsequio a los investigadores europeos; pero, antes de que la Piedra Rosetta (como fue denominada) pudiese ser transportada a Francia, la intervención británica en Egipto produjo el colapso de la campaña napoleónica, y el botín bilingüe cayó en poder de Inglaterra. Llegó a Deptford en 1802, permaneció durante un tiempo en el domicilio de la «Society for Antiquaries» y luego, por cortesía del rey Jorge III, fue transferida al Museo Británico, en donde permanece todavía en la actualidad.

El texto griego, que fue traducido inmediatamente, se refiere al permiso concedido por el faraón Ptolomeo V Epífanos para una reunión de sacerdotes que tuvo lugar en Memfis en el año 196 a. C., y entre otras cosas manifiesta que se había decretado que debían ser erigidas copias de la proclamación en todos los templos de Egipto de primera, segunda y tercera clases. Es bastante dudoso que esta penosa tarea fuese llevada a cabo en su totalidad, pero es interesante poner de relieve que más tarde fueron halladas otras copias de este edicto, una de las cuales, que consta de 31 líneas de texto jeroglífico, fue descubierta en Nubayrah, cerca de Damanhur, en el Bajo Egipto, en 1880.

Partiendo de la información proporcionada por la versión griega de la Piedra Rosetta, varios puntos parecían claros. En primer lugar era evidente que los tres textos eran sustancialmente el mismo y que la versión griega del edicto se repetía en la «escritura de la lengua de los dioses» y en «la escritura de los libros» -es decir, en caracteres jeroglíficos y en demóticos-, y de esto se deducía que, no sólo la escritura jeroglífica continuaba siendo utilizada y comprendida en el tiempo de los Ptolomeos, sino también que no podía seguir considerándose que había servido exclusivamente para fines religiosos.

Los primeros intentos para descifrar las inscripciones se concentraron sobre el texto demótico, cuyos signos cursivos eran considerados alfabéticos y en realidad no eran muy distintos de los árabigos. Además, esta parte de la inscripción presentaba otra ventaja: la de estar relativamente completa.

En 1802, el orientalista Sylvestre De Sacy, con la ayuda del texto griego, logró reconocer varios nombres, entre los cuales se hallaba el de Ptolomeo; pero, incluso habiendo logrado obtener varios grupos de signos por este medio de identificación,

no consiguió establecer un alfabeto y finalmente declaró que el problema era insoluble, manifestando que siempre sería tan «inalcanzable como la Santa Arca de la Alianza».

El defraudado De Sacy pasó el problema al diplomático sueco J. D. Akerblad, quien en aquella época se dedicaba al estudio de lenguas en París. Akerblad, hombre de considerables méritos, prosiguió la tarea desde el mismo punto en el que la había dejado su predecesor y, mediante una razonada comparación con los dos textos, consiguió identificar en la versión demótica todos los nombres propios que aparecían en la versión griega, junto con unas pocas palabras más, todo lo cual comprobó estaba escrito alfabéticamente. Este éxito inicial le convenció de que era correcta la suposición de que la escritura demótica era alfabética en su totalidad, conclusión errónea que entorpecería el resultado de posteriores investigaciones.

A partir de este momento y durante más de una década, los esfuerzos positivos fueron casi enteramente sustituidos por inútiles especulaciones de los teóricos. Las más absurdas eran, sin duda, las del conde N. G. de Palin, quien sostenía que, basándose en los trabajos realizados para traducir los Salmos de David al chino, podría descifrarse el contenido de los papiros egipcios. En cuanto a la escritura de la Piedra Rosetta, proclamaba que había comprendido su significado a la primera ojeada, y al hacer públicos los resultados de su luminosa interpretación aseguró a su auditorio que la enorme rapidez de su método le había «preservado de los sistemáticos errores que surgían a causa de un estudio excesivo».

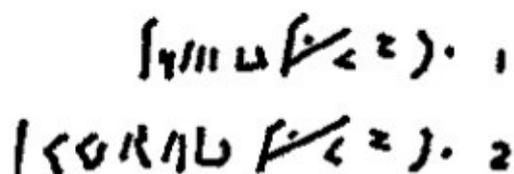
Por otra parte, el abate Tandeau de St. Nicolas estaba convencido de que los jeroglíficos eran un simple artificio decorativo y no un sistema de escritura; opinión que no fue compartida por un ingenioso investigador de Dresde, quien consiguió leer el mismo texto griego en una fragmentaria copia jeroglífica. Y, en 1806, el orientalista Barón von Hammer-Purgstall, que en otros aspectos demostró ser un valioso investigador, se tomó el trabajo de realizar una traducción de «Ancient Alphabets», obra que contenía una supuesta explicación de los jeroglíficos escrita por un mixtificador árabe que se hacía llamar Ahmed Bin Abuker Wahsih. Mucho después de 1821, cuando la verdad comenzaba al fin a preponderar sobre la falsedad y el error, se anunció solemnemente que la lectura de las inscripciones del obelisco de Pamfilia había descubierto detalles de una victoria de los justos sobre los pecadores en el año 4 000 a. C.

Entre tanto, el problema había atraído la atención de un personaje importante, el erudito de Cambridge Dr. Thomas Young, ya famoso por su tesis acerca de la teoría ondulatoria de la luz. Young había nacido en Milverston, Somerset, en 1773; y, según se decía, leía corrientemente cuando sólo tenía 2 años de edad y ya conocía una docena de lenguas, entre ellas el árabe, el etíope, el persa y el turco, antes de haber llegado a los veinte. En 1798 tuvo la suerte de recibir un espléndido legado de un tío,

que le hizo económicamente independiente, con lo que pudo proseguir sus muchos y variados estudios, que incluían -como demuestran sus obras publicadas- desde las costumbres de las arañas y la atmósfera de la Luna a las curvas epicicloides, la teoría de las mareas, las enfermedades del pecho y los jeroglíficos.

Tuvo noticia de la Piedra Rosetta, y de los problemas con ella asociados, en 1814, cuando su amigo Sir W. E. Rouse Boughton le envió un papiro egipcio escrito en caracteres cursivos, que había sido encontrado en el sarcófago de una momia en Tebas. Young, provisto de una copia del decreto de Memfis, y con el relato de los esfuerzos de Akerblad por descifrarlo, fue a Worthing y empezó a estudiar el problema. Su primer paso consistió en cortar su copia de las tres versiones del Decreto en varios pedazos y pegar las 32 líneas del texto demótico en hojas de papel. Luego, teniendo en cuenta que la escritura egipcia, como ya se sabía, debía ser leída de derecha a izquierda, repartió cada grupo de signos en partes proporcionales a las palabras griegas que él consideraba podían ser sus equivalentes. Intentó repetir el proceso con la parte jeroglífica, pero tropezó con la enorme dificultad que presentaba el que fuese incompleta y no se supiese cuánto faltaba exactamente.

Como hicieron Akerblad y De Sacy antes que él, Young se guiaba por la existencia de palabras idénticas o similares en la versión griega; por ejemplo, las líneas cuatro y diecisiete contenían los nombres de Alejandro y Alejandría y éstos parecían estar representados por dos grupos de signos que se parecían enormemente a los de la segunda y décima líneas de la parte demótica. Por otra parte, la palabra «rey» aparecía en el texto griego unas 37 veces; por lo tanto, podía equipararse tan sólo con un grupo de caracteres demóticos que estuviesen repetidos unas 30 veces. De modo semejante había 11 menciones del nombre Ptolomeo, y su equivalente egipcio no podía ser más que un grupo muy particular de caracteres que aparecían 14 veces, aunque bajo más de una forma, así (leyendo de derecha a izquierda):



De aquí se desprendía que en la escritura demótica, aunque el cartucho no había desaparecido enteramente, quedaba tan abreviado y reformado, que era representado tan sólo por sus extremos [véase el dibujo en página siguiente].

Disponiendo numerosos puntos de subdivisión, de tal modo que todas las partes demóticas se acomodasen lo más posible a los fragmentos correspondientes del texto griego, Young consiguió compilar un vocabulario griego-demótico que contenía 86 grupos, la mayor parte de ellos correctos, y más tarde, en 1814, intentó leer una traducción completa del texto central ante la Society of Antiquaries.



Este esfuerzo, sin embargo, estaba basado en gran parte en conjeturas, puesto que su autor difícilmente podía saber que la parte demótica contenía pasajes para los que no había equivalencia en griego. Tampoco es probable que Young advirtiese que el Decreto en su origen había sido redactado en griego y que las versiones egipcias eran meras paráfrasis, si bien el hecho de que los nombres propios no aparecían el mismo número de veces en los textos griego y demótico debía haberle sugerido que no podía tratarse de una versión literal. Del modo como se desarrollaron los acontecimientos, transcurrieron 36 años antes de que H. K. Brugsch pudiera demostrar que había logrado descubrir la verdadera esencia de la interpretación demótica, y hasta 1880 - época en la que los jeroglíficos estaban ya virtualmente descifrados- no publicó E. Revillout su *Crestomathie démotique*, obra en la que el texto íntegro era sometido a un análisis palabra por palabra, acompañado de su traducción griega y de su equivalente en francés.

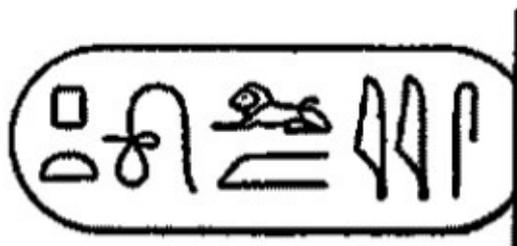
Entre tanto, durante los dos años siguientes, Young se dedicó cada vez más al problema que planteaban los jeroglíficos, y finalmente se le ocurrió que, en un país en el que se utilizaba una escritura pictográfica, los escribas nativos, cuando necesitaban escribir el nombre poco familiar de algún conquistador extranjero, debían recurrir a los valores fonéticos de algunos de los caracteres, prescindiendo de cualquier significado ideográfico que pudiese adjudicársele. En otras palabras, si - según parecía casi seguro- los nombres de los reyes egipcios se distinguían por estar enmarcados en el óvalo real, y si el nombre «Ptolomeo» podía ser identificado en su forma jeroglífica sobre la Piedra Rosetta, sería posible descubrir los valores fonéticos de los signos en cuestión.

Que los jeroglíficos podían tener valores alfabéticos había sido ya conjeturado por varios investigadores, pero cupo a Young el honor de ser el primero que pudo demostrarlo en algunos casos concretos.

Sucedía que el nombre Ptolomeo era el único que aparecía íntegro en la dañada parte superior de la piedra, aunque en aquel tiempo no había modo de conocer esta circunstancia. Como el mismo Young explicó más tarde, experimentó grandes dificultades para identificar con este nombre algún grupo de jeroglíficos, puesto que no sólo variaban en distintos puntos de la inscripción, sino que, de modo totalmente inesperado, aparecían en lugares en donde no había ninguna palabra correspondiente en el texto griego.

En la sexta línea del texto jeroglífico, los símbolos siguientes aparecían encerrados en un cartucho (nos ha parecido más conveniente, tanto en éste como en los demás ejemplos, que la dirección de la escritura fuese invertida, para que pudiese

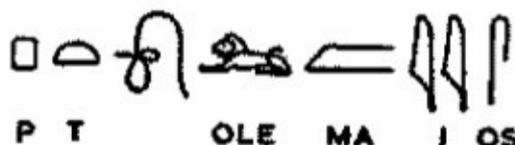
leerse de izquierda a derecha):



Además, en la misma línea y otra vez en la línea 14 se repite este mismo grupo de signos, pero con algunas adiciones:



Aquí, como ya había notado Young, el nombre de Ptolomeo presentaba asimismo variaciones en el texto demótico, y la versión griega mostraba que el nombre estaba indicado en una forma más larga, porque el nombre estaba acompañado por títulos. De acuerdo con ello dedicó su atención al más corto de los dos cartuchos, transcribiendo así su contenido:



Esta equiparación del griego PTOLEMAIOS con su equivalente egipcio era el primer éxito prometedor logrado en el descifrado de una inscripción jeroglífica. Pero Young no advirtió la práctica egipcia de omitir las vocales, y esto le indujo a error. Se equivocó al considerar que el tercer signo no era esencial -durante los últimos tiempos en que estuvo en uso la escritura jeroglífica este signo fue utilizado en realidad con un significado secundario para expresar la vocal O-, el cuarto signo debía haber sido L y el último simplemente S, expresando PTOLMIS, esto es, PTOL(E)M(A)I(O)S. Pero, incluso a pesar de este error, Young consiguió reconocer el nombre Ptolomeo I Sóter en el texto del templo de Karnak y dedujo correctamente que el cartucho que acompañaba al de este faraón debía referirse a su esposa Berenice; pero en la interpretación de este nombre fue menos afortunado. Quiso la suerte que el único símbolo que fuese común a ambos nombres le indujese a error y, aparte de la lectura equivocada de B como BIR, lo único que logró fue la identificación de la letra N. Así, de un total de 13 signos entre los dos cartuchos,

consiguió leer seis correctamente, tres parcialmente y cuatro mal. Pero, naturalmente, él desconocía esta circunstancia, y estos errores iniciales, aunque no particularmente graves en sí mismos, inevitablemente le llevaron a cometer mayores faltas, cuando intentó aplicar su rudimentario alfabeto a los contenidos de otros cartuchos; con el resultado de que se ingenió de tal modo que leyó ARSIONE en donde decía AUTOCRATOR y EVÉRGETES en donde decía CÉSAR.

A pesar de todo, fueron los hallazgos de Young, como él mismo indicaba en una colaboración especial a la edición de 1819 de la Enciclopedia Británica, los que señalaron el camino que debía seguirse para el correcto descifrado de los jeroglíficos. No sólo confirmó que los cartuchos contenían nombres reales y demostró que éstos comenzaban en el extremo redondeado del óvalo, sino que también halló la equivalencia de varias formas de la escritura egipcia, estableció que la escritura debía leerse en la dirección a la que los caracteres se enfrentaban y demostró el importante hecho de su naturaleza casi alfabética. También se dio cuenta de que los numerales estaban expresados por medio de rayas, que los plurales se formaban, o bien repitiendo el jeroglífico apropiado tres veces, o bien trazando tres rayas al final de la palabra, y que caracteres distintos podían representar en ocasiones idénticos sonidos (principios de homofonía), mientras que otros -como los dos símbolos utilizados en los textos tardíos como indicación del femenino- podían ser empleados como determinativos.

Planteado el problema de esta forma, Young abandonó la empresa, contentándose con advertir que una aplicación sistemática de sus métodos conduciría al descubrimiento de los restantes signos del alfabeto. Si realmente era ésta su opinión, se hace difícil comprender por qué no prosiguió las investigaciones, a menos que se diese cuenta de que en adelante ya no haría ningún progreso. De todos modos, el éxito que podía haber sido suyo fue pronto logrado por otro investigador, siendo por ello universalmente aclamado.

IV

Jean-François Champollion, llamado el Joven para distinguirlo de su hermano mayor, Jean-Jacques, nació en 1790 en Figeac, en el departamento del Lot (Francia); cuando tenía 12 años de edad daba ya muestras de un interés fuera de lo corriente por las lenguas orientales. Su hermano se lo llevó a Grenoble en 1801, donde conoció al

famoso matemático Jean-Baptiste Fourier, uno de los miembros de la malhadada expedición científica de Napoleón a Egipto. Fourier invitó al muchacho a visitar su casa y le mostró su colección de antigüedades egipcias. Los ejemplares de escritura antigua fascinaron al joven visitante, y al saber que aquella escritura no podía ser leída, ni comprendida, se dice que Champollion se hizo el temprano propósito de dedicar su vida a la tarea de descifrarla.

Para lograr este fin, intensificó sus estudios lingüísticos e históricos y finalmente acompañó a su hermano a París, y allí, siendo discípulo de De Sacy, llegó a familiarizarse con las inscripciones de la Piedra Rosetta. En 1809, a la edad de 18 años, obtuvo el nombramiento de profesor de Historia del Liceo de Grenoble, pero poco después fue proscrito a causa de sus tendencias bonapartistas. Dejó Grenoble, pero pudo volver a esta ciudad en 1817, ejerciendo como bibliotecario en el local de la Academia de Ciencias, hasta que, enfrentado una vez más con una acusación de traición, huyó a París y buscó refugio junto a su hermano.

A través de estos años borrascosos, el interés de Champollion por Egipto y sus misteriosas escrituras nunca decayó. Aunque sabía que Barthélemy, Zoega y otros se inclinaban por la teoría de que las escrituras antiguas eran alfabéticas, él no podía aceptar este punto de vista. Aún en 1821, cuando publicó su obra *De l'écriture Hiératique des Anciens Égyptiens*, aunque demostraba que la escritura hierática era una mera modificación de la jeroglífica, también declaraba que en su opinión sus caracteres representaban cosas, no sonidos. En el siguiente año, en cambio, no sólo abandonó completamente su primitiva posición, sino que presentó a los miembros de la «Académie des Inscriptions et Belles-Letres» una tabla de signos fonéticos y leyó al Secretario Permanente de la Academia un informe que se hizo famoso, en el que enunciaba la naturaleza alfabética del contenido de los cartuchos y demostraba su habilidad para descifrarlos.

¿Cómo se produjo esta *volte face*? Resulta difícil contestar a esta pregunta, a causa de lo que muchos críticos de Champollion consideran su absoluta falta de confianza en la ayuda que podía hallar en el trabajo de otros investigadores. Desde luego, dañó grandemente su reputación -y de modo totalmente innecesario- el hecho de negarse a admitir que hubiese tomado jamás en consideración dato alguno de cualquier otro investigador. Pero, sin embargo, parece obvia la conclusión de que esta súbita conversión al «foneticismo» le había sido sugerida por una tardía lectura de la contribución de Young a la Enciclopedia Británica. Es posible que no sea ésta la respuesta correcta a la pregunta, ya que el mismo Champollion se esforzó más tarde en negar que su método estuviese inspirado en los hallazgos de su colega británico.

No existe, desde luego, la menor duda de que el investigador francés conocía desde hacía largo tiempo las dos versiones del nombre de Ptolomeo, en las escrituras demótica y jeroglífica, y es de presumir que, desesperando de hallar una solución

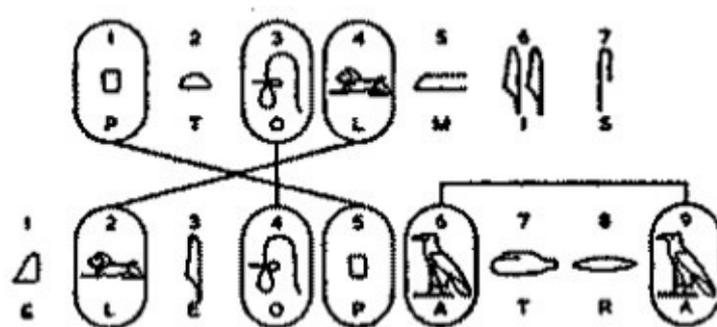
puramente ideográfica, decidiese finalmente proceder como si los signos, después de todo, pudiesen ser fonéticos. Sea ello lo que fuere, la palabra Ptolomeo sola no era bastante; para comprobar la veracidad del hallazgo era preciso realizar la identificación de un segundo nombre que contuviese alguno de los signos de la palabra Ptolomeo, a fin de que un cotejo entre ambos pudiese demostrar si se habían usado o no caracteres similares para expresar los mismos sonidos. Pero para realizar este cotejo la versión jeroglífica de la Piedra Rosetta no ofrecía ayuda alguna; ahora bien, por aquellas fechas, según aseguran sus biógrafos, Champollion consiguió realizar un estudio del papiro Casad. Este documento estaba escrito en caracteres demóticos, y, al transcribirlo en jeroglíficos, encontró un nombre que, por varias razones, creyó pudiese ser el de Cleopatra. La veracidad de tal suposición fue pronto confirmada gracias al obelisco de Filé. La historia de este monumento empieza con el linaje de Ptolomeo V Epífanes, con la hija y los dos hijos que le dio su esposa, Cleopatra I. Dos de estos tres hijos le sucedieron en el trono: Ptolomeo VI Filométor y Cleopatra II. Habiendo muerto en una batalla Ptolomeo VI, Cleopatra le sustituyó por su otro hermano Ptolomeo VIII Evérgetes II, llamado Fiscón (el barrigudo). Cualquier afecto que el nuevo faraón hubiese podido sentir por los hijos de su difunto hermano se vio ensombrecido por su obsesión acerca de la presión que aquéllos pudiesen ejercer sobre la sucesión, y solventó el problema deshaciéndose de su joven sobrino Ptolomeo VII y tomando como segunda esposa a su sobrina Cleopatra III. Así, Cleopatra II se encontró en la poco envidiable situación de ser la esposa del asesino de su hijo y heredero y de tener que compartir su marido con su propia hija (Cleopatra III).

El reinado conjunto comenzó en el año 193 a. C. y fue a este triunvirato, «el rey Ptolomeo, la reina Cleopatra la hermana y la reina Cleopatra la esposa, dioses Evérgetai», al que los sacerdotes del templo de Isis, de la isla de Filé, tuvieron ocasión de dirigir una petición solicitando que se les librase de la inoportuna asiduidad de un ejército de oficiales del Estado y de sus seguidores, que iban en interminable procesión a Filé solicitando comida y alojamiento a expensas de los fondos del templo, ya seriamente mermados. A esta solicitud siguió la promulgación de un decreto real dando a conocer a los interesados que debían acabar las molestias, y para que la prohibición pudiese ser vista por los visitantes de la isla, los agradecidos sacerdotes erigieron un obelisco -se supone que existieron dos- en la entrada del templo; dicho obelisco estaba debidamente grabado en jeroglíficos y en griego.

En 1815, unos 2.000 años más tarde, fueron hallados en Filé una columna caída y su base, y W. J. Bankes, su descubridor, los envió a Alejandría, y desde allí fueron embarcados con destino a su casa en Kingston Lacy, en Dorset (Inglaterra), en donde erigieron de nuevo el obelisco. Gracias a la versión griega, se dedujo que en la parte en jeroglíficos debían estar mencionados los nombres de Ptolomeo y Cleopatra,

deducción que fue en parte confirmada cuando se descubrió que uno de los cartuchos era casi idéntico al segundo óvalo de la Piedra Rosetta, que ya estaba reconocido, como referente a Ptolomeo: Bankes llegó a la conclusión acertada de que el cartucho que se emparejaba con aquél debía contener el nombre de Cleopatra, e hizo sacar copias de la parte de la inscripción en la que estaba inscrito el nombre de la reina, las cuales fueron profusamente distribuidas en beneficio de los investigadores interesados. De modo curioso, aunque Young fue uno de los primeros que recibieron la copia, nada hizo. Como más tarde explicó en *An Account of Some Recent Discoveries, in Hieroglyphic Literature and Aegyptian Antiquities including the Author's Original Alphabet as Extended by Mr. Champollion*; (Londres 1823), en la litografía que le envió Mr. Bankes, el artista inadvertidamente expresó la primera letra del nombre de la reina con una T en lugar de una K, circunstancia que, aunque bastante trivial en sí misma, fue suficiente para hacer desistir a Young de proseguir con el asunto. Entre tanto, una copia de ese documento había sido ya enviada a J. A. Letronne, por medio del cual, en enero de 1822, fue transmitida a Champollion...

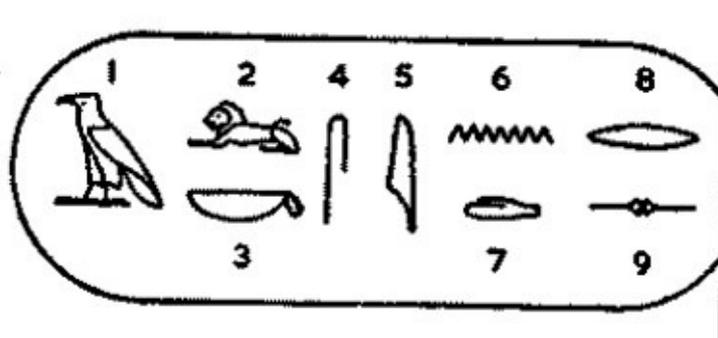
Las formas griegas de los nombres Ptolomeo y Cleopatra tienen varias letras comunes y la prueba crucial, que Champollion procedió a aplicar, estaba determinada por el deseo de demostrar si se observaban o no correspondencias en la versión egipcia de ambos nombres. Fue necesario hacer las debidas concesiones a la omisión por lo menos de algunas vocales, tanto más cuanto que las diez letras griegas de PTOLEMAIOS eran expresadas con sólo siete jeroglíficos, mientras que, de modo incongruente, el nombre de Cleopatra estaba representado por el mismo número de letras y signos, si se dejaba aparte el sufijo determinativo del femenino y su correspondiente huevo-símbolo. Así, pues, hizo una tentativa de comparación a lo largo de las siguientes líneas:



y, como enseguida se comprobó, tres de los signos pertenecientes a Ptolomeo, los signos 1°, 3° y 4°, se encontraron en sus lugares correspondientes en Cleopatra: 5°, 4° y 2°, respectivamente. Además, la primera A de Cleopatra -signo 6°- estaba, debidamente repetida al final del nombre -signo 9°-, aunque, y correctamente, ni este signo ni los que representaban las letras K, E y R aparecían en Ptolomeo. Por otra

parte, y no menos correctamente, los jeroglíficos M, I y S de Ptolomeo no se hallaban en Cleopatra. La única nota discordante era la introducción de la letra T, que en Ptolomeo -2º signo- difería del de Cleopatra -7º signo-, fenómeno que justificadamente fue considerado como un caso de homofonía.

Es fácil imaginar cuál sería la excitación de Champollion ante tal descubrimiento. No quedaba ya la menor duda de que los nombres griegos estaban expresados fonéticamente en los jeroglíficos. Además, ahora conocía los valores de una docena de signos, con ayuda de los cuales podría descubrir otros, tarea a la que se dedicó inmediatamente. Empezó con el contenido del cartucho siguiente:



De estos nueve signos conocía ya los numerados como 1, 2, 4, 5, 7 y 8, lo cual daba

| | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 |
| A | L | | S | E | | T | R | |

Había un solo nombre griego que pudiese ser identificado con esta particular disposición de letras: A L K S E N T R S (Alejandro), y así pudo añadir a la lista tres signos más.

En cuestión de pocas semanas, Champollion descifró ochenta y tantos cartuchos, y consiguió leer uno tras otro los nombres de los príncipes griegos y romanos que habían dirigido los destinos de Egipto desde los tiempos de Alejandro Magno. Dilucidó también los nombres adoptados por estos monarcas, por ejemplo: Autócrator y César, y, como estos títulos tendían a asumir formas distintas (el nombre César se encontraba deletreado en jeroglíficos en media docena de formas distintas), ayudaron enormemente en el acrecentamiento de la lista de signos, los cuales pronto pasaron de cien.

Por este tiempo era ya evidente que el problema, en cuanto a lo que concernía al período grecorromano, había sido resuelto, pero ¿qué sucedería con la escritura egipcia pre-alejandrina? Young ya había sospechado que los jeroglíficos fonéticos eran esencialmente una innovación de la época griega; sin embargo, hasta el 14 de noviembre de 1822 Champollion no pudo conseguir una prueba decisiva. En este día memorable recibió por medio del arquitecto Jean-Nicolas Huyot varias impresiones

de bajorrelieves descubiertos en un templo egipcio, que eran indiscutiblemente anteriores al período griego. Entre este material había varios cartuchos, y uno de ellos, que contenía signos con los que estaba familiarizado, atrajo la atención de Champollion:



Enseguida advirtió que el carácter de la izquierda, formado por dos signos idénticos, era una doble forma de la letra S de Ptolomeo. El signo del centro era desconocido, pero estaba precedido por un emblema que representaba el sol -en copto RA o RE-. Así, pues, el nombre aparecía bajo la forma RA?SS, notación que inmediatamente trajo a su mente una famosa figura de la historia de Egipto, mencionada en la obra de Manetón, y que también aparecía en el Éxodo: Rameses o Ramesses. Además, con la ayuda de la inscripción de la Piedra Rosetta, Champollion pudo asociar el signo central desconocido con la palabra griega para el natalicio, y, a partir de aquí, identificó esto con la forma copta «ser nacido» (ms) o «niño» (mas) y así obtuvo una posible explicación del significado del nombre Ramesses, que parecía dar a entender que «Ra le engendró» o que el monarca era «hijo de Ra». La probabilidad de que esta interpretación fuese correcta se robusteció al descifrar un segundo cartucho que contenía los signos siguientes:



En este caso, los dos caracteres hallados en el primer cartucho, identificados como MES, estaban acompañados por la figura de un ibis, que según los autores griegos era el símbolo del dios Toth; de donde el nombre debía leerse TOTHMSS, lo cual era una indudable referencia al faraón de la 18ª dinastía Tutmosis, es decir, «Hijo de Toth», también mencionado por Manetón.

A partir de este momento, Champollion comprendió claramente que los jeroglíficos no eran exclusivamente fonéticos, ni enteramente simbólicos, sino una combinación de ambos valores. Sin embargo, cuando una quincena más tarde leyó

ante la Academia su *Lettre à M. Dacier relative à l'alphabet des hiéroglyphes phonétiques*, no hizo referencia alguna a su último y más importante descubrimiento, el cual fue notificado al mundo en su magistral *Précis du Système Hiéroglyphique* (París, 1824), en donde anunció que la modalidad de escritura empleada por los antiguos egipcios constituía un complejo sistema que era a la vez «figurativo, simbólico y fonético en un mismo texto, en la misma frase e incluso en una misma palabra».

Desde 1824 hasta su muerte, ocurrida ocho años más tarde, Champollion trabajó incesantemente en el incremento de su comprensión de los jeroglíficos, primero visitando Turín y otras ciudades europeas, para estudiar en ellas diversas colecciones de papiros, y más tarde yendo a Egipto a petición del Gobierno francés. Pasó dos años en Egipto copiando inscripciones y a su regreso comenzó, pero no pudo completarla, la inmensa tarea de examinar y estudiar todo el material que había reunido. Se hallaba en pleno trabajo, cuando súbitamente enfermó y murió. Después de su muerte, su hermano prosiguió sus trabajos y a su debido tiempo aparecieron sus obras póstumas: *Grammaire Égyptienne* (París, 1836-1841) y *Dictionnaire Égyptien* (París, 1843).

El mérito de los descubrimientos de Champollion no fue debidamente apreciado durante su corta vida, y no se les dio el valor que merecían hasta mucho después de su muerte. Tan pronto como publicó su *Précis du système hiéroglyphique*, F. A. W. Spohn creyó conveniente proclamar su convencimiento de que los jeroglíficos eran símbolos sagrados; este concepto equivocado fue sustentado asimismo por G. Seyfarth, mientras que J. Klaproth, que nunca fue amigo de Champollion, siguió atacando su memoria, después de su muerte. Y todavía en 1860 C. Simónides rechazaba como fantástica y absurda cualquier sugerencia de que los jeroglíficos encerrados en los cartuchos fuesen fonéticos, proclamando que, en realidad, representaban apotegmas de reyes, y en apoyo de su teoría dedujo una expresión de un óvalo real que decía: «El poder de la verdad es sempiterno».

Pero, si bien es verdad que Champollion tuvo grandes rivales y detractores, también tuvo apasionados amigos y defensores. Además, sus ideas tenían el gran mérito de ser en su mayor parte correctas, mientras que las de sus oponentes, en su inmensa mayoría, eran erróneas; así, pues, había de llegar, forzosamente, el día del triunfo de Champollion y sus seguidores.

Siguiendo el camino señalado por el libro de H. Rosellini *Monumenti d'Egitto e della Nubia* (Pisa, 1832), el eminente Richard Lepsius acometió una detallada valoración de la situación, tal como se hallaba en aquel momento. El resultado fue la publicación de su *Lettre a M. le professeur Rosellini* (Roma 1837), en la que sometía la obra de Champollion a un penetrante análisis y juzgaba que era fundamentalmente cierta.

Más tarde proporcionó apoyo a este asentimiento un equipo de sabios alemanes - del que casualmente formaba parte el mismo Lepsius- que en 1866 desenterró en las cercanías de Tanis una losa de piedra caliza con una inscripción bilingüe del Decreto de Canopo. La parte superior de la cara de la estela tenía grabadas 37 líneas de jeroglíficos y en la mitad inferior había 76 líneas de unciales griegas -la versión demótica estaba relegada al borde de la derecha-; este material adicional confirmó con abundancia de pruebas lo que ya se había supuesto acerca de la lengua y la escritura de los antiguos egipcios. E

El Decreto, como ya se ha dicho, anunciaba la concesión de determinados honores a Ptolomeo III Evérgetes I por el agradecido sacerdocio. También revelaba que, 250 años a. C., el año egipcio de 365 días presentaba señales de un cierto retraso en las estaciones; para solventar este defecto se proponía enmendarlo mediante la adición de un día cada cuatro años. Quince años más tarde, G. Mayspero halló otra piedra en la que se había inscrito un duplicado de esta triple versión.

Por esta época, el conocimiento de los jeroglíficos había alcanzado ya rutas más científicas, gracias a los estudios gramaticales de Ludwig Stern y Adolf Erman, y siguió una sucesión de otras importantes obras, entre las cuales se hallan las de K. Sethe, W. Spiegelberg, Sir H. Thompson, H. Grapow y S. de Buck.

V

En el transcurso de más de cuatro mil años, la lengua egipcia experimentó inevitablemente considerables cambios. Los varios estadios lingüísticos atravesados han sido clasificados, bastante toscamente, como antiguo, medio y nuevo egipcio, demótico y copto. El antiguo egipcio fue absorbido de modo casi imperceptible por el medio, hacia fines de la novena dinastía, y el medio, con ligeras modificaciones, siguió siendo utilizado con fines literarios hasta los tiempos grecorromanos. El egipcio moderno, entre tanto, según está representado en la correspondencia de negocios y en las cartas particulares, quedó establecido como la lengua vernácula de las dinastías 18^a a 24^a, mientras que el término «demótico» queda reservado al lenguaje usado en los documentos escritos, con la escritura de este mismo nombre, desde la dinastía 25^a en adelante; el copto, la lengua egipcia en su forma final, se puede decir que data del siglo III después de C.

Necesariamente estos cambios quedaron reflejados en la escritura, cuya edad clásica es la del egipcio medio. La tercera y más reciente edición de la monumental *Egyptian Grammar* (Londres, 1957) de Sir A. H. Gardiner, que se refiere a este período, enumera unos 700 jeroglíficos y sus significados, bajo más de una veintena de epígrafes descriptivos, que abarcan desde las «partes del cuerpo humano» (63 signos), «el hombre y sus ocupaciones» (55 signos), «pájaros» (5 signos), «partes de los mamíferos» (52 signos) hasta «escritura», «juegos», «música» (8 signos cada uno). Así pues, es evidente que, aunque los antiguos egipcios profesaban la creencia de que el arte de la escritura fue un legado que les había sido concedido por el dios Toth, el dios de la sabiduría y del conocimiento, fueron más bien asuntos terrestres que etéreos los que inspiraron los dibujos de los jeroglíficos. La mayoría de los signos han sido actualmente identificados y aquellos dibujos a los que Young aludía vagamente como «un rectángulo» «un semicírculo», «una figura que parece una pluma» o «una línea no muy distinta a un cayado» han sido identificados como representaciones de un taburete, una hogaza de pan, la floración de un junco o una tela con pliegues.

La escritura está representada invariablemente con fines decorativos, y aparece de dos maneras, bien en columnas verticales, bien en líneas horizontales, y por regla general se lee de derecha a izquierda, aunque en ocasiones puede discurrir de izquierda a derecha. Así, por ejemplo, sobre los sarcófagos, las plegarias por los difuntos aparecen frecuentemente como una banda de escritura jeroglífica que discurre separadamente en dos direcciones, empezando en el casquete de la cabeza y uniéndose en el pie, de tal modo que la mitad de las invocaciones se leen en un lado y la otra mitad en el otro.

No hay separación entre las palabras, y los espacios antiestéticos son estudiadamente eludidos en las inscripciones: colocando los signos en dos renglones, si la escritura es horizontal, o en dos columnas, una junto a la otra, si la escritura es vertical, con el fin de utilizar lo mejor posible el espacio de que se dispone. Los signos superiores tienen preferencia sobre los inferiores, y los que tienen frente van casi siempre hacia el comienzo de la escritura de la que forman parte; de este modo no hay ninguna duda acerca de la dirección en que hay que leer la inscripción, aunque pueden estar colocados de cuatro maneras distintas (fig. 2).



Fig. 2.- Las cuatro posibles disposiciones de los jeroglíficos egipcios.
La numeración indica el orden en el que deben leerse.

Los jeroglíficos pueden catalogarse en dos grupos principales: ideogramas y fonogramas, cada uno de los cuales admite varias subdivisiones. En primer lugar, un ideograma (símbolo-palabra) indica el objeto que se representa, es decir, su valor-palabra, y es el nombre de este objeto; pero, además de esta interpretación literal, un ideograma puede ser empleado también para significar alguna idea estrechamente asociada con él; así, por ejemplo, un instrumento musical puede expresar alegría o regocijo.

Los fonogramas (símbolos-sonido) son ideogramas que adquirieron un valor fonético, cuando fue necesario escribir palabras imposibles de representar. Para este proceso se utilizó un rasgo morfológico de la lengua egipcia, que se caracterizaba por el fenómeno de la variación vocálica interna (en inglés: sang, sing, song, sung - cantar, canción, etc.-) En un sistema en el que las consonantes presentaban una

relativa estabilidad fue bastante fácil sustituir un verbo como «heed» (atender) por un sustantivo como «head» (cabeza), palabra que no sólo proporcionaba la estructura consonántica esencial (hd), sino que además era susceptible de ser representada pictóricamente. En cuanto a la posibilidad de confusión, se confiaba en que, hasta cierto punto, el contexto ayudaría al lector, y la ambigüedad se evitaba mediante el uso de un número creciente de símbolos adicionales. Así, uno o más fonogramas podían estar seguidos de un ideograma final (es decir, de un determinativo), el cual indicaba el significado general del signo o signos precedentes.

| | | | |
|---|--|---|---|
|  W | AYIN  |  Y | ALEPH  |
|  M | F  | P  | B  |
|  H | H  | R  | N  |
|  Š | S  | H  | H  |
| G  | K  | Q  | Š  |
| Z  | D  | T  | T  |

Fig. 3.- Caracteres uniconsonantes y equivalencias

Los fonogramas podían ser monoconsonantes o pluriconsonantes; dicho de otra manera, se los podía describir como unilaterales, bilaterales o trilaterales. De los

signos bilaterales (cerca de 75 en total), unos dos tercios eran de uso común. Los caracteres de una sola consonante eran menos numerosos, pero de gran importancia; originalmente fueron 24, pero más tarde la adición de varios homófonos aumentó el total hasta unos 30 (fig. 3). Las vocales, aparte de la presencia de las consonantes débiles W e Y, no eran representadas, y dos de los signos (*aleph* y *ayin*) no tienen equivalente en inglés (ni en castellano). El signo aleph ha sido comparado a la letra del árabe moderno *hamza* u obstrucción glótica (el click producido por una rápida compresión de la parte alta de la garganta -este sonido se encuentra en el alemán-) y se le representa por medio del acento suave del griego; el gutural ayin, que no posee equivalente en lengua europea alguna, se representa por medio del acento áspero griego. Otro de los símbolos expresa sonidos que en inglés sólo pueden ser reproducidos mediante combinaciones de dos o más letras -kh, sh, tsh- (y no tienen equivalente en castellano). Hay que hacer notar además que existe más de una forma para la H y la S.

Con tal colección de signos uniconsonantes a su disposición, los antiguos egipcios hubieran podido desarrollar fácilmente una escritura puramente alfabética. Del hecho de que en el transcurso de 3 500 años fuesen incapaces de realizarlo se puede deducir que, tal como sucede en nuestro tiempo, en que un conservadurismo innato -o una extremada pereza- impide la introducción de un sistema racional en el deletreo del inglés, así, en época de los faraones, la sutil pero poderosa fuerza de la costumbre sin duda determinó que no cambiara esta modalidad de escritura tan engorrosa y difícil. Por lo demás, en los cartuchos del período grecorromano, cierto número de caracteres -los de buitre, floración de junio, antebrazo y codorniz- pasaron a ser usados como vocales, corrupción que al principio dio lugar a que los investigadores modernos creyesen equivocadamente que ésta era su función normal. El principio de que la escritura representaba tan sólo estructura consonante no fue enunciado hasta 1857 por Brugsch, y el reconocimiento de este hecho añadió nuevas dificultades a los estudiosos de la lengua egipcia, puesto que, si bien se sabía que la palabra *nfr* significaba *bueno*, su pronunciación correcta, que evidentemente exigía el auxilio de vocales, seguiría siendo objeto de conjeturas. El copto proporcionó cierta ayuda respecto a este punto, ya que en esta forma moderna del antiguo egipcio se hacen constar las vocales, pero el copto presenta la limitación de representar un estadio muy tardío en el desarrollo de una lengua que cuenta miles de años de vida, por lo que muchas veces proporciona una orientación equivocada y poco eficaz. Por otra parte, mientras que esta fuente nos indica que la palabra *htp* debería pronunciarse *hotep*, el adjetivo *nfr* aparece bajo las formas *nafrev*, *nofra*, *nofre* y *nofri*.

Los investigadores han dado pruebas de gran imaginación en la indagación de la probable pronunciación de las palabras egipcias, mediante las muy escasas referencias halladas en la escritura cuneiforme babilónica, una de las pocas escrituras

semíticas en que la vocalización está indicada. También se ha obtenido cierta ayuda a través de otras fuentes extrañas, notablemente de las transcripciones de palabras egipcias en griego y en asirio, aunque tampoco éstas son muy numerosas, reduciéndose casi exclusivamente a nombres propios. Del hecho, por ejemplo, de que los griegos transliterasen MEN-KAU-RE, como MIQUERIN(OS) se ha deducido que para ellos el *ayin* sonaba como un sonido nasal.

El problema de la determinación de la posición, cantidad y cualidad de las vocales originales de las palabras egipcias está todavía lejos de haber sido resuelto satisfactoriamente, y en busca de una mayor exactitud se suelen dar sólo las consonantes; de modo que una frase tal como «el lugar en donde está» aparece en la forma impronunciable «BW NTY STIM». Pero, como en algunas ocasiones los que se dedican al estudio de esta lengua necesitan referirse oralmente a estas representaciones esquemáticas, ha tenido que establecerse un cierto tipo de pronunciación, y el procedimiento habitual consiste en acudir a la utilización por demás amplia de la e inglesa (i española), siendo la única excepción a esta regla el reemplazo de la e por la a francesa (i española) en donde aparecen las letras *aleph* o *ayin*. Como es lógico, nadie supone que el resultado de tal solución de compromiso sea otra cosa sino una especie de caricatura de la antigua lengua egipcia, pero esto es lo mejor que ha podido conseguirse dadas las circunstancias.

VI

En la época de los últimos emperadores romanos, Egipto fue considerado como el origen de las artes y las ciencias y se creía que los misteriosos jeroglíficos, que se veían por todas partes sobre los muros de templos y monumentos, contenían el resumen de todo el saber adquirido por aquel antiquísimo país desde el principio de los tiempos. Pero también se suponía que esta sabiduría acumulada había sido guardada tan celosamente por los sacerdotes, que su pérdida podía considerarse segura e irreparable.

En realidad, aunque las inscripciones jeroglíficas mantuvieron su secreto durante varios cientos de años, su contenido pudo por fin ser revelado y se vio que, tal como podía esperarse en un país tan férreamente dominado por los sacerdotes, predominaban los temas de carácter religioso. Uno de los más primitivos ejemplos de la literatura egipcia, conocido como «Textos de las Pirámides», que pertenece al

Imperio Antiguo, consiste en más de 7 000 líneas de jeroglíficos, incisos en las paredes interiores de las pirámides, pertenecientes a cinco reyes de las dinastías 5ª y 6ª. Estos textos, que vieron la luz cuando F. A. F. Mariette y Maspero descubrieron las tumbas enterradas en la arena, contienen sortilegios destinados a conseguir que cada uno de los monarcas difuntos obtuviese el lugar en los cielos a que tenía derecho y gozase después de su muerte de las prerrogativas que le eran debidas.

Otro grupo de ensalmos, a los que se les ha dado el título de «Textos de los Sarcófagos» (12ª dinastía), fueron compuestos en interés de la nobleza y personajes menores y aparecen pintados o grabados en la superficie de los receptáculos de los que han tomado el nombre. Consisten asimismo en fórmulas mágicas destinadas a proteger al viajero, que se dirigía al otro mundo, de los posibles peligros extraterrenos.

Una tercera colección, mal denominada «Libro de los Sarcófagos», pertenece a la 18ª dinastía, y proporciona también explícitas instrucciones acerca de cómo soportar la vida eterna con un mínimo de molestias e inconvenientes.

Pero, aparte de la preocupación de los sacerdotes por el más allá, otros temas reclamaron la atención de los escribas egipcios, temas que, especialmente durante la época del Imperio Medio y tiempos posteriores, fueron mucho menos espirituales, especialmente por haberse arraigado la costumbre de erigir monumentos oficiales, que a menudo llevaban inscripciones en las que el promotor del monumento se ensalzaba a sí mismo en los más laudatorios términos. Un ejemplo clásico nos lo ofrecen los interminables relatos de Ramsés II acerca de su intervención en la batalla de Kadesh, en la que los egipcios derrotaron a los hititas, en un intento por decidir el futuro de Siria; relatos que, aunque son de gran valor desde el punto de vista histórico, no deben ser tomados demasiado al pie de la letra, puesto que el resultado de la batalla fue incierto y, como suele suceder, cada una de las partes proclamaba haber infligido una derrota aplastante a su oponente.

También se hallaron algunos textos de interés científico; entre éstos hay tratados de medicina y matemáticas. Existe un documento de la 12ª dinastía de gran importancia sobre ginecología, y un manuscrito posterior (el papiro Eber) da una detallada descripción de cómo funciona el corazón, explica varios vocablos utilizados en medicina y bosqueja el tratamiento apropiado para una impresionante lista de enfermedades. En cuanto a tratados de matemáticas, existen copias de los dos más importantes en Londres y Moscú. El tema de estas obras no consiste en exponer teoría matemática, sino en dar ejemplos prácticos; entre otras cosas, los egipcios conocían la obtención del área del triángulo, mientras que la del círculo era obtenida, por aproximación, elevando al cuadrado ocho novenos del diámetro. A través de ésta y de otras fuentes de información es evidente que utilizaron una notación decimal, en la que el 1 era indicado por medio de una raya, el 2 con dos y así hasta 9; el 10 era

representado por una U invertida, 20 por dos signos 10, 30 por tres y así hasta 90. Había signos particulares para 100, 1 000, 10 000, 100 000, 1 000 000 e incluso para 100 000 000. Pero el sistema, aunque bastante efectivo, era extremadamente enojoso (se necesitaban más de 27 signos para escribir 999) y, mientras que las operaciones de adición y sustracción podían realizarse con bastante facilidad, la multiplicación presentaba grandes dificultades. Se realizaba por medio de una tabla de duplicar, o de multiplicar por dos, de tal modo que la operación era en efecto una continua operación de duplicación, añadiéndose el multiplicando al final de la operación, si el multiplicador era un número impar.

La literatura adoptó la forma de historias cortas, fábulas, proverbios, poesía profana e himnos. Como es lógico, muy poco material del Imperio Antiguo ha llegado hasta nosotros. Hay un libro de proverbios que, aunque conocido a través de copias posteriores, se remonta a los tiempos de la 5ª dinastía y ha sido atribuido a un tal Ptahhopte, un gobernador de la ciudad de Memfis, que vivió durante el reinado del faraón Dadkere Isesi (Assa) alrededor del año 2 650 a. C. Consiste en las usuales homilías de un padre a su hijo acerca de la necesidad de ser laborioso, diligente y de evitar el trato de las mujeres en general y en particular el de las mujeres de la familia de los amigos.

Otra colección de exhortaciones similares, conocida tan sólo a través de los fragmentos hallados en los libros de ejercicios de los escolares del Imperio Nuevo, recibe el nombre de *Enseñanzas de Duauf*. En esta obra, Duauf, en provecho de su hijo Pepi, expone las ventajas de ser escriba, contrastando la vida de un escriba profesional con la dureza de la vida que llevan un herrero en su fragua, un artesano manejando el cincel u otras muchas indeseables profesiones, que van desde el albañil que trabaja la piedra hasta el jardinero.

Las dificultades que presentaba la vida cotidiana durante los azarosos días que siguieron al colapso del Imperio Antiguo están claramente reflejadas en las *Admoniciones de un sabio egipcio*, obra en la que se lamenta la huida de los excelentes tiempos pasados y se proclama la miseria de los presentes; la falta de autoridad acarrea el robo, el asesinato; el hambre se extiende por todo el país, los pobres han logrado hacerse ricos a expensas de sus antiguos señores, de tal modo que «ahora las joyas rodean la garganta de las esclavas» y «los que antes dormían en blandos lechos yacen en el suelo, mientras el que dormía en el suelo posee mullidos almohadones». Con la restauración de la ley y el orden, que señaló el advenimiento del Imperio Medio, comenzó la época clásica de la literatura egipcia. Precursora de ésta fueron los *Consejos de Amenemhet*, una nueva serie de admoniciones paternas que en esta ocasión reflejan las dificultades del período que se acababa de atravesar. El faraón Amenemhet, tras nombrar corregente a su hijo Sesusri I, se retira de la participación activa en los asuntos políticos, explicando que ya está cansado de hacer

esfuerzos que no le han proporcionado más que ingratitudes y que incluso han motivado un atentado contra su vida. El faraón aconseja: «Guárdate de tus subordinados. No estés nunca solo. No confíes ni en tu hermano. No tengas amigos. Si duermes, hazte a ti mismo custodio de tu corazón, porque en el día de la adversidad un hombre no tiene a nadie a su lado».

El anciano monarca fue asesinado, lo cual nos demuestra claramente que tenía buenas razones para abrigar tales recelos y temores. Su asesinato determinó, precisamente, otra obra maestra de la narración: *La historia de Sinuhé*. Este Sinuhé era un oficial de la corte cuyos deberes se referían a la custodia del harén real, eterno centro de intrigas y rivalidades. Hallándose el heredero del trono ausente de la capital del reino, en una expedición guerrera, Sinuhé averigua casualmente la noticia de que el faraón ha sido asesinado, y, aunque él no está complicado en el crimen, lleno de pánico huye al desierto, en donde es hallado por unos beduinos, cuando está a punto de perecer de sed. El jeque de la tribu reconoce en él a un oficial de elevada categoría y le ayuda a huir a Palestina, en donde es bien recibido por un príncipe local, quien le entrega tierras y la mano de su hija mayor. Tras muchos años de exilio y numerosas aventuras, que incluyen una lucha a muerte en combate personal, Sinuhé por fin regresa a Egipto, en donde es bien acogido por el rey. Sinuhé acaba sus días en paz en su patria.

Otras narraciones muy populares de este período incluyen *El marinero náufrago*, *El rey Kheuf y los magos*. Esta última es una obra colectiva que contiene varios relatos que se supone son narrados al rey Kheuf por cada uno de sus hijos. Los personajes de la primera de estas historias son un mago, una esposa infiel y un fingido cocodrilo. Lo que ocurre, en resumen, es que por fin el saurio elimina al amante. El marinero náufrago, por su parte, es un relato dentro de otro relato, el cual, a su vez, contiene una tercera narración. Comienza con una referencia a un egipcio de alto rango que regresa con las manos vacías de un viaje hecho por encargo del rey; alberga ciertas dudas acerca de la recepción que le espera, y se consuela con la narración que le hace un compañero acerca de las pruebas y tribulaciones que tuvo que soportar en un viaje anterior: su navío naufragó durante una gran tormenta y él quedó como único superviviente; las olas le llevaron hasta la playa de una isla. Afortunadamente, el lugar estaba bien provisto de higos, vides y otros alimentos, y, agradecido por haber salvado la vida, hizo una ofrenda a los dioses. Tan pronto como hubo llevado a cabo esta piadosa obligación, se oyó el inesperado estallido de un trueno y, aterrado, vio ante sí una espantosa y desafiante serpiente barbuda de unos 50 pies de largo. Esta criatura -que por un feliz azar comprendía y hablaba el egipcio del Imperio Medio- demostró ser muy amigable y tras preguntar la razón de la presencia del intruso en la isla le predijo que un barco de socorro llegaría pronto en su busca, y luego procedió a contar al náufrago la historia de sus desventuras,

explicándole que tiempo atrás había caído sobre la isla una estrella fugaz, la cual mató a toda la población de ofidios de la isla, con su única excepción.

Muy distinta de las anteriores narraciones es la obra poética titulada *La disputa de un hombre con su alma*. En esta epopeya filosófica, el Hombre, cansado de la vida, proyecta suicidarse, y aduce argumentos en pro y en contra del suicidio. El alma en principio parece aprobar la idea, sugiriendo incluso el mejor procedimiento para poner fin a la vida, pero en el último momento cambia de opinión, sobre la base de que no siente ningún deseo de ser enviada todavía al reino de la muerte. Sugiere que el Hombre debería contemplar la vida de modo más placentero, a lo que responde éste que, dadas las circunstancias, la vida no merece la pena de ser vivida, y así prosigue la argumentación, inspirada seguramente por los tormentosos tiempos que siguieron al colapso del Imperio Medio con la invasión de los hicsos.

La posterior instauración del Imperio Nuevo nos es relatada en la narración de carácter histórico del rey Apopi y Sekenere, y la historia del declinar del Imperio Nuevo se refleja en un relato titulado *El viaje de Wenamonn*, en el que un mensajero egipcio, que intenta adquirir una partida de madera de cedro en el extranjero, es tratado con escaso respeto por los oficiales extranjeros.

La nueva era empezó cuando la autoridad de Apopi, rey de los hicsos, fue sustituida por la de Sekenere, príncipe de Tebas. El animoso Sekenere pereció en la guerra que siguió a este cambio, pero su hijo Amóse prosiguió la guerra y consiguió expulsar a los invasores; su reinado marca el comienzo de la 18ª dinastía. Siguió un período de renovado vigor y prosperidad, asociado a dos revolucionarias reformas: la una, literaria, y la otra, religiosa. El faraón Amenofis IV, también llamado Akenatón, intentó establecer una religión monoteísta, en la que tan sólo se adoraba a Atón, el Sol. Al obrar de tal modo consiguió atraerse el odio imperecedero de la jerarquía sacerdotal establecida del dios Amón-Ra, y, con la muerte del reformador, sus heréticas innovaciones fueron rápidamente anuladas. Pero las huellas de la nueva fe no fueron enteramente destruidas, puesto que grabada en las paredes de la tumba del suegro de Akenatón, Ay, se encontró una versión completa del magnífico *Himno a Atón*. Este texto pudo parecer vagamente familiar a sus modernos traductores, y ello se debe a que, como luego se ha descubierto, algún desconocido escritor hebreo, cuando compilaba alguno de los Salmos de David, incluyó el *Himno a Atón* como el 104º de sus muchos párrafos.

Hieroglyphic text from the 20th dynasty, showing the original script and a modern transcription. The text is arranged in two columns. The left column contains the original hieroglyphs, and the right column contains the modern transcription. The transcription is written in a cursive, handwritten style.

Escritura hierática oficial de la dinastía 20ª con una transcripción moderna al jeroglífico. Como en toda la escritura, los ejemplos de la hierática difieren entre sí y antes de traducir un texto, los egiptólogos lo transcriben en jeroglíficos (British Museum).

CAPÍTULO III

LA CLAVE DE LA ESCRITURA CUNEIFORME

I

La escritura cuneiforme fue denominada así por Engelbert Kämpfer y otros autores, independientemente unos de otros, a comienzos del siglo XVIII. Este nombre procede de la forma de sus caracteres, que es semejante a la de una cuña. Al principio, la escritura fue pictográfica y los diferentes objetos representados sugieren que sus creadores vivían en las tierras pantanosas existentes en el norte de lo que actualmente es conocido como Golfo Pérsico, en donde se daba la circunstancia de que existía una abundancia de arcilla, material apto para este tipo de escritura.

En el tercer milenio antes de Cristo aproximadamente, esta escritura fue adaptada por los semitas-acadios a su propia lengua y a continuación su utilización se difundió por el cercano Oriente, en donde fue empleada indistintamente por los anatolios, cananeos, hebreos e hititas.

Entre estas interpretaciones, el cuneiforme simplificado de los asirios -cuya lengua era un dialecto del acadio- consistía en unos 600 signos, muchos de ellos ideográficos; mientras que la versión predominantemente silábica de los elamitas contenía, en su forma final, poco más de 120 signos. Ahora bien, en manos de los persas, la escritura cuneiforme quedó reducida a 36 caracteres casi alfabéticos -las consonantes incluían el valor de una vocal breve-, 4 ideogramas y una palabra divisoria, en total 41 signos.

Este perfeccionamiento de la escritura cuneiforme (600 a. C.), sin el cual los esfuerzos de los investigadores actuales se hubieran prolongado sin duda considerablemente, fue anunciado por la llegada de grupos errantes de inmigrantes indoeuropeos a la tentadora meseta que ellos denominaron Irán; es decir, patria de los arios. Entre estos inmigrantes, formados por bactrianos, margianos, draugianos y partos, destacaban dos tribus: los medas (mada), que ocuparon la parte oeste de la meseta, y los persas (parsa), que se establecieron al sur de los medas.

Durante varias centurias después de su llegada, los invasores se vieron amenazados constantemente, y a veces subyugados, por los asirios, quienes en dos campañas sucesivas, bajo el reinado de Asurbanipal, devastaron completamente el

vecino reino de los elamitas. Pero, al fin, la guerra incesante acabó por debilitar a los que se consideraban señores invencibles del Asia occidental, quienes no pudieron resistir el asalto combinado del rey de los medas, Cyaxares, y de Babopolasar de Babilonia, y en el año 612 a. C. Nínive, la famosa capital de los asirios, fue tomada por asalto y destruida. Los vencedores se dividieron el botín y así surgió un imperio meda que tuvo una vida muy breve y cuya capital fue Ecbatana (la actual Hamadán); su primer rey fue Cyaxares y el último, Astiages.

Entre tanto, los persas habían establecido un pequeño reino bajo el rey Teispes, que fue el primero de una sucesión de príncipes que consideraban que su linaje descendía de un antepasado epónimo llamado Aquemenes. Hacia mediados del siglo VI a. C., el clan de los Aqueménidas reconoció la jefatura de Ciro II, quien gobernó como una especie de virrey de los persas, bajo el dominio meda. Pero la ambición de Ciro el Grande (como estaba destinado a llamarse) no le permitió continuar en este puesto secundario, y, a los pocos años de su acceso al poder, instigó una revuelta que no sólo le permitió derrotar a los medas, sino que le proporcionó tal impulso que consiguió subyugar a los lidios y más tarde someter a los babilonios. Había fundado así el primer imperio mundial, un dominio que se extendía desde el Cáucaso hasta el océano índico y desde el río Indo hasta el mar Mediterráneo.

En esta vasta extensión de tierras se reconocían oficialmente tres lenguas: la de los conquistadores (conocida actualmente como persa antiguo), la de los babilonios (acadio) y la elamita (o susita). Las inscripciones reales eran inscritas casi siempre en forma trilingüe, colocándose las tres versiones una al lado de la otra. De este modo, los reyes Aqueménidas, además de proporcionar a los que estudian el cuneiforme una forma de escritura enormemente simplificada, les ofrecieron también textos equivalentes en otros dos lenguajes y formas de escritura desconocidas.

La primera de estas inscripciones conocida fue, con toda seguridad, la descubierta en Pasagarda, junto al río Kur, entre las ruinas de los edificios que Ciro hizo construir tras la derrota que infligió al meda Astiages. No parece que en aquel lugar hubiese existido ciudad alguna, pero en cambio las estructuras de las ruinas incluyen templos, una residencia real y la tumba del monarca. Originalmente, la tumba se alzaba en medio de un atrio abierto, rodeado por columnatas, pero éstas desaparecieron hace largo tiempo y del conjunto tan sólo subsiste la escueta estructura del mausoleo, colocado sobre una elevada plataforma formada por gradas. Estrabón nos cuenta que cuando Aristóbulo de Casandreia penetró en el edificio, siguiendo las órdenes de Alejandro Magno, halló en su interior, y sobre un lecho de oro, un sarcófago del mismo metal y gran número de ornamentos profusamente adornados con piedras preciosas -estos objetos, desgraciadamente, no pueden ser admirados por el visitante actual, pues desaparecieron, no se sabe cuándo-. Tampoco existe la inscripción que los griegos vieron sobre la entrada del mausoleo: «Extranjero, yo soy Ciro, el

fundador del Imperio persa, el soberano de Asia; no me envidies, por lo tanto, este sepulcro».

Sucedió a Ciro su hijo Cambises, quien en el año 525 a. C. derrotó al faraón Psamético III en Pelusium, victoria que permitió la anexión de Egipto al Imperio persa. Entre los preparativos hechos por Cambises para esta campaña se cuenta el asesinato a sangre fría de su hermano menor Smerdis, para prevenir que durante la permanencia del rey en el extranjero pudiese levantarse un rival reclamando el trono. No se conoce la fecha exacta de esta medida de precaución, puesto que el crimen se mantuvo en secreto, y el pueblo siguió creyendo que la víctima estaba confinada en sus habitaciones por razones de Estado.

Pero, gracias a los azares del destino, el merecido castigo no tardó en producirse, y de modo bastante irónico fue precisamente el deseo de mantener oculto su crimen lo que produjo la ruina de su autor. Tan pronto como Cambises entró vencedor en Egipto, el administrador de los bienes reales, Patizites el Mago, persuadió a su propio hermano, Gomates, para que personificase a Smerdis y organizaron una revolución en nombre del príncipe muerto, aprovechando que el pueblo desconocía aún la muerte del hermano del rey. Cambises se vio entonces cogido en la trampa de su propia maquinación, puesto que para desenmascarar al falso Smerdis forzosamente debería revelar la muerte del verdadero. No obstante, al recibir la noticia del alzamiento, dispuso un rápido regreso, pero murió en el camino -por accidente según unas fuentes o por su propia mano, si hemos de creer a otro informante- antes de que pudiese confundir a los conspiradores; después de lo cual Gomates asumió el poder.

Pero el triunfo del impostor fue de breve duración, pues entre aquellos que conocían la verdad de los hechos se hallaba Darío, el hijo de Hystaspes, enérgico miembro de una rama colateral de la familia real. Con el auxilio de media docena de nobles leales sorprendió y mató al usurpador y a su hermano, después de lo cual, y según nos cuenta Herodoto, la decisión de quién de los siete debía ser rey fue dejada a sus caballos, acordando que a la mañana siguiente se reunirían en las afueras de la ciudad y que obtendría la corona aquel de los jinetes cuya montura relinchase primero. En tal circunstancia, el vencedor debió su éxito a la astucia de uno de sus palafreneros, quien provocó la deseada respuesta con la ayuda poco deportiva del olor de los genitales de una yegua.

Sea como fuese, Darío obtuvo la corona e inmediatamente se vio enfrentado con una serie de rebeliones que se extendieron a través de todo el imperio, ya que una provincia tras otra intentaba adquirir ventajas de las incertidumbres del momento. Darío y sus generales lograron sofocar metódicamente estos numerosos disturbios, luchando, según él mismo nos cuenta, en 19 batallas y derrotando a nueve rivales, antes de que pudiese convencer a sus rebeldes súbditos de que era verdaderamente dueño de la situación.

Para conmemorar sus hazañas, y sin duda como advertencia a otros posibles perturbadores del orden, Darío hizo inscribir el relato de su triunfo sobre sus enemigos en la ladera de un escarpado risco en Behistun. Esta inscripción, la más ambiciosa de las hechas por los Aqueménidas, consiste en centenares de líneas de escritura cuneiforme, cinceladas sobre la superficie de la roca, en persa antiguo, elamita y acadio. El relato está ilustrado con relieves esculpidos que representan a Darío enfrentándose con los confundidos rebeldes, ante la presencia de Ahura Mazda (Ormuz), el dios creador del universo y el supuesto hacedor de la grandeza aqueménida.

Darío celebró asimismo su victoria ordenando la realización de grandes construcciones en un lugar situado cerca de la confluencia de los ríos Kur y Polvar. Allí, en la ladera de una colina abierta sobre la llanura de Mervdasht, se levantó una inmensa plataforma rectangular de unas 5 Ha. de extensión, reforzada en tres de sus lados por un fuerte muro fortificado y protegida en su parte posterior por una serie de torres, unidas entre sí por un muro y situadas en la cresta de la montaña. Darío y sus sucesores se establecieron en una serie de magníficos edificios, entre los cuales se cuenta el Tachara -palacio de Darío-, el Apadama -palacio de recepciones, empezado por Darío y terminado por su hijo Jerjes-, el Hadish -palacio de Jerjes- y una gran sala cubierta, cuyo techo estaba sostenido por centenares de columnas, obra conjunta de los reinados de Jerjes y Artajerjes. Más de la mitad del área de la mencionada plataforma estaba ocupada por los citados edificios y sus dependencias. Gran número de inscripciones grabadas sobre las paredes de estos edificios proclaman ante el mundo la identidad de sus constructores y asumieron a principios del siglo XIX una importancia realmente desproporcionada con su contenido.

Se desconoce el nombre que dieron los persas a este apartado retiro, pero los escritores griegos le denominan Persépolis, y Diodoro lo consideraba la capital del Imperio -aunque probablemente los centros administrativos eran Ecbatana, Susa y Babilonia-. Pero como lugar de residencia fue tan apreciado por los Aqueménidas, que varios de aquellos monarcas decidieron prolongar su estancia allí indefinidamente -tres tumbas reales fueron talladas en las laderas de la colina situada a espaldas de la mencionada plataforma-, mientras que otros monarcas, entre los cuales se incluyen Darío y Jerjes, encontraron el lugar para su eterno descanso cerca de Naksh-i-Rustan.

Del mundo entonces conocido, sólo Europa permanecía fuera del dominio persa. Pero desde la época de Darío I en adelante todos los intentos por conquistarla fueron frustrados por los griegos, hasta que, finalmente, en 334 a. C., durante el reinado de Darío III, Alejandro Magno cruzó el Helesponto e infligió una gran derrota a los persas en la batalla de Isos. Entonces Darío intentó llegar a un acuerdo, pero Alejandro exigió una rendición incondicional y, tras haber sitiado Tiro, dirigió una

expedición a Egipto, donde fue recibido como su liberador. Luego chocó con otro ejército persa y lo derrotó en Gaugamela. Más tarde halló mayor y más fuerte resistencia en Persépolis, cuyos palacios fueron saqueados e incendiados -según un bien conocido relato, el incendio fue provocado por soldados ebrios durante un festín realizado para celebrar la victoria-. El rey de Persia huyó al este, hacia la remota provincia de Bactriana, donde fue asesinado por su primo Bassus, quien, equivocadamente, creyó conseguir así el favor de Alejandro. Con su muerte, la dinastía aqueménida terminó sin gloria.

Fue reemplazada por la dinastía de los Seléucidas -el equivalente persa de los Ptolomeos egipcios-, quienes a su vez fueron sucedidos por los Arsácidas -período parto-, por los Sasánidas -nuevo imperio persa- y finalmente por los árabes -conquista musulmana-, que invadieron el país a mediados del siglo VII d. C. A partir de este momento la lengua de los vencidos fue ahogada por la de los vencedores, y no reapareció hasta unos 250 años más tarde y tan sólo bajo una forma puramente literaria. Pero, a pesar de que el persa moderno se escribe en caracteres árabigos, proporciona un enlace vital a través del persa medio -representado por el zenda y el pahlavi, tal como nos ha sido conservado en ciertas obras religiosas y en algunas inscripciones sasánidas sobre piedra- con el antiguo persa, la lengua de los Aqueménidas. Es evidente el valor potencial que tal vínculo posee para todos aquellos que desean elucidar la escritura cuneiforme.

II

De modo parecido a lo que hicieron los primeros cristianos, los prosélitos del Islam concedieron escasa importancia a las culturas que diferían de la suya propia, como bien lo demuestra la injustificable destrucción de la Biblioteca de Alejandría en el 642 d. C., después de la conquista de Egipto.

La actitud que adoptaron es bien explícita: si los escritores griegos estaban de acuerdo con el Corán, eran evidentemente superfluos, y si, por el contrario, estaban en desacuerdo con las santas palabras de Alá, eran indiscutiblemente perniciosos; por lo tanto, en cualquiera de los casos, debían ser destruidos. En tan funestas circunstancias no es sorprendente que los árabes no prestasen atención alguna a las inscripciones de los Aqueménidas, a pesar de que conocían la existencia de varias de ellas. A fines del siglo XI, Ibn Hankal manifestó que las figuras grabadas en el risco

de Behistun representaban un maestro de escuela enfrentándose con una clase de alumnos recalcitrantes. Pero aun resulta más falta de imaginación otra conjetura sobre estas figuras, hecha 200 años más tarde. Se trata del relato de un geógrafo árabe, Yakuh, cuyo examen de los relieves, si es que se tomó la molestia de contemplarlos siquiera, debió de haberse realizado desde muy lejos, puesto que declaró que representaban al gran caudillo sasánida Khusru Parviz (Cosroes I), cabalgando sobre su famoso caballo Shasdiz en presencia de la reina Shirin.

No menos fantásticos fueron los relatos que surgieron acerca de las ruinas de las ciudades reales de los persas. En el lugar que ocupó la persa Persépolis se levantó una ciudad conocida por los árabes con el nombre de Istakhr, que en su día alcanzó considerable importancia como centro administrativo, bajo los Sasánidas; pero con la fundación de la capital árabe de Shijaz, unos 65 Km. más allá, declinó gradualmente la utilidad de Istakhr y sus restos de la época aqueménida fueron denominados indistintamente como Chehel Minar (los 40 minaretes), como la ciudad antigua (de Shiraz) o como Takht-i-Jamshid (el palacio de Jamshid). Este último nombre era un tributo a un legendario caudillo persa que se suponía había sido destronado por un árabe llamado Zohak, hacia el año 1 000 a. C. Estas ruinas fueron también relacionadas con el rey Salomón, los restos de cuya madre, según un relato popular, se albergaban en una tumba situada en un lugar denominado Murghab, unas 30 millas al norte.

Uno de los primeros europeos que visitaron estos lugares fue Giosafat Barbaro, quien llegó a Persia en 1472 como embajador de Venecia. En el transcurso de sus varios viajes por el país -el relato de los cuales fue publicado unos 70 años más tarde- examinó Takht-i-Jamshid, Murghab y también Naksh-i-Rustan, en donde, entre algunas piedras esculpidas, observó un gran relieve de un rey sasánida que él creyó era una representación del Sansón bíblico. Unos dos siglos más tarde, otro embajador en Persia, un fraile agustino llamado Antoine de Gouvéa, decidió que las supuestas ruinas del Palacio de Jamshid (o Salomón) señalaban en realidad la localización de la antigua Shiraz, tal como sugería el rumor local. Esta identificación fue más tarde recusada por el embajador español don García de Silva Figueroa, quien supuso que las ruinas que se elevaban cerca de la confluencia de los ríos Kur y Polvar debían ser los restos de la famosa ciudad que se sabía había sido construida por Darío el Grande. Un artista que acompañaba a De Silva en sus viajes copió algunos signos curiosos que se supuso fuera alguna forma de escritura, aunque todo el mundo estaba de acuerdo en que aquello no era ni «caldeo, ni hebreo, ni griego, ni árabe, ni de ninguna otra nación conocida».

El siguiente en saltar a la palestra fue un viajero italiano, Pietro della Valle, heredero de una acaudalada familia romana, quien concibió la en aquel tiempo peregrina idea de hacer un prolongado viaje por el Oriente, como antídoto a los

desastrosos efectos de un amor desgraciado, y como única alternativa posible al suicidio. Viajó por mar desde Venecia hasta Constantinopla en 1614 y después pasó algún tiempo en Egipto, visitó sucesivamente Jerusalén, Damasco, Alepo y Bagdad, y halló inesperado consuelo a sus pesares en una doncella siria, llamada Maani, con la que casó. No obstante estar Persia y Turquía en guerra, Della Valle consiguió viajar a través de ambos países beligerantes, realizando visitas a varios lugares de interés entre los cuales se hallaba Takht-i-Jamshid. Della Valle también observó esos grupos de signos desconocidos, que consideró debían ser alguna forma de escritura, copió algunos, aunque fue incapaz de decidir si la supuesta escritura progresaba desde la derecha o -como él se inclinaba a creer- desde la izquierda.

La visita de Della Valle fue seguida por la realizada por Sir Thomas Herbert, quien se hizo eco de la idea de que aquellas ruinas eran de la antigua Shiraz y anotó la existencia de «líneas de extraños caracteres... tan mística, tan extrañamente conformados... que consistían en figuras, obeliscos, triángulos y pirámides en tal orden y simetría, que en modo alguno podían ser considerados obra de bárbaros»... Pero quedaba para J. S. Mandeslo el hacer el peregrino descubrimiento, unos pocos años más tarde, de que los misteriosos caracteres presentaban señales de haber sido embutidos con oro.

En la segunda mitad del siglo XVII, el viajero y escritor francés J. Chardin realizó varios exámenes de las antiguas ruinas aqueménidas. Chardin había amasado una fortuna tratando en joyas en la India, Armenia y Turquía. Al regresar a su patria fue mal recibido a causa de sus inclinaciones protestantes, y en 1681, para eludir la intolerancia religiosa, se estableció en Londres. En pocos meses llegó a ser el joyero de la corte, fue elegido miembro de la Royal Society y el rey Carlos II le dio el título nobiliario de conde. Sir John Chardin, en un comunicado acerca de los descubrimientos que había realizado en Persia, dijo que, según su opinión, los signos desconocidos que había podido observar eran una forma de escritura y añadió que las inscripciones a menudo aparecían en grupos de tres. Suponía además -correctamente- que la escritura discurría de izquierda a derecha, aunque creía -erróneamente- que debía ser leída perpendicularmente. Esta idea equivocada procedía de la observación de series de inscripciones de una sola línea que adornaban la parte alta y las laterales de los huecos de puertas y ventanas; este examen parecía sugerir que los signos individuales podían discurrir en cualquier dirección. Y, para aumentar la confusión de los que intentaban extraer algún sentido de tales inscripciones, al principio no existía la más mínima sospecha de que se trataba de tres idiomas distintos: elamita -que ascendía por la izquierda-, persa antiguo -que corría horizontalmente- y acadio -que descendía por la derecha. Era algo así como si un oriental que visitase Francia, desconociendo la existencia del alfabeto latino, y no poseyendo conocimiento alguno de las lenguas europeas, se encontrase con un grupo de símbolos desconocidos,

colocados de tal modo que pareciese ser indiferente el que se mostrasen en la forma \top o \perp o \dashv o tal vez \perp .

Entre los copistas posteriores de las inscripciones se cuentan el viajero y físico alemán Engelbert Kämpfer -quien fue el primero en observar que su unidad fundamental era la cuna y de acuerdo con esto dio nombre a esta escritura-, Samuel Flower, un emprendedor agente de la Compañía de las Indias Orientales, quien introdujo la utilísima práctica de separar cada signo por medio de un tilde, y Cornelius le Brun, quien, colocando las tres líneas de la inscripción de un hueco de ventana horizontalmente, una después de la otra, demostró que los dos componentes laterales no estaban concebidos para ser leídos verticalmente. En 1765 gracias al meticuloso trabajo emprendido por Carsten Niebuhr, los investigadores lograron tener a su disposición por primera vez copias de inscripciones que no sólo eran casi completas, sino que además presentaban un grado de exactitud mucho mayor que las logradas hasta entonces.

La expedición de Niebuhr a Persia se realizó de modo indirecto- se inició con un aventurado viaje que comenzó en 1761, cuando Federico V de Dinamarca dispuso el envío de una expedición científica a Egipto, Arabia y Siria. Contrataron para ello a cinco personas y a cada una de ellas se le encomendó un aspecto particular de la expedición; Niebuhr, como miembro de este selecto grupo, se encontró en asociación con un naturalista, un filólogo un artista y un cirujano. Este grupo tan dispar partió de Copenhague, llegó sano y salvo a Constantinopla y desde allí prosiguió su largo viaje a través de Egipto, hacia el Yemen. Desde Jidda, el equipo se dirigió por tierra a Mokka, y finalmente a Sana la capital, pero en el camino murieron dos de los miembros que lo integraban. Cuando llegaron a Bombay murieron dos más siendo Niebuhr el único superviviente.

Decidió regresar a su patria vía Persia y Mesopotamia, y así el 13 de marzo de 1765 llegó a Takht-i-Jamshid, en donde permaneció tres semanas trabajando activamente en la tarea de transcribir las inscripciones.



Fig. 4.- Inscripciones B y G de Niebuhr.

Con la publicación de su obra *Voyage en Arabie* (Amsterdam, 1776-1780), los estudiosos pudieron disponer, por primera vez, de copias claras y completas de inscripciones cuneiformes y por fin pudo emprenderse un intento científico de descifrar el problema. Niebuhr puso de relieve el hecho de que generalmente las inscripciones estaban en grupos de tres, tal como aparecían en una serie de tablillas que él designó con las letras «B», «C», «D» y «E», «F», «G» (fig. 4), etc. La primera de las copias, «A», estaba escrita en una sola lengua; también observó que los signos pertenecientes a cada uno de los tres grupos no eran los mismos y que los tres sistemas distintos aparecían invariablemente en idéntico orden.

Para poder distinguir un símbolo de otro, Niebuhr facilitó también su lectura - como ya había hecho Samuel Flower antes que él- separando los signos por medio de un punto, aunque inexplicablemente no se dio cuenta de que un carácter que aparecía constantemente en una de las inscripciones actuaba como palabra divisoria. En cambio concedió gran importancia a dos versiones similares de una inscripción, en cuyo primer ejemplo la palabra final de la tercera línea aparecía en el segundo ejemplo como la primera palabra de la cuarta línea, lo cual proporcionaba una buena prueba de que la escritura debía leerse de izquierda a derecha. También confirmó el descubrimiento de Le Brun referente a los componentes verticales de las inscripciones de las ventanas, demostrando que, cuando éstos estaban colocados en los lados, los signos individuales se veía enseguida que correspondían a los ya conocidos de las inscripciones horizontales. Finalmente, Niebuhr ponía de relieve que los caracteres que aparecían al principio de las tres columnas eran mucho más simples que los de las otras dos y en número considerablemente menor. Añadía una lista que contenía 42 de estos signos, los cuales, según él creía, debían ser alfabéticos. El cuidado con que realizó su trabajo puede deducirse del hecho de que, de este total, sólo nueve signos, incluyendo la palabra divisoria, según se descubrió más tarde, no eran verdaderas letras.

Aunque, estrictamente hablando, Niebuhr no era un descifrador, puede decirse que puso los fundamentos sobre los que se basó el trabajo de investigadores posteriores. Sin sus utilísimas observaciones y sugerencias y la claridad y cuidado de las copias de inscripciones que él proporcionó, el descubrimiento de la escritura cuneiforme podía haberse retrasado varias décadas.

III

La tarea de descifrar la escritura cuneiforme presentaba un problema aún mayor del que ofrecían los jeroglíficos egipcios, ya que los egiptólogos tuvieron la gran ventaja de poseer una inscripción bilingüe, una de cuyas versiones aparecía en una forma de escritura y en un lenguaje bien conocido, es decir, en griego. Por otra parte, los caracteres cuneiformes mostraban tan sólo una confusa colección de complejos símbolos, cuya aparente falta de individualidad era por sí sola suficiente para provocar un sentimiento de desesperanza entre los investigadores; sentimiento que pudo haber contribuido a engendrar la difundida y largo tiempo mantenida teoría de que las supuestas inscripciones no eran en modo alguno una forma de escritura.

Contra esta teoría se levantaba la evidencia facilitada por las fuentes griegas y romanas, las cuales proporcionaban muchas y a veces contradictorias referencias acerca de las escrituras de los habitantes del occidente asiático. Así, mientras que los caracteres de una inscripción en la tumba de Sardanápalo (Asurbanipal), en Nínive, eran descritos por Estrabón como asirios, Ateneo decía que eran caldeos. Sin embargo, todos los escritores clásicos estaban totalmente de acuerdo en que los caracteres cuneiformes constituían una forma de escritura. La cuestión radicaba en saber hasta qué límite sus manifestaciones acerca de estos y otros asuntos podían ser tomadas en consideración, y aquí sí que había motivos para dudar de asertos tales como el de Diodoro de que los relieves de Behistun -que muestran 14 figuras, todas ellas indudablemente masculinas- representaban a Semíramis, una supuesta hija de la diosa Derceto, rodeada por cien lanceros, y que las inscripciones que describían la escena estaban escritas en caracteres sirios.

Por otra parte, en un tiempo en el que se ignoraba incluso la existencia de los millares de tablillas babilónicas con inscripciones, que estaban enterradas bajo las ruinas de las ciudades del valle de los ríos Tigris y Eufrates, no es extraño que surgiese la teoría de que las inscripciones cuneiformes eran puramente ornamentales, basándose en la circunstancia de que algunos ejemplares de la escritura persa se encontraban en lugares tan inopinados como los pliegues de las ropas que envolvían las figuras esculpidas, e incluso en torno a los huecos de puertas y ventanas. Así, pues, desde el principio, los investigadores estuvieron divididos en dos grupos: el de aquellos que, en compañía del distinguido hebraísta doctor Thomas Hyde, sugerían que la pretendida escritura no tenía significado alguno, y aquellos que estaban convencidos de que tenía sentido. Entre los que compartían esta idea los había, sin embargo, que sostenían la opinión -expresada por Sir George Cornwall Lewis aún en 1862- de que el problema de descifrar la escritura cuneiforme, aun en el supuesto de que se tratase de una escritura, era insoluble; y así fue dejada a los restantes la tarea de resolver un problema que se consideraba insuperable. Entre tanto, los

investigadores recibieron considerable ayuda de dos obras recientemente publicadas: Anquetil-Duperron, *Zend Avesta* (París, 1771), y Sylvestre de Sacy, *Mémoires sur diverses antiquités de Perse* (París, 1793). Duperron había decidido en un principio seguir la carrera eclesiástica, pero en lugar de ello desarrolló una verdadera pasión por las lenguas orientales, realizando un viaje a la India en busca de seguidores del jefe religioso persa Zarathustra (el griego Zoroastro), quien vivió hacia el 660 a. C. En Surat encontró Duperron una comunidad parsi, cuyos miembros decían ser descendientes de unos persas que unos 1 100 años antes habían preferido exiliarse antes que someterse a la dominación musulmana y que todavía practicaban sus ritos ancestrales asociados con la adoración del fuego, al que consideraban una manifestación del divino Ahura-Mazda.

Duperron decidió que, para ganar la confianza de los sacerdotes nativos, sería mejor no mencionar su conocimiento de las lenguas zend y pahlevi, logrando de esta manera traducir extractos del texto litúrgico *Vendidad-Sade* y de otros escritos sagrados, obteniendo una versión que, si bien presenta numerosos defectos, siempre es indiscutiblemente mejor que carecer de ella.

La obra de De Sacy concernía al período sasánida de la historia de Persia y daba la traducción de algunas inscripciones cortas en lengua pahlevi halladas en Naksh-i-Rustan -dichas traducciones se basaban en las versiones griegas que acompañaban a las inscripciones-. De Sacy señalaba que, en los lugares en que estos epígrafes aparecían bajo la figura de un monarca, invariablemente se hacía referencia a este príncipe y a su padre y contenía además el epíteto «rey de reyes».

El primer intento serio destinado a descifrar la escritura cuneiforme fue realizado por O. G. Tyschen, un notable investigador rabinio, nacido en 1734 en Tondern, en el Schleswig-Holstein, de padres de ascendencia noruega. Estudió en la Universidad de Halle, en donde reveló un particular interés por las lenguas orientales. En 1790, poco después de haber tomado posesión de la plaza de bibliotecario y conservador del Museo de Rostock, publicó una modesta obra sobre los jeroglíficos egipcios, que pocos años más tarde fue seguida por su obra *De Cuneatis Inscriptionibus Persepolitans Lucubratio* (Rostock, 1798). Tyschen aceptaba la opinión de Niebuhr de que las inscripciones debían ser leídas de izquierda a derecha y que los grupos triples contenían escrituras de tres clases distintas. Sugería, además, que las tres escrituras probablemente debían representar tres lenguas diferentes, a las que denominó: parto, meda y bactriano. Asimismo prestaba gran interés a un grupo de siete signos que se repetía en numerosas ocasiones:



Indicaba que este grupo particular a menudo era seguido por otro formado por tres o cuatro signos:



Suponía que el primer grupo debía representar el nombre de un monarca y que el segundo debía ser un adjetivo encomiástico tal como «pío» u otro semejante. Pero cuando procedió a asignar arbitrariamente valores fonéticos a los caracteres componentes y luego tuvo que identificar las transliteraciones, en referencia con las palabras de varias lenguas semíticas o indoeuropeas, erró completamente el camino, a pesar de que muchas de sus especulaciones después resultaron correctas. Entre otras cosas se autoconvenció de que había descubierto una referencia a un tal Aksak, el cual creyó ingenuamente que se trataba de Arsaces I, fundador del reino parto. Esta presunción tuvo el desastroso efecto de llevarle a un período de la historia persa que era unos tres siglos posterior.

Entre tanto, la identificación de las ruinas de Takht-i-Jamshid y Murghab constituía un hecho de importancia capital para los futuros descifradores, para los que la solución de su problema dependía de los nombres reales que se podía esperar apareciesen en las inscripciones. Pero, en cuanto a esto, todas las conjeturas proferidas a lo largo del siglo XVIII podían ser consideradas con iguales posibilidades, y así se desarrolló una encarnizada controversia entre A. H. L. Heeren, que era partidario de atribuir la paternidad de aquellos edificios a los Aqueménidas, y J. G. Herden, quien no creía fuera así. El asunto fue dirimido a completa satisfacción de por lo menos uno de los observadores, F. C. C. Münther, en un informe que leyó ante los miembros de la Real Academia de Copenhague en 1798. El interés de Münther por las inscripciones cuneiformes surgió tras una lectura de *Voyage*, de Niebuhr, a continuación de la cual se puso en comunicación con Tyschen para discutir acerca de este tema. Como resultado de sus investigaciones, llegó a la conclusión de que Tyschen se había equivocado al asociar Takht-i-Jamshid con los partos y que Heeren estaba en lo cierto al atribuirlo a los Aqueménidas, y las pruebas que adujo en apoyo de su tesis ayudaron en gran manera a resolver las dudas de sus contemporáneos. En resumen, según él, el denominado «Palacio de Jamshid» era en realidad Persépolis, parte de cuya historia era conocida a través de los relatos de los historiadores griegos, incluyendo la historia del saqueo de Alejandro Magno -el cual, según Plutarco, proporcionó tan gran botín, que fueron necesarios cinco mil camellos y diez mil pares de muías para acarrearlo.

En cuanto a las inscripciones, Münther suponía que también pertenecían al período aqueménida y que al menos una lengua del grupo triple debía, por lo tanto,

estar en estrecha relación con el zenda o el pahlevi, pero entonces se le ocurrió la posibilidad de que pudiese tratarse solamente de una lengua, y, como es lógico, concentró sus investigaciones sobre la más simple de las tres escrituras, siendo pronto recompensados sus esfuerzos al descubrir que uno de sus signos, una cuña diagonal que aparecía con gran frecuencia, tenía evidentemente la función de palabra divisoria. Habiendo eliminado este símbolo particular, emprendió un análisis estadístico del contenido de las inscripciones copiadas por Niebuhr, estudiando cuidadosamente aquellos signos que aparecían con mayor frecuencia, con la esperanza de que algunos de ellos pudieran ser vocales. Tres signos destacaron entre los demás, uno de ellos, el primero, el cual se hallaba en casi todas las palabras, aparecía 183 veces, el segundo 146 y el tercero 107 veces. Estos signos eran:



Al principio, naturalmente, Münther no tenía idea alguna acerca de su valor fonético. Para obtenerlo procedió a comparar los signos que él suponía pudiesen representar A, I o U con las formas vocálicas de las lenguas que él consideraba pudiesen estar relacionadas con tal escritura. El resultado final fue que logró equiparar el primero de los tres signos con el carácter zenda para la A, pero no consiguió hallar relación alguna para el segundo carácter, y se equivocó al encontrar una supuesta relación entre el tercer signo y el símbolo armenio de la O. En resumen, el resultado de sus trabajos fue que identificó erróneamente cinco vocales y media docena de consonantes y asignó valores correctos a dos signos, A y B.

Münther observó asimismo la frecuente presencia de siete símbolos, que su predecesor también había notado. Del hecho de que estos signos particulares se hallasen en ocasiones inmediatamente seguidos por el mismo grupo, pero esta vez con la adición de 3 ó 4 símbolos más, dedujo que los caracteres finales podían ser tal vez una flexión gramatical. Como él bien sabía, Tyschen había supuesto que significaban «pío», ya que consideraba que los siete signos precedentes representaban un nombre propio. Münther rechazó su idea, en parte debido a la gran frecuencia con que aparecía el mencionado grupo y en parte también debido a que no existía ningún nombre real que contase con el número de letras requerido por dicha inscripción. En lugar de eso supuso que la palabra desconocida podía ser un título, por ejemplo «rey», pero, si tal era el caso, la doble agrupación de signos debía representar casi con toda certeza la frase familiar «rey de reyes», en cuyo caso la palabra que precediese inmediatamente a estos grupos debía ser el nombre del monarca.

Su razonamiento era desde luego correcto, pero en este crítico momento, cuando

estaba a punto de realizar lo que pudo haber sido un hallazgo importante, fue inducido a error, sin culpa por su parte, ya que, por la más infortunada de las malas suertes, la copia de la inscripción que él estudiaba contenía uno de los muy escasos errores de transcripción cometidos por Niebuhr, y, con gran desencanto, Münther encontró que lo que debía haber sido el nombre de un monarca estaba representado por una cortísima palabra de sólo dos signos. Éste fue el resultado de la inadvertida sustitución de un signo de separación por una letra.

IV

Tras los movimientos preparatorios o de exploración realizados por Tyschen y Münther, el primer paso decisivo hacia el descubrimiento de la escritura cuneiforme fue emprendido por Georg Frederick Grotefend, quien a la edad de 27 años era ya profesor de Göttingen.

Grotefend había nacido en Münden, Hannover, en 1775; estudio Filología en la Universidad de Göttingen; más tarde fue profesor en el Gymnasium de Frankfurt-am-Main y en 1821 llegó a ser rector del Lyceum de Hannover. Sus obras publicadas incluyen una gramática latina y libros sobre rudimentos de umbro y osco; pero, como él mismo admitía -y sus críticos nunca se cansaron de subrayar-, no poseía un verdadero conocimiento de las lenguas orientales ni calificaciones especiales para la obra que emprendió.

Existen varias versiones acerca de cómo y de qué manera llegó Grotefend a interesarse en el problema del descifrado de la escritura cuneiforme. Las inscripciones de Persépolis, consideradas por algunos investigadores como tales, y por otros como simples motivos decorativos, fueron atrayendo creciente consideración en los círculos filológicos. Según una versión, fue el bibliotecario Fiorillo quien persuadió al joven profesor para que intentase descifrar aquella extraña escritura, mientras que, según otra versión, el motivo de su interés inicial fue simplemente el deseo de ganar una apuesta. Fuera cual fuera el origen de su interés, Grotefend comenzó por hacer un cuidadoso estudio de las investigaciones realizadas por Niebuhr, Duperron y De Sacy. Aceptó, desde luego, la opinión de que las inscripciones de Persépolis eran aqueménidas y llegó a la conclusión de que muy probablemente habían servido como modelo de las inscripciones posteriores en lengua pahlevi, que De Sacy había logrado traducir. Si tal era el caso, parecía que

Münther, a pesar de la falta de éxito de sus esfuerzos, había acertado en su identificación del grupo de siete signos, repetidos dos veces y seguidos por un pequeño grupo adicional.

Grotefend seleccionó dos copias de inscripciones entre las varias de que disponía; estas dos copias, de moderada longitud, eran las «B» y «G» de Niebuhr, y las escogió por el hecho de que la pretendida frase «rey de reyes» aparecía en ambas, estando además la más corta de las dos formas en la primera línea de ambas inscripciones, esta vez sin el apéndice «de reyes» y seguida en cambio por una palabra distinta, la misma en los dos casos. Recordando las analogías con el pahlavi sugeridas por De Sacy, Grotefend supuso que la palabra desconocida debía significar «grande», lo cual le proporcionaba una segunda frase provisional, «rey grande», es decir, «gran rey», título que a su vez también debía estar precedido por el nombre del rey, si es que el razonamiento era correcto. En tal caso, los dos textos anteriores debían referirse a dos reyes distintos, puesto que las palabras que precedían a estos atributos no eran iguales, aunque cada una de ellas constaba de siete signos.

En tal coyuntura, Grotefend observó que el nombre que aparecía en el comienzo de la inscripción «B» -llamando a este monarca «Y»- aparecía también en la tercera línea de la inscripción «G», si bien en una forma ligeramente más larga. Supuso que esta adición pudiera ser la terminación de una flexión nominal, que consideró pudiera ser indicadora del genitivo singular, tanto más cuanto que difería bastante del genitivo plural, muy probable mente representado por el «de reyes». El nombre en cuestión estaba acompañado por un grupo de signos que -siempre basándose en el modelo pahlavi- supuso pudieran equivaler a la palabra «hijo». En tal caso, el sentido de la inscripción sería que un monarca «Z» de la inscripción «G» era hijo del monarca «Y» de la inscripción «B». Un examen más detenido de la cuarta línea de la inscripción «B» revelaba la existencia de un tercer nombre, también en genitivo, aunque sin la compañía de la designación «rey»; este hombre debía ser el del padre del monarca «Y».

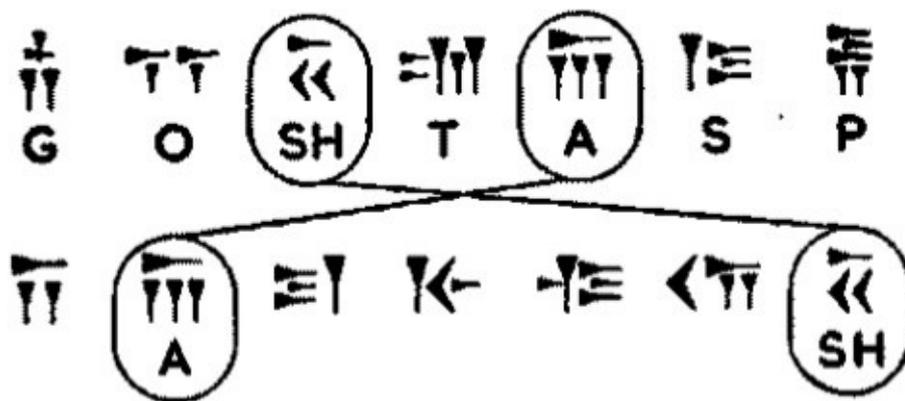
En este estadio de su investigación, Grotefend comprendió con toda claridad que había hallado los nombres de tres miembros de la dinastía real de los aqueménidas, cuya relación familiar entre sí era la de padre, hijo y nieto. El siguiente paso de la investigación debía ser, pues, la identificación de quienes pudieran ser; escoger, por así decirlo, los nombres apropiados entre una lista de una docena, sobre poco más o menos, de monarcas conocidos. Así, pues, los tres reyes en cuestión no podían ser Ciro, Cambises y Smerdis, porque los dos nombres de la inscripción «B» no comenzaban con la misma letra, y además Cambises y Smerdis eran hermanos, no padre e hijo; esta consideración excluía asimismo al trío Cambises, Smerdis, Darío. De modo parecido, tampoco Smerdis, Darío y Jerjes encajaban en las relaciones familiares requeridas. Pero, en cambio, Jerjes era el hijo de Darío, quien a su vez era

hijo de Histaspes, y, como Grotefend sabía perfectamente, este último no recibía el título de rey en los textos de los escritores griegos. Por lo tanto, parecía muy probable que Darío fuese el autor de la inscripción «B» y Jerjes el de la inscripción «G». Así, pues, leídas en la parte objeto de tales conjeturas, las inscripciones debían decir:

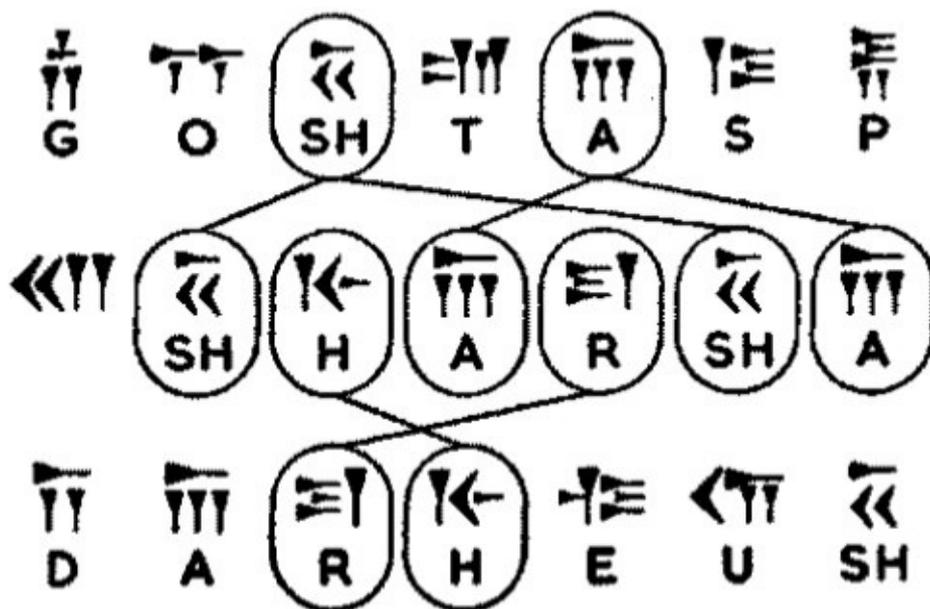
Darío, gran rey, rey de reyes... hijo de Hystaspes.
 Jerjes, gran rey, rey de reyes... hijo de Darío.

El problema se reducía ahora a acertar los valores fonéticos correspondientes a estos nombres propios. Aunque éstos eran conocidos solamente en su forma griega, Grotefend averiguó, por medio del *Zend Avesta* traducido por Duperron, que la pronunciación persa de Hystaspes era Goshtasp, Gustasp, Kistasp o Wistasp. Seleccionando la primera de estas versiones, y prescindiendo de la terminación de la flexión nominal cuneiforme, asignó una letra o varias a cada uno de los siete signos restantes, y basándose en esto examinó el grupo que él suponía debía representar el nombre de Darío. Muy significativamente la A descubierta por Münther era letra común a ambos nombres y aparecía en el lugar apropiado. Lo que se vio confirmado además por el signo sh, que asimismo aparecía en el lugar debido (grabado superior de la página siguiente).

Añadiendo cinco letras más, Grotefend obtuvo D A R H E U S H, y, aunque en el transcurso del tiempo se descubrió que la forma correcta era DARYAVUSH, por lo menos consiguió cuatro valores correctos (D, A, R y SH).



Admitida la validez de los resultados hasta aquí conseguidos, conocía ya la identidad por lo menos de seis o siete de los caracteres que componían el tercer nombre, en el que los signos para los sonidos SH y A se hallaban repetidos dos veces:



En cuanto al ignorado valor del primer signo, Herodoto, en un debate acerca del significado de los nombres persas -tema sobre el que, como bien sabemos actualmente, los historiadores griegos sostenían una serie de fantásticas ideas que incluían la errónea noción de que Artajerjes era un compuesto de Jerjes-, menciona que el nombre de Jerjes se derivaba de la palabra persa que significaba «guerrero», palabra que Grotefend prontamente equiparó con «rey», tanto más cuanto que los dos primeros caracteres del grupo de signos que él suponía representaban el título y el nombre de Jerjes eran iguales. Averiguó luego que la letra griega XI transliteraba el fonema del antiguo persa KHSK y llegó a la conclusión de que debía ser atribuido el valor KH al primer signo de las dos palabras. Así, pues, la forma persa del nombre griego Jerjes debía ser KH SH H A R SH A; esta desconcertante forma parecía hallarse apoyada por la versión de Champollion de una referencia jeroglífica «Jerjes el gran rey», descubierta sobre el vaso de Caylus; en resumen, el nombre resultaría ser KH SH H A R SH A. Por este ingenioso procedimiento, Grotefend obtuvo valores fonéticos para trece signos cuneiformes. El descubrimiento de uno de estos signos -la letra A- correspondía en realidad a Münther. Más tarde se comprobó que otros cuatro signos eran erróneos. A pesar de todo, las investigaciones de Grotefend constituyeron un extraordinario éxito, cuyas primeras noticias fueron dadas al mundo en 1802. Detalles más completos fueron publicados por De Sacy en un artículo del *Magasin Encyclopédique de Millin*, del año siguiente, si bien en esta comunicación la descripción del método seguido por Grotefend difería en cierto modo de la dada por el mismo autor.

La siguiente actividad de Grotefend se refirió en parte a una línea de escritura que aparecía repetida en varios lugares de las ruinas de Murghab. Inscripción que había sido copiada por diversos investigadores de la época, entre ellos Sir William Gore Ouseley. Este erudito orientalista, durante una visita a Persia, realizada en 1811, halló

en Persépolis 18 ejemplares de la famosa leyenda inscrita en torno a los huecos de puertas y ventanas. Estas inscripciones estaban muy mutiladas, pero colectivamente permitían reconstruir el texto completo. Sin embargo, Sir William Gore suponía que Persépolis y Pasagarda eran un mismo lugar. Fue James M. Morier, que había visitado Murghab en 1809 y que más tarde acompañó a Ouseley como guía y compañero, quien advirtió la estrecha semejanza existente entre el pretendido sepulcro de la madre de Salomón y la tumba de Ciro, según la describía el historiador griego Arriano. Morier sugirió que Murghab debía ser la antigua Pasagarda, pero Ouseley no estaba conforme con tal idea, ya que se hallaba firmemente convencido de que Ciro había sido enterrado en Fasa.

En cambio, Grotefend admitió inmediatamente la identificación de Morier y comenzó a buscar el nombre de Ciro en la corta inscripción antes mencionada, de la que seleccionó un grupo de caracteres que parecía bastante idóneo. Pero su copia contenía un signo más, y, cuando procedió a sustituir los valores de los signos que ya conocía, el grupo quedaba transcrito bajo la forma Z U S CH U D SH, resultado que se aventuró a modificar -muy justificadamente, como ya veremos- basándose en las letras del nombre que suponía encerraba esos signos. Cambió la Z por una K, la S CH por SR y la D superflua por una E, obteniendo de esta forma la palabra K U SR O E S CH, de la que finalmente extrajo la forma K U R U S, consiguiendo de tal manera la versión casi exacta:

| | | | | |
|---|---|-----|---|----|
| ◀ | ◀ | -◀◀ | ◀ | ◀◀ |
| K | U | R | U | SH |

En 1815 se habían determinado correctamente los valores por lo menos de 14 signos, 12 de los cuales fueron descubiertos por Grotefend. Pero a partir de este momento sus esfuerzos progresaron muy lentamente y sus primeros intentos por realizar traducciones se basaron sobre conjeturas erróneas. Sus trabajos, entre tanto, no habían conseguido la más mínima consideración, habiendo sido rebatidos encarnizadamente desde el principio por muchas autoridades, hasta el punto de que se rechazó la publicación de varias de las comunicaciones presentadas por él a la Academia de Göttingen. En 1893, cuarenta años después de la muerte de su autor, fueron desempolvados por Wilhelm Meyer los manuscritos y, aunque con mucho retraso, fueron aclamados como un hito en la historia del descifrado de los caracteres cuneiformes.

V

En 1823, el orientalista francés J. S. St. Martin dirigió su atención hacia el hecho de que la inscripción que aparecía en el vaso de Caylus era bilingüe y, aunque fue un crítico acerbo del alfabeto de Grotefend, proponiendo que fuese sustituido por otro creado por él, es forzoso reconocerle a St. Martin el mérito de haber descubierto otros dos valores fonéticos. Obtuvo estos valores mediante la comparación de la versión cuneiforme del nombre Hystaspes con la forma de la lengua zenda Vyschtasp, prefiriéndola a la forma Goshtasp usada por Grotefend. El resultado de este método fue que consiguió asignar el valor correcto V al primer carácter y el de Y al segundo, aproximándose de este modo todavía más a la versión correcta, ya que el nombre en realidad era VISHTASPA. Pero, en los puntos en que la lista de sus signos difería de la de su predecesor, St. Martin se equivocaba.

Ahora bien, tal como el mismo Grotefend había descubierto, una cosa era identificar unos pocos nombres propios bien conocidos y otra muy distinta transliterar grupos de signos reconocibles sólo en parte; el caso era todavía más difícil cuando se trataba de traducir palabras y frases poco conocidas y a menudo incompletas de tal modo conseguidas. Por ejemplo, su versión del primer párrafo de la inscripción «A» monolingüe de Niebuhr, cuyas veintidós líneas daban a entender que una escalera adyacente había sido construida por mandato de Jerjes, decía de este modo:

«Jerjes, el monarca, el valeroso rey, el rey de reyes, el rey de todas las gentes honestas, el rey de la más pura, piadosa y potente asamblea, el hijo del rey Darío, el descendiente del señor del universo Jamsheed».

Esta referencia al legendario Jamshid (identificado con «absoluta seguridad» por Sir Robert Ker Porter ¡como Sem, el hijo mayor de Noé!) hizo que los más conspicuos investigadores no considerasen su intento como demasiado autorizado.

Como puede imaginarse, todavía estuvieron menos favorablemente impresionados por el intento de Lichtenstein de buscar algún sentido a la inscripción «C» de Niebuhr:

«El rey, el soberano, príncipe de todos los príncipes, el Señor Saleh, Jinghis, hijo de Armerib, gobernador general en nombre del Emperador de la China, Orkan Saheh».

Pero teniendo en cuenta el hecho de que, en este ejemplo, el confiado traductor dirigió su atención a la versión babilónica, que era la más difícil -y que además, según parece, inconscientemente la leyó al revés-, hay que reconocer que el resultado podía haber sido todavía peor, aunque difícilmente hubiera podido reunir más errores.

En círculos cada vez más amplios se reconocía la importancia del zenda para aquellos que quisiesen estudiar la escritura persa cuneiforme; los estudios que señalarían el camino que debía seguirse, para el nuevo gran avance en este campo,

fueron inaugurados por Rasmus Christian Rask, un distinguido sabio danés, pionero en el campo de la Filología comparada. Su interés lingüístico abarca desde el zenda, el pahlevi y el sánscrito hasta el árabe, el indostánico y el pali, por no mencionar el elu, el cingalés y el islandés. Fue Rask quien demostró que era errónea la idea, tan ampliamente difundida, de considerar que el *Zend Avesta* era de fecha comparativamente reciente -no anterior, en modo alguno, al siglo III d. C.- según algunas autoridades.

Tras hacer un detenido examen de los resultados obtenidos por Grotefend, Rask quedó convencido de que la lengua de la primera de las tres columnas de las inscripciones aqueménidas parecía ser muy semejante al zenda, aunque cautamente añadió que no debía suponerse que fuesen idénticas. A pesar de todo, consiguió demostrar que el genitivo plural que Grotefend había transliterado como A-TSCH-A-O debía leerse en realidad como A-N-A-M, corrección simplificatoria que añadía dos letras más a la lista de las ya conocidas.



La necesidad de un guía más digno de crédito que la defectuosa traducción que hizo Duperron del *Zend Avesta* fue solventada por Eugène Burnouf, quien a los 25 años de edad había adquirido ya una sólida reputación como conocedor del Oriente. En 1832 le fue ofrecida la cátedra de sánscrito en el College de France, situación que le permitió conocer una traducción del *Yasna* -una parte litúrgica del Avesta- al sánscrito, que había sido realizada por sabios persas muchos siglos antes. El resultado de este importante hallazgo fue la publicación de su *Commentaire sur le Yaçna* (París, 1834), que demostró ser de un valor inestimable para los que estudiaban la escritura cuneiforme. Burnouf era el más importante conocedor del zenda de su tiempo, pero para nosotros su más importante realización fue la traducción de los textos persas, si bien también fue muy valiosa su participación en otros asuntos. Así en su *Mémoire sur deux inscriptions cunéiformes trouvées près d'Hamadan* (París, 1836), facilitó valioso material trilingüe procedente de Van (Armenia) y de Hamadán (Media), que había llegado a sus manos tras el asesinato de F. E. Schultz por los kurdos en Jumalerk, en 1829.

La inscripción de Hamadán, esculpida sobre una roca cerca del monte Elvand, se creía en la localidad que se refería a un tesoro enterrado en la montaña. Consistía en dos losas de piedra, cada una de las cuales incluía tres versiones de un mismo texto, con la única excepción de que Darío se anunciaba como el autor de la una y Jerjes

proclamaba ser el responsable de la otra; la triple inscripción de Van, en la cual aparecía también el nombre de Jerjes, era en parte una repetición de la de Hamadán, pero contenía un párrafo final que no aparecía en las otras.

Al igual que los demás investigadores, Burnouf poseía una versión incompleta del silabario del antiguo persa, que comprendía valores fonéticos de cuya corrección estaba razonablemente seguro y de otros que aun en el mejor de los casos debían ser considerados como dudosos.

Partiendo de este supuesto, procedió a seleccionar todos los signos desconocidos y a asignar a cada uno de ellos los valores que todavía no habían podido ser aclarados. Necesariamente, el proceso debía conceder amplio margen al error, pero Burnouf confiaba en que su profundo conocimiento del zendá le ayudaría a reconocer todas las palabras legítimas que pudiesen ser obtenidas por este procedimiento. Uno de sus éxitos fue la rehabilitación de la A de Münther, que Grotefend, por razones propias, había transformado en V. Hay que advertir que esta tendencia a enmendar los descubrimientos ajenos era practicada continuamente por los descifradores, quienes naturalmente antepusieron sus propias ideas, que ellos consideraban valiosas, a las distintas y a veces erróneas nociones de sus desencaminados contemporáneos.

Burnouf, además de estudiar las inscripciones trilingües de Van y Hamadán, concentró su atención en la inscripción «I» de Niebuhr, puesto que le pareció probable que contuviese muchos nombres propios. En realidad, la inscripción contenía referencias de veinticuatro provincias de Persia, de las que Burnouf consiguió identificar dieciséis, la mitad de ellas correctamente -Arabia, Babilonia, Bactria, Capadocia, Media, Persia, Saraugia y Sogdiana-. Pero, pese a este favorable resultado, su éxito como descifrador no fue en modo alguno tan grande como él creía. La lista de los signos que compiló contenía treinta y tres valores, de los cuales proclamaba haber descubierto doce. Sin embargo, más tarde se vio que ocho de estos doce signos eran incorrectos, mientras que otros dos ya habían sido determinados por otros autores, correspondiéndole tan sólo el descubrimiento de la K y la Z.

Quiso el destino que fuese Christian Lassen, amigo íntimo y colaborador de Burnouf, quien lograra los éxitos sobresalientes que no había conseguido su colega.

Lassen era noruego, había estudiado en Heidelberg y luego había viajado por Inglaterra y Francia. Durante una estancia en París conoció a Burnouf, junto con el cual colaboró en un ensayo sobre la lengua pali, la lengua sagrada de los budistas y de la India oriental. En 1826 dejó París y se trasladó a Bonn, en cuya universidad consiguió una cátedra cuatro años más tarde. Se mantuvo siempre en contacto con Burnouf por carta, y entre otros temas de interés común, sin duda los dos sabios discutieron acerca de los progresos hechos en el descifrado de la escritura cuneiforme. No obstante, fue una mera coincidencia que cada uno de ellos publicase el resultado de sus investigaciones el mismo año, Burnouf en su *Mémoire* y Lassen

bajo el título *Die altpersischen Keilinschriften* (Bonn, 1836).

Las dos publicaciones eran en muchos aspectos similares, incluso en el interés demostrado por ambos autores por la inscripción «I» de Niebuhr. Lassen, por su parte, había recordado el relato hecho por Herodoto de cómo Darío había repartido las tierras del Bósforo y había hecho elevar dos columnas de mármol en las que hizo inscribir los nombres de todas las naciones representadas entre sus tropas; esta relación le dio la idea de que pudiese existir una colección similar de nombres propios entre las inscripciones persepolitanas. Dirigió su atención, como asimismo hizo Burnouf, hacia el catálogo de las veinticuatro provincias persas, de las cuales identificó por lo menos veinte -falló tan sólo en el caso de Arabia, Egipto, India y Susa-.

También se debe a Lassen la identificación de que la rígida aplicación de los valores dados por Grotefend a ciertos signos conducía a la producción de palabras de imposible pronunciación, tales como CPRD, THTGUS y KTPTUK. La falta de vocales le sugirió la idea de que algunos de los signos persas debían ser silábicos y no alfabéticos, y además anunció que el signo A tenía un uso restringido y que solamente era usado al principio de palabra o antes de una consonante o de otra vocal y que en los demás casos iba incluido en las mismas consonantes. Incluso así sus transliteraciones estaban lejos de ser perfectas, aunque la lista de sus signos contenía 23 valores correctos -siete más que Burnouf y diez más que Grotefend-; si, como parece probable, se le concede el derecho de serle acreditado el descubrimiento independiente de la K y la Z, le corresponde la identificación de ocho nuevos valores, siendo los otros seis D, G(A), G(U), I, M y T.

En conjunto se había conseguido identificar unas tres cuartas partes de todos los signos de la escritura de la primera columna y hacia 1845 quedaban sin identificar una media docena de caracteres. Por esta época podía considerarse resuelto el problema del descifrado del persa antiguo, lo cual quedaba demostrado por la relativa corrección de las traducciones que Lassen pudo aventurarse a realizar de todas las inscripciones aqueménidas de que se disponía. Tan sólo un factor notable de la colección había sido olvidado, el más inaccesible e importante: el relato dejado por Darío el Grande en la roca de Behistun, con sus mil líneas de escritura que contenían diez veces más palabras que todo el resto del material disponible.

Esta extensa inscripción y los relieves que la acompañaban eran conocidos desde hacía largo tiempo; en realidad, desde el siglo XVII en adelante fue vista y descrita por muchas personas que visitaron Persia: Ambrogio Bembo y Jean Otter entre otros, si bien al principio el significado de esta inscripción estaba lejos de ser comprendido. Gardanne dejó volar su imaginación hasta el extremo de ver la figura de Ahura Mazda como una cruz bajo la que aparecían los doce apóstoles. Sir Robert Ker Porter, no menos bíblicamente impresionado, llegó a la conclusión de que los relieves

representaban la conquista de Israel por Salmanasar y que la línea de cautivos simbolizaba las doce tribus de Israel.

En cambio, pocos años antes, J. M. Kinneir asoció correctamente Behistun con Persépolis; cuando este punto de vista ganó aceptación, aquellas inscripciones hasta entonces indescifrables adquirieron una nueva e importante significación filológica.

El desafío que presentaba el problema de su transcripción fue resuelto gracias al ingenio y la decisión de un inglés a quien sus deberes profesionales lo llevaron a establecerse en aquellos contornos. Por iniciativa propia y actuando al principio enteramente solo, y sin ayuda alguna, no sólo se dedicó a la peligrosa tarea de copiar la escritura, sino que, siempre trabajando por su cuenta y riesgo, consiguió descifrarla.

VI

Henry Creswicke Rawlinson nació en Chadlington Park, Oxfordshire, en 1810; demostró desde la escuela un considerable talento para el latín y el griego, pero asimismo sobresalió por sus excepcionales dotes como atleta, gracias a su físico excepcionalmente robusto -medía 1,83 metros-. A los 16 años consiguió obtener un cargo en la Compañía de las Indias Orientales, y se embarcó rumbo a la India en 1827. En el barco tuvo la suerte de conocer a Sir John Malcolm, un distinguido orientalista recientemente nombrado gobernador de Bombay, quien logró infundir en su joven amigo un ávido interés por los asuntos persas. El resultado de esto fue que, al llegar a su destino, Rawlinson no sólo estudió árabe e indostánico, sino también la lengua persa, y con tan buen éxito que en 1835 fue uno de los pocos oficiales escogidos para un período de servicio en Persia, siendo destinado a Kermanshah con el cargo de consejero militar del hermano del Shah. En Hamadán, cuando se encaminaba hacia su destino, Rawlinson se enteró de que había dos inscripciones en el monte Elvand; se dirigió allí para verlas y las copió. Por aquella época, las dos inscripciones trilingües todavía tenían que ser publicadas por Burnouf, y Rawlinson las desconocía; tampoco conocía la lista de Grotefend de los valores de los signos del persa antiguo, aunque sabía, sin conocer detalles exactos, que habían sido identificados los nombres de tres soberanos aqueménidas.

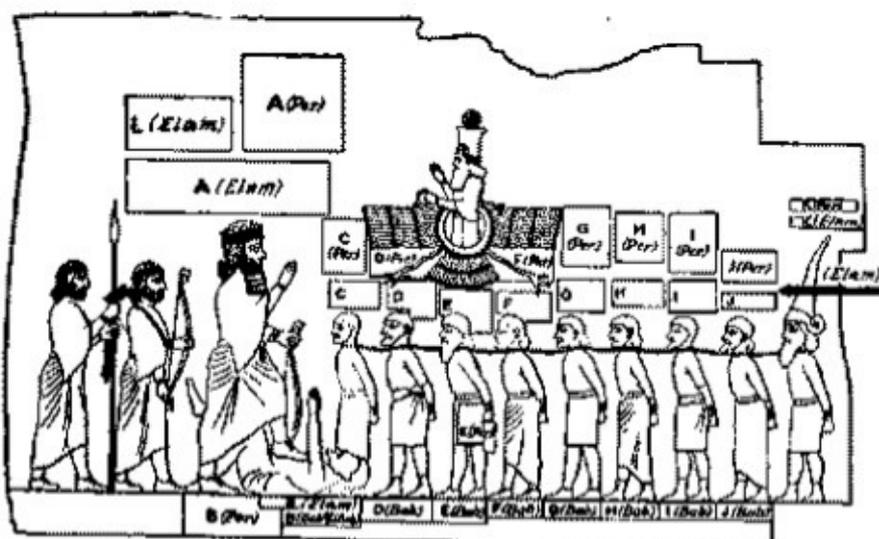
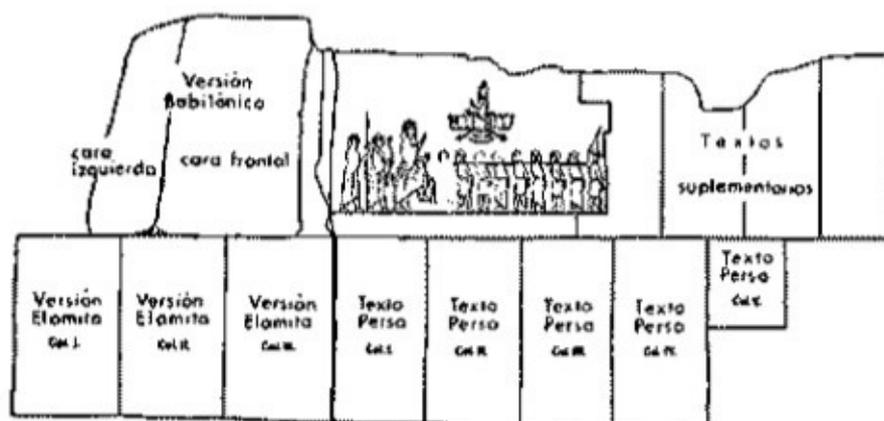
Así, pues, en sus subsiguientes investigaciones acerca de las inscripciones de Hamadán, Rawlinson, sin saberlo, repitió la hazaña de su predecesor, y, como había

hecho Grotefend antes que él, observó que, excepto en un cierto grupo de signos bien definido, los dos grupos de escritura eran idénticos. En cuanto a las diferencias, en la duodécima línea de una inscripción aparecía una palabra (llamémosle Y) que en la otra estaba sustituida por una palabra distinta (llamémosle Z), mientras que en la línea diecinueve de la primera inscripción había una tercera palabra (X) que en la segunda inscripción estaba reemplazada por la palabra Y.

| | Inscripción | |
|------------------------------|-----------------|-----------------|
| | 1. ^a | 2. ^a |
| 12. ^a línea | Y | Z |
| 19. ^a línea | X | Y |

Exactamente, ¿qué se desprendía de todo ello? Siguiendo el mismo razonamiento empleado por Grotefend más de treinta años antes, Rawlinson llegó a la conclusión que los tres grupos de signos debían representar nombres propios, los cuales seguramente, y según se desprendía de su disposición, debían indicar la sucesión genealógica de tres generaciones consecutivas de la monarquía persa. En otras palabras, que un rey X era el padre de un monarca Y, quien a su vez era padre del soberano Z, y que los autores de la inscripción eran padre e hijo. Partiendo de esta base, el amplio conocimiento que poseía Rawlinson de la historia de la antigua Persia le permitió resolver el acertijo y los tres primeros nombres que seleccionó como más probables dieron la respuesta correcta. De este modo obtuvo los valores fonéticos de trece caracteres de la primera columna, los cuales presumió debían ser alfabéticos.

Entre tanto, se enteró en Karmanshah de la existencia de la gran inscripción que se hallaba en las cercanías de Behistun, a unas veinte millas de este lugar. Por aquel tiempo ya estaba convencido de que la escritura de las tablillas de Hamadán no contenía más nombres que los tres que ya había identificado; pero, recordando que Jerjes, en un parlamento dirigido a su tío Artabanus -fielmente recogido por Herodoto-, declaraba que era hijo de Darío, el hijo de Hystaspes, hijo de Arsames, hijo de Ariaramnes, hijo de Teispes, hijo de Ciro, hijo de Cambises, hijo de Teispes, hijo de Aquemenes, pensó que tal vez existía una declaración similar en la roca de Behistun y que con tales nombres podría identificar algún carácter adicional más.



Clave para los epígrafes en persa antiguo, elamita y babilónico del relieve de Behistun. Arriba, vista general; debajo, detalle de los relieves (British Museum).

Cuando se aproximaba a su destino, Rawlinson pudo contemplar la inscripción desde la carretera. Se hallaba unos 300 pies (unos 90 m) por encima de su cabeza, sobre la superficie casi cortada a pico de un aislado promontorio rocoso que se elevaba en el aire hasta cerca de 2 000 pies (unos 600 m). Sin embargo, pudo escalar la roca y, cuando se encontró al pie del monumento, quedó impresionado al comprobar que medía cerca de 150 pies (unos 50 m) de largo por 100 de altura (unos 30 m). Pero existía la ventaja de que la base descansaba sobre un estrecho reborde sobre el que era posible mantenerse en pie, y desde allí Rawlinson pudo contemplar la parte principal del texto persa, que comprendía cinco columnas y consistía en más de 400 líneas de escritura. A su izquierda había tres columnas más, que contenían unas 250 líneas en caracteres y lengua elamita -susiano-, y directamente encima de su cabeza, y más allá de su alcance, se hallaban los bajorrelieves que a través de los

siglos habían sido descritos tantas veces y de tan variadas maneras por una larga sucesión de investigadores y curiosos.

De las catorce figuras, una evidentemente era un rey, ya que ostentaba una corona y estaba acompañado por dos figuras de servidores armados. El monarca sostenía un arco en su mano izquierda y tenía el brazo derecho levantado en actitud de reconocimiento y saludo a una divinidad que revoloteaba por encima de su cabeza y que a su vez estaba representada respondiendo graciosamente a este saludo. El pie izquierdo del rey estaba colocado sobre el cuerpo de un prisionero postrado en el suelo, cuyos brazos se levantaban pidiendo gracia; alineados a su lado había otros nueve cautivos de pie, con las manos atadas a su espalda y una cuerda en torno al cuello. Inmediatamente por encima y por debajo de estas figuras había una serie de cortos epígrafes -32 en total- (11 en persa, 12 en elamita y 9 en acadio) y a la izquierda del panel esculpado, ocupando dos caras de una roca que sobresalía por encima de las columnas en elamita, había más de cien líneas en la versión en lengua acadia de la principal inscripción. Un espacio equivalente, que se hallaba a la derecha de las inscripciones, estaba ocupado por cuatro columnas de textos suplementarios.

Ésta era, pues, la famosa inscripción de Behistun. Rawlinson calculó que solamente el trabajo preparatorio de su realización debió de requerir muchos meses de labor y que para su ejecución se necesitó contar con un complicado sistema de andamiajes. Un examen cuidadoso le reveló que en aquellos lugares en que los realizadores habían hallado fisuras en la roca, habían procedido a realizar un sistema de encastrado en el que usaron plomo fundido. Las inscripciones se habían grabado sobre la superficie preparada y tratada con una capa de barniz silíceo, aunque, pese a esta precaución, la escritura, en algunos puntos, había sido tan maltratada por la intemperie, que era prácticamente ilegible. Por otra parte, una porción de la primera columna de los textos suplementarios -versión elamita- había sido mutilada deliberadamente por el escultor, que necesitaba el espacio para una figura adicional, el último de una hilera de víctimas atadas, evidentemente el autor de un fracasado intento de rebelión.

El objetivo inmediato de Rawlinson fue la sección persa de la inscripción y felizmente una gran parte del cuerpo fundamental de ésta, una vez alcanzado aquel estrecho reborde, comparativamente seguro, se hallaba a su alcance. Y de este modo, con ese precipicio de 300 pies (unos 90 m) a sus espaldas y provisto de una libreta y un lápiz, comenzó a copiar la escritura. La tarea le ocupó la mayor parte de sus horas libres durante varios meses y requirió numerosos viajes de ida y vuelta de Kermanshah a Behistun. Pero el trabajo progresaba firmemente, y, ayudado por los trece valores que había obtenido en el monte Elvand, fue capaz de identificar cinco grupos de signos que aparecían en el primer párrafo de la inscripción de Behistun. Uno de estos grupos, consistente en cinco signos -de los que ya conocía cuatro-, era

evidentemente una referencia al Arsames de los griegos:



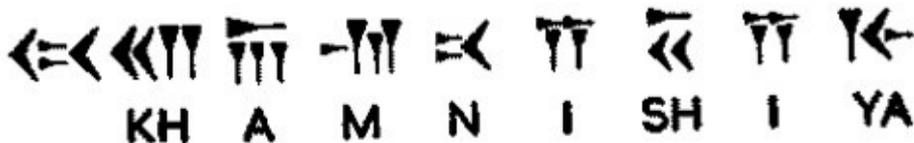
Este nombre añadía la M al vocabulario, adquisición que le sirvió de ayuda en la identificación de una colección de ocho signos, de los cuales conocía ahora los siete primeros:



Aquí el último signo era evidentemente la N, que daba Ariaramnes. En un tercer grupo, los seis caracteres estaban ya en su poder y se leía claramente P E R S I A:



Una cuarta palabra contenía nueve signos, de los cuales sólo el primero era todavía desconocido, y reconoció en ella el término Aqueménida:



El quinto grupo no presentaba dificultad, pues de nuevo estaba familiarizado con todos los signos, excepto el primero, y se trataba evidentemente de una referencia a Teispes:



Estos cinco nombres le ofrecieron cinco caracteres adicionales y elevaron el total de sus identificaciones correctas a dieciocho signos. Tan grandes fueron sus progresos que, cuando a finales de 1835 consiguió al fin obtener información acerca de los trabajos de Grotefend y St. Martin, se dio cuenta inmediatamente de que

ninguno de estos investigadores tenía nada que ofrecerle y que los resultados de sus esfuerzos habían sido ya sobrepasados por él.

A partir de entonces, Rawlinson fue identificando nombre tras nombre lo cual le proporcionó un constante flujo de símbolos -valores adicionales-: B de Babirush (Babilonia); K de Katpatuka (Capadocia); F de Ufraata (Eufrates), etc. En el otoño de 1837 no sólo había conseguido transcribir unas 200 líneas -cerca de la mitad- del texto persa, sino que, con el auxilio de su ya larga lista, había podido intentar traducir el primer párrafo. Transmitió el resultado de estos trabajos a la «Royal Asiatic Society», de Londres, en un informe que contenía el texto, la transliteración y la traducción. Rawlinson se basaba en este documento, y en un suplemento escrito dos años más tarde, para reclamar el título de descifrador de la escritura cuneiforme del persa antiguo.

El documento fue recibido en Londres en 1838 y representó un verdadero problema, puesto que la singularidad de su contenido hacía difícil aquilatar su valor.

| | A | I | U |
|------------|---|---|---|
| VOGA ES | 𐎠 | 𐎡 | 𐎢 |
| B | 𐎣 | | |
| Ç | 𐎤 | | |
| Ç | 𐎥 | | |
| D | 𐎦 | 𐎧 | 𐎨 |
| F | 𐎩 | | |
| G | 𐎪 | | 𐎫 |
| H | 𐎬 | | |
| H | 𐎭 | | |
| J | 𐎮 | 𐎯 | |
| K | 𐎰 | | 𐎱 |
| L | 𐎲 | | |
| M | 𐎴 | 𐎵 | 𐎶 |
| N | 𐎸 | | 𐎹 |

| | A | I | U |
|---------------------------|---|---|---|
| P | 𐎱 | | |
| R | 𐎳 | | 𐎴 |
| S | 𐎵 | | |
| Ş | 𐎷 | | |
| T | 𐎹 | | 𐎺 |
| I | 𐎻 | | |
| W | 𐎽 | 𐎾 | |
| Y | 𐎿 | | |
| Z | 𐏀 | | |
| DIVISOR DE PALABRAS | 𐏁 | | |
| REY | 𐏂 | | |
| PAÍS | 𐏃 | | |
| TIERRA | 𐏄 | | |
| AHURA HAZDA | 𐏅 | | |

Fig. 5.- Silabario cuneiforme persa antiguo

Siguiendo el consejo de Edwin Norris, el Secretario Consejero de la Sociedad, se envió una copia de este informe a París, donde provocó gran interés. Su autor fue nombrado inmediatamente Miembro Honorario de la Sociedad Asiática Francesa y se hicieron toda clase de gestiones para conseguir que Rawlinson estuviese al corriente de lo ya realizado en el campo de la escritura cuneiforme. Así, pues, por fin Rawlinson se puso en contacto con Burnouf, Lassen y otros investigadores europeos, cuyos estudios en conjunto habían logrado descifrar casi todos los signos del silabario del antiguo persa. En cuanto a su propio descubrimiento, aunque había requerido gran osadía y constituía una magnífica realización de investigación individual, no obtuvo el reconocimiento de la prioridad en el descifrado. De los cuatro caracteres que

quedaban todavía sin que se les hubiese podido asignar valor fonético, Rawlinson consiguió identificar dos en 1838 y compartió con Edward Hincks, un clérigo irlandés, el descubrimiento del tercero en 1846, año en el que el cuarto y último de los signos fue determinado por Adolf Holtzmann (fig. 5).

VII

Una vez conocidos la mayoría de los signos del persa antiguo, los investigadores de la escritura cuneiforme pudieron dedicar su atención a la escritura encontrada en la segunda y tercera columna de las inscripciones aqueménidas. Un cuidadoso estudio del material disponible reveló enseguida la existencia de una sucesión de nombres propios en las posiciones que eran de suponer, hallazgo que estableció que los tres textos eran idénticos y que al mismo tiempo confirmó que la escritura discurría de izquierda a derecha. El supuesto de que las tres versiones estaban escritas en el mismo lenguaje, pero con diferentes caracteres, fue desmentido en 1824 por Grotefend. Preparó una lista de palabras correspondientes, en la que ya sostenía que se trataba de tres lenguas distintas, aunque no estaba seguro todavía para admitir que una de las tres lenguas fuese semítica. El investigador danés, especialista en sánscrito, Niels Louis Westergaard fue el primero que comenzó a trabajar seriamente sobre la versión elamita. En 1843 visitó Persia en busca de inscripciones, particularmente aquellas que habían sido olvidadas por los primeros transcriptores. Consiguió obtener copias de dos nuevos textos de gran importancia, uno procedente de un porche de Persépolis y el otro de la tumba de Darío el Grande, en Nash-i-Rustan. Este último contenía una extensa lista de países conquistados, y Westergaard comenzó sus investigaciones trabajando con los nombres propios (de reyes y provincias). Su método consistió esencialmente en identificar y comparar; así, en el curso de sus trabajos descubrió la versión elamita de Darío de Persia y luego analizó el contenido de aquella inscripción, comparándola con su equivalente en persa antiguo. Por este procedimiento obtuvo una lista de valores de signos que le permitieron transcribir palabras que le eran desconocidas, y más tarde logró traducirlas por deducción o por referencia a una traducción de la primera columna. Por fin llegó a la conclusión de que la escritura de la segunda columna era en parte silábica y en parte alfabética, y gracias al estudio de la relación entre vocales y consonantes calculó que el número de caracteres era superior a cien, de cuyo total teórico logró identificar entre 80 y 90.

Por este tiempo era imposible disponer de la versión elamita de la Roca de Behistun a causa del estallido de la guerra afgana de 1839, ya que Rawlinson había sido reclamado desde la India. Entonces el Shah convino en que la misión inglesa fuese reemplazada por una francesa, y el rey Luis Felipe envió como representante suyo al conde de Sarcey, con numeroso séquito que incluía al arquitecto Pascal Coste y al artista Eugène Flandin. Pero, aunque Flandin realizó varias visitas a Behistun con la intención de copiar la inscripción y aunque incluso consiguió llegar al reborde de su base, decidió que la tarea propuesta era empresa demasiado arriesgada, y la idea fue abandonada.

Así Rawlinson se vio libre para continuar la tarea que tan brillantemente había comenzado y reanudó sus trabajos en 1844, cuando visitó el lugar con dos compañeros. Con su ayuda consiguió obtener copias completas de los principales textos persas y elamitas y también de todos los epígrafes, teniendo que vencer toda suerte de peligros y dificultades asociados.

Para alcanzar la parte alta de las columnas del texto persa tuvieron que utilizar una escalera. Pero el reborde que les sustentaba, de menos de dos pies (0,60 m) de ancho, era tan estrecho en relación con la altura de la inscripción, que no podían utilizarse escaleras de la altura adecuada. Y, aun después que la escalera fue acortada, adaptándola al ángulo del declive, era preciso mantenerse en pie en el último peldaño guardando el equilibrio con el cuerpo apretado contra la superficie casi vertical de la roca apoyándose en el brazo izquierdo, mientras sujetaba la libreta en una mano y el lápiz en la otra; así colgado sobre el abismo, Rawlinson, impasible, consiguió copiar las partes superiores del texto persa.

Alcanzar las tres columnas de texto elamita fue empresa todavía más ardua, ya que estaban colocadas en una especie de nicho en cuyo extremo había otro reborde que les serviría de soporte; este reborde estaba aislado del resto del monumento por un precipicio que sólo podía salvarse a un determinado ángulo; Rawlinson descubrió entonces que, por haber acortado la escalera antes para poder copiar las inscripciones persas, no alcanzaba para formar un puente de un lado al otro del precipicio. Intentaron superar esta dificultad colgando la escalera -que era de la variedad persa, muy ancha- del reborde opuesto, de manera que la parte superior quedase bien sujeta por ambos lados y la inferior se balanceaba en el espacio. Rawlinson empezó a subir, pero el peso de su cuerpo hizo que los travesaños en que apoyaba los pies se rompieran y cayeran dando vueltas al abismo, y quedó colgando de las manos, que por suerte tenía bien sujetas a los travesaños superiores. A pesar de este accidente, que fácilmente podía haberle costado la vida, Rawlinson consiguió copiar la totalidad de la versión elamita de la inscripción, lo que muestra en forma elocuente su gran valor y determinación.

Pero en este mismo año 1844, Westergaard estuvo intensamente ocupado,

esforzándose en descifrar la escritura de la segunda columna de las inscripciones, secundado por Luis Caignart, de Saulcy y también Hincks. Este último leyó un extenso informe sobre «La primera y segunda clase de escrituras de Persépolis» a los miembros de la Real Academia Irlandesa, justamente cuando Rawlinson daba los últimos toques a su memoria sobre este tema. Al recibir noticias sobre los trabajos realizados por sus contemporáneos, Rawlinson advirtió que de nuevo se le habían anticipado. Sin más dilación puso todo el material que había recopilado en Behistun a disposición de Norris, el cual en 1852 consiguió descifrarlo casi totalmente.

A. D. Mordtmann denominó a aquella lengua susiano, en contraposición a Westergaard, quien, siguiendo a St. Martin, la denominó meda, y a A. H. Sayce, que proponía designarla con el término amardiano. Finalmente quedó establecido que dicha escritura en su forma definitiva comprendía un sistema de unos 96 signos silábicos -que representaban combinaciones consonante-vocal y consonante-vocal-consonante- junto con unos 20 ideogramas y determinativos. Además, gracias a las inscripciones halladas en Susa, se demostró que la lengua era producto de la evolución del lenguaje hablado por el pueblo de Elam, y en 1897 Hüsing rebautizó esta lengua con el nombre de Nuevo Elamita. Este lenguaje ha sido clasificado, algo vagamente, como Caucásico.

Entre tanto, las excavaciones emprendidas desde 1842 por P. E. Botta y Henry Layard en los yacimientos de las antiguas ciudades asirias de Mesopotamia comenzaron a ofrecer una rica cosecha de tablillas con inscripciones. Botta realizó una lista de signos asirios, y, aunque no pudo leerlos, logró asignar un valor correcto -SHAR- a la primera sílaba del hombre de Sargón (SHARRUKIN), lo que más tarde permitió a H. A. de Longperrier identificar al constructor del palacio de Khorsabad.

Estos descubrimientos dirigieron la atención de los investigadores una vez más hacia Behistun, en donde parecía pudiera hallarse la clave de las inscripciones en lengua asiria. Con esta idea, Rawlinson regresó una vez más a la escena de sus primeras actividades; en esta ocasión convenientemente provisto de escaleras, cuerdas, andamios y otros elementos esenciales.

El tercero y último de los textos importantes de Behistun ocupaba dos caras de una roca que sobresalía inmediatamente por encima de la versión elamita. Estaba en un lugar casi inaccesible, y si Rawlinson hubiese tenido que habérselas solo, a pesar de todo su equipo, habría fracasado en su empeño. Pero afortunadamente contrató los servicios de un ágil muchacho kurdo, quien, sujetándose con manos y pies, ascendió por una estrecha hendidura de la roca y clavó luego una estaquilla de madera en la que sujetó una cuerda. Intentó balancearse de un lado al otro del farallón para alcanzar una hendidura del lado opuesto, pero vio frustrado su intento a causa de un saliente de la roca; así y todo prosiguió su camino palmo a palmo aferrado a la pared casi enteramente lisa, a una altura de casi siete metros.

Pudo por fin clavar otra clavija y sujetar en ella el otro extremo de la cuerda, y más tarde, suspendido de una especie de andamio provisional de pintor, y trabajando bajo la dirección de Rawlinson, tomó papel y lápiz y consiguió transcribir la totalidad del texto.

La inscripción, muy deteriorada por los agentes de la naturaleza, consistía en 112 líneas de escritura, a las que Rawlinson dedicó todos sus afanes durante el año 1848 y también durante el siguiente año. A medida que su trabajo progresaba, la similitud del lenguaje desconocido con los bien conocidos dialectos semitas se fue haciendo cada vez más evidente, ayudándole enormemente en la tarea de su elucidación. El sentido de la escritura ya era conocido, gracias a la versión persa; pero, mientras que la escritura de la primera columna contenía relativamente pocos signos, era evidente que su equivalente de la tercera columna estaba compuesto por cientos de caracteres, algunos de los cuales representaban una sílaba y otros una palabra completa. Además, parecía como si a veces un signo dado pudiese representar distintas sílabas o palabras y que, inversamente, cierto número de signos distintos se usaran en otras ocasiones para indicar una misma palabra -principios de polifonía y de homofonía-. A pesar de todos estos inconvenientes, Rawlinson en 1850 había acertado los valores de unos 150 caracteres y, ayudado por el texto persa, había logrado determinar los significados exactos de unas 500 palabras.

Sin embargo, fue Hincks el primero que publicó una lista de caracteres identificados, los cuales incluían los que representaban las vocales A, E, I, U -no existe carácter asirio para la O-. Demostró además que muchos de los signos eran silábicos y estudió cuidadosamente los ideógrafos y los determinativos. Con esta información a su disposición, pudieron los investigadores estudiar las inscripciones trilingües de los Aqueménidas y las tablillas monolingües encontradas en Asiria y Babilonia, y aunque se reconocía que las lenguas de estos dos países eran indudablemente semitas, y que ambas estaban íntimamente relacionadas, también era evidente que ambos sistemas no eran en modo alguno idénticos, y, lo que aún era peor, parecía que en cada región hubiesen existido dos métodos distintos de escritura, lo cual multiplicaba por cuatro los cientos de signos que debían ser identificados y comprendidos.

Pero, a pesar de esta formidable complicación, los descifradores proclamaron que confiaban en poder leer los distintos tipos de escritura mesopotámica, aunque pese a esta aparente confianza había muchos escépticos que no estaban muy convencidos; entre otras cosas les costaba aceptar que para indicar una misma palabra fuesen utilizados signos distintos.

El matemático William Henry Fox Talbot proporcionó una prueba decisiva sobre este punto. Talbot presionó a Edwin Morris para que, por medio de la Royal Asiatic Society, invitase a cuatro investigadores bien conocidos y de probada solvencia para

que tradujesen independientemente una inscripción de una tablilla de arcilla recién hallada del monarca asirio Teglathfalasar I, y para que luego sometiesen sus resultados bajo sobre sellado a un comité que debería juzgarlos. El mismo Fox Talbot intentó la traducción; los otros tres descifradores invitados fueron Jules Oppert, Edward Hincks y naturalmente Henry Rawlinson. Cuando se examinaron los trabajos se halló que todos estaban de acuerdo en los puntos esenciales.

VIII

A medida que progresaba la tarea de traducir los documentos babilónicos y asirios, aumentaba la convicción, entre los que se entregaban a esta tarea, de que el lenguaje de algunos de los textos no era semita. El asunto fue puesto en primer plano en 1855, cuando Rawlinson, tras haber examinado una tablilla procedente de Larsa, que le había enviado el arqueólogo W. Kennet Loftus, anunció que la escritura representaba una lengua desconocida. Al año siguiente, Hincks reconoció que esta lengua era aglutinante, pero todos sus intentos por descubrir afinidades con algún grupo lingüístico fracasaron. La situación no ha variado hasta la fecha, tal vez con razón, por tratarse con toda probabilidad de la lengua más antigua de la tierra.

Las perspectivas de descifrarla, que primeramente parecían tan poco esperanzadoras, crecieron repentina e inesperadamente. En Mesopotamia, Henry Layard, tras haber excavado las ruinas de Calah concentró sus actividades sobre la llamada colina de Kouynjik, donde se encontraban en realidad las ruinas de la antigua capital asiria, Nínive, y el arqueólogo Layard vio premiados sus esfuerzos con el descubrimiento de algo extraordinario: la biblioteca del rey Asurbanipal, que contaba con un total de más de 20 000 tablillas de arcilla. Cuando la primera consignación de este material fue revisado por Rawlinson y Norris en el Museo Británico, descubrieron que contenía un crecido número de léxicos y repertorios de frases que, evidentemente, habían sido compilados con la intención de ayudar a los estudiantes de lengua semita en el estudio de aquella lengua. Como puede imaginarse, esto sirvió mucho a los modernos investigadores y sus dificultades, en cuanto a los valores fonéticos y caracteres de esta escritura, desaparecieron. Sin embargo, los problemas inherentes a la estructura intrínseca del lenguaje subsistieron, y esto entorpeció enormemente los intentos realizados para entender su estructura gramatical; incluso ahora la interpretación de los textos monolingües sigue siendo insegura, aunque el

sentido general pueda captarse con bastante claridad.

También quedó sin esclarecer el problema de los orígenes de este extraño lenguaje. De todos modos cabe considerar que una escritura tan complicada como la cuneiforme, difícilmente pudo coincidir con el advenimiento del Imperio babilónico. Por lo tanto, no es aventurado suponer que el nacimiento y desarrollo de esta escritura corresponda a otra época y a un grupo étnico distinto, *tal vez a un pueblo que no pertenecía a la familia semita*. Pudo darse el caso de que una comunidad de cultura comparativamente muy elevada fuese dominada por tribus semitas, cuyos miembros más tarde absorbieron muchos de los rasgos de la cultura ajena, llegando incluso al extremo de conservar el conocimiento de su lengua. En cuanto a la identidad de este hipotético pueblo, desaparecido desde hace muchos siglos, existe una clave ofrecida por cierta referencia, hallada en una inscripción, a un gobernante que se intitulaba «Rey de Sumer y Acad», a la luz de lo cual Rawlinson sugirió que se diese el nombre de acadios a esos primeros habitantes históricos de Mesopotamia. En cambio, Oppert argüía que debían ser considerados más apropiadamente como sumerios, punto de vista que finalmente prevaleció. Actualmente se denomina acadios a los posteriores conquistadores semitas y a su lengua, tal como la hablaron después sus sucesores los babilonios. En cuanto a los posteriores conquistadores de Babilonia, si bien la mayoría de las inscripciones están escritas en acadio clásico, hablaban -y a veces escribían- en un dialecto relacionado íntimamente con aquél, que ha sido designado con el nombre de asirio.

Transcurrieron muchos años antes de que la verdad de la hipótesis sumeria pudiese ser demostrada con cierta seguridad, puesto que, como pronto descubrieron sus autores, era mucho más fácil postular la existencia de un venero cultural prebabilónico y no semita, que proporcionar una prueba convincente de su existencia. El problema se veía agravado por los repetidos fracasos sufridos en la búsqueda de posibles lenguas emparentadas y hubo algunos investigadores que llegaron hasta a negar la existencia real de los sumerios y de su particular modo de hablar.

Uno de los principales exponentes de este punto de vista fue un hábil especialista en lenguas semíticas, Joseph Halévy. Este investigador hebreo estaba obsesionado por la idea de que los babilonios, a los que él consideraba los antepasados del pueblo judío, constituían los más antiguos orígenes de la civilización del occidente de Asia y se oponía tenazmente a la teoría que transfería el mérito de gran parte de los logros culturales a un pueblo no semita, los sumerios. Para explicar los libros de frases sumeroasirios tuvo que idear la teoría de que la supuesta lengua sumeria consistía meramente en un sistema de escritura secreta inventada por el sacerdocio local para engañar a sus ignorantes seguidores. La falta de pruebas para refutar tan ingeniosa teoría condujo a una argumentación tan inútil como ardua y prolongada.

En plena discusión acerca del lenguaje, surgió una nueva controversia acerca del

modo como había evolucionado la escritura cuneiforme. Jules Oppert sostenía que en principio los signos habían sido pictográficos, mientras que el sabio alemán Friedrich Delitzsch mantenía que la escritura se había ido desarrollando a partir de un número de signos comparativamente pequeño, cuyas combinaciones habían dado origen a centenares de signos distintos.

Estas dos ingeniosas y tan contrapuestas opiniones fueron resueltas cuando se produjo el descubrimiento de textos sumerios, que no sólo eran más antiguos que los más primitivos textos babilónicos, sino que además proporcionaban indiscutible evidencia del origen pictográfico de la escritura cuneiforme. Los más antiguos ejemplares de esta escritura fueron hallados inscritos en cientos de tablillas desenterradas en Yarka -la antigua Uruk- durante los años 1928-1931 y se descubrió que consistían en dibujos de objetos fácilmente reconocibles. Teniendo en cuenta que cada signo parecía representar una sola palabra completa, esta criatura embrionaria era susceptible de ser leída en cualquier lengua, y ésta fue otra de las consideraciones que señalaban a los sumerios como sus probables autores.

Por esta época ya habían sido descubiertos algunos datos acerca de la historia de los sumerios, gracias a varios hallazgos arqueológicos por los que parecía que hacia el cuarto milenio antes de Cristo se hallaban ya ocupando el territorio situado entre los ríos Tigris y Eufrates, en las costas del golfo Pérsico, al sur de lo que fue la tierra de Acad, hogar del pueblo semita. Nada sabemos de la raza y la tierra de origen de estos intrusos. Se ha sugerido que, en sus construcciones en forma de altos zigurats piramidales, los nuevos invasores debían intentar reproducir, en cierto modo, en un terreno de llanuras aluviales, las formas de una región montañosa; esta teoría fue apoyada por B. Hrozný con pruebas filológicas, basándose en el hecho de que la palabra sumeria para indicar el Este, imkurra, parecía indicar la existencia de montañas en aquella dirección, de la cual probablemente procedían sus remotos antepasados.

Por otra parte, Berossos, un sacerdote nativo -siglo III antes Cristo-, y el Manetón de Babilonia, nos habla de una legendaria raza de monstruos medio peces medio hombres que emergieron de las aguas del golfo Pérsico y se establecieron a lo largo de la costa, llevando consigo el conocimiento de la agricultura, la escritura y la metalurgia.

Sea como fuere, los sumerios fundaron varias ciudades-estado entre las cuales fueron famosas las de Adab, Eridu, Lagash, Larsa, Uruk y Ur. Estas comunidades se enfrentaban a menudo en luchas encarnizadas, y de vez en cuando una de ellas dominaba a las otras. También se producían guerras con los vecinos pueblos extranjeros, por los cuales en ocasiones resultaban totalmente derrotados. Así, hacia 2450 a. C., la totalidad de la región fue dominada por el conquistador semita Sargón I de Acad, cuyo extenso reino llegó a incluir Elam y Asiria. Pero bajo su nieto Naram-

Sin, el Imperio fue invadido por hordas bárbaras, conocidas por el nombre de Gutium o Guti, cuyos invasores fueron por fin expulsados. Después, los sumerios consiguieron una pasajera independencia, y entonces floreció la ilustre dinastía de Ur bajo Ur-Namm -rey de Sumer y Acad- y sus sucesores. Finalmente, Ur sufrió una completa destrucción a manos de los elamitas, quienes a su vez fueron derrotados por los amoritas -occidentales-, los fundadores semitas de la primera dinastía de Babilonia, cuyo sexto rey, el famoso Hammurabi, subyugó la totalidad de Mesopotamia. Por aquel tiempo -1900 a. C.-, los sumerios ya habían perdido su identidad nacional.

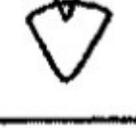
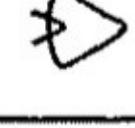
| POSICION ORIGINAL | POSICION POSTERIOR | BABILONIA PRIMITIVA | ASIRIA | SIGNIFICADO |
|---|---|---|--|-------------|
|  |  |  |  | PAJARO |
|  |  |  |  | PEZ |
|  |  |  |  | BUEY |

Fig. 6.- Desarrollo de la escritura cuneiforme (según A. Poebel).

Entre tanto, su sistema de escritura había sido transformado completamente. Con la gradual eliminación de líneas curvas, las pictografías originales se habían ido estilizando cada vez más y haciéndose más difícilmente reconocibles.

El proceso se aceleró cuando el ángulo del borde inferior del estilo de caña, con el que se trazaban los signos, se hizo más ancho, y por esta causa la impresión hecha con la punta del instrumento asumió su característica forma semejante a una cuña. Otro cambio fundamental fue el de la dirección de la escritura. Originariamente, los caracteres se disponían en columnas verticales que se leían hacia abajo, progresando de derecha a izquierda; pero en un momento dado se descubrió que la escritura era seguida con mayor facilidad inclinando la tablilla hacia la izquierda, de modo que los ojos pudiesen seguir la escritura horizontalmente, y de acuerdo con ello se alteró la dirección de la escritura. De este modo, los caracteres experimentaron un giro de 90° y en lo sucesivo se leyó de izquierda a derecha (fig. 6). El paso a escritura fonética se vio favorecido por la estructura predominantemente monosilábica de las raíces de las

palabras sumerias, hasta tal extremo que, en la época de la tercera dinastía de Ur, el número de signos se había reducido progresivamente desde cerca de 2 000 a menos de un tercio de este número. Además, los signos individuales fueron combinados hasta formar innumerables caracteres compuestos; por ejemplo, los símbolos de agua y cielo, unidos, significaban *lluvia*:



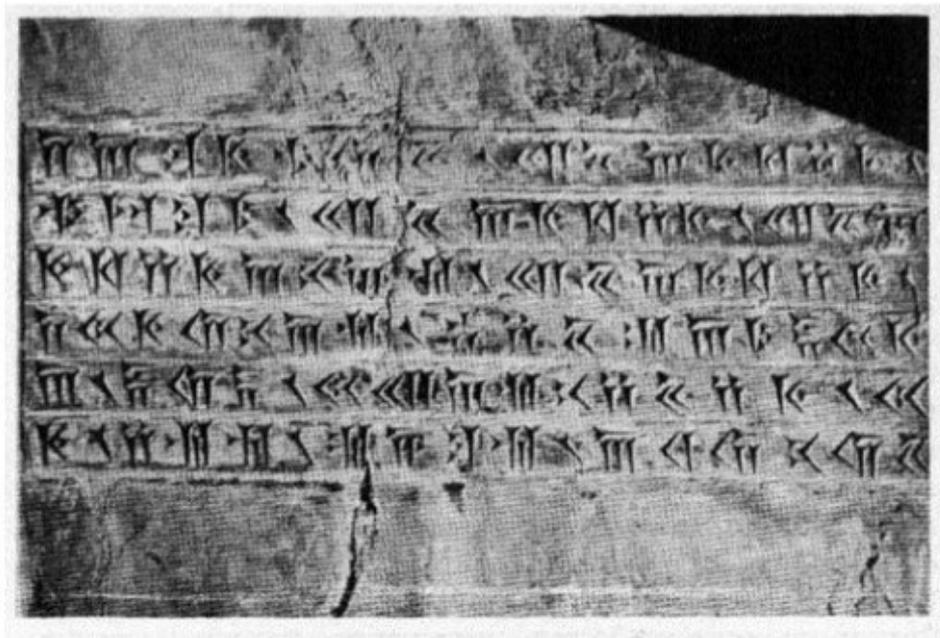
En el transcurso del proceso de adaptación de la escritura sumeria a su propia lengua, los semitas acadios y sus sucesores dieron nuevos valores a muchos de los símbolos preexistentes; por ejemplo, los asirios adoptaron el carácter compuesto indicador de «agua de los cielos», pero lo usaron ideográficamente para indicar su propia palabra para lluvia -zunu-. También se apropiaron de otros muchos signos que representaban sílabas, los cuales consistían bien en una vocal precedida de una consonante -di, nu-, bien en una vocal seguida por una consonante -ab, uz-, o en una vocal precedida y seguida por una consonante -gal, gap-.

Incluso después del completo sometimiento de los sumerios, su lengua continuó usándose con fines didácticos y usos sagrados, de modo semejante a lo que sucedió en Europa con el latín después de la caída del Imperio Romano.

No fue el arte de la escritura la única herencia de los sumerios que recibieron los acadios, los babilonios y los asirios; entre otras muchas realizaciones, los sumerios elaboraron un complicado código de leyes, establecieron métodos bancarios, idearon un sistema de pesas y medidas, introdujeron salarios estables y control de precios, emprendieron vastos planes de irrigación, establecieron los fundamentos de una arquitectura de características enteramente originales, estudiaron astronomía y matemáticas, dividieron el día en veinticuatro horas y el círculo en 360° y produjeron una literatura que se distinguió por sus narraciones acerca de la creación del orden en el caos, la perversidad innata del hombre y el intento hecho por los dioses inmortales para barrer al hombre de la superficie de la tierra por medio de un diluvio. Estos relatos épicos fueron transmitidos al acervo de la Historia Universal por sus sucesores semitas, entre los cuales se hallaban los hebreos, quienes se proclamaron a sí mismos como los verdaderos autores.

IX

A mediados del siglo XIX se desconocía incluso la existencia misma del antiguo imperio de los babilonios y, naturalmente, también se ignoraba, con mayor razón, la de sus predecesores los sumerios. Históricamente, el primer período de la civilización mesopotámica estaba en blanco, y el conocimiento de la región y de sus habitantes antes de la llegada de Alejandro Magno a aquellos escenarios se limitaba a extractos de no muy larga extensión de obras de Berossos y a algunos relatos de Herodoto y Ctesias, que se contradecían mutuamente, así como diversas referencias acerca de los caldeos (neo-babilonios) y los asirios en el Antiguo Testamento. Los primeros resultados del descifrado de la escritura cuneiforme no facilitaron tampoco ninguna idea acerca de los hallazgos que luego habrían de producirse. Cuando al fin pudieron leerse las inscripciones persas, se descubrió que en su mayor parte se limitaban a manifestar que Darío -o Jerjes-, verdadero rey de reyes, hijo de Histaspes -o de Darío-, era el autor de la construcción de aquel palacio -o de aquella escalinata-. La extensa inscripción de Behistun era más valiosa, puesto que facilitaba o confirmaba datos históricos que anteriormente eran desconocidos o dudosos. Por otra parte, las versiones acadias y elamitas de todas estas inscripciones repetían meramente lo que ya se sabía.



Antigua inscripción persa del Palacio de Darío (Oriental Institute, Chicago).

Tal era la situación cuando, gracias a las excavaciones hechas por Botta, Layard y otros, empezaron a surgir un creciente número de inscripciones monolingües, la mayoría de las cuales estaban escritas en los caracteres y lengua de la tercera de las columnas persas. Estos textos cuneiformes no sólo aparecían sobre las paredes de

palacios y templos, sino también sobre ladrillos y piedras de los cimientos, sobre mojones fronterizos y sobre zócalos de puerta, prismas y cilindros. Asimismo, recubrían las tablillas de arcilla cocida, que al principio aparecían a centenares y luego a cientos de millares en todos los yacimientos. En ellas se había inscrito una interminable colección de documentos, hipotecas, contratos matrimoniales, pagarés, cuentas, códigos legales, comunicados oficiales, correspondencia real, etc., por no mencionar la superabundancia de mitos, hechizos, augurios, textos rituales, himnos, lamentaciones, obras litúrgicas, plegarias, y un largo etcétera.

Un examen cuidadoso de este material estableció finalmente que la cultura asiria era esencialmente babilónica y que los babilonios y los acadios, a su vez, estaban estrechamente relacionados con los sumerios. Los asirios, según demostraba el contenido de sus bibliotecas, eran grandes coleccionistas de las obras literarias de sus predecesores. Su propia contribución consistía casi exclusivamente en relatos oficiales acerca de sus reyes y de sus conquistas. La historia así descubierta se limita a pavorosos relatos sobre continuas matanzas y destrucciones, ciudades asediadas, asaltadas y entregadas a las llamas y poblaciones enteras empaladas en estacas, cegadas, descuartizadas y dejadas morir lentamente en horribles montones. Su lectura resulta espantosa y horripilante incluso en un siglo que ha presenciado la liquidación de los gulags, o la exterminación de los judíos y aun la aniquilación de ciudades enteras bajo los efectos de las bombas atómicas.

Las denominadas listas *limmu* encontradas entre los textos asirios reflejan la costumbre asiria de dar el nombre de una alta dignidad a cada año, empezando generalmente por el nombre del rey y recordando los principales acontecimientos que tuvieron lugar durante la correspondiente época de reinado. Estas listas proporcionan en ocasiones datos de vital importancia cronológica, como adición a la información existente acerca del orden de los monarcas asirios y de la duración de sus respectivos reinados, como sucede en el caso de la siguiente anotación colocada junto al nombre de Pur-Sagail, gobernador de Gozan: «Rebelión en la ciudad de Ashur. En (el mes de) Sivan hubo un eclipse de sol».

Esta referencia a un fenómeno astronómico permitió que el acontecimiento en cuestión fuese identificado con un total oscurecimiento del Sol, que fue visible en Nínive, el cual duró 2 horas y 40 minutos y tuvo lugar el día 15 de junio del año 763 a C. El resultado fue que la secuencia de fechas, puramente relativas, asociadas con tal acontecimiento, pudo ser establecida en términos de cronología absoluta. Un dato similar fue logrado por F. K. Kugler gracias a las denominadas tablillas de Venus de Ammi-Zaduga, décimo rey de la primera dinastía de Babilonia. Estas tablillas, que se referían a augurios astrológicos, se basaban en observaciones acerca del planeta cuyo nombre recibían, pero su utilidad está condicionada al hecho que los diversos fenómenos astronómicos involucrados se repiten aproximadamente cada 275 años,

dejando al investigador la tarea de escoger entre las fechas más probables.

A causa de sus creencias astrológicas, los babilonios eran asiduos observadores de los cielos, y en una fecha no especificada y desconocida, su observación de las estrellas les llevó al descubrimiento del *saros*, un período de 223 meses lunares, a cuyo fin nuestro satélite ocupa de nuevo casi exactamente su posición original. Es decir, descubriendo las condiciones que determinan que los eclipses de Sol y Luna se repitan con intervalos de 18 años -más exactamente unos 6 585 días- y, a partir de este descubrimiento, los arúspices fueron capaces de predecir la aparición de los fenómenos celestes; éxito que sin duda acrecentó su reputación en el dudoso terreno de la astrología. En cuanto a esto, era tanta la importancia que se concedía a los oráculos que a ningún monarca se le ocurría emprender una guerra, o iniciar un viaje o tomar una nueva esposa, sin asegurarse previamente un buen resultado. De igual modo obraban sus súbditos, los cuales antes de emprender un negocio, o trasladarse a una nueva casa, o engañar a un amigo, se apresuraban a consultar la opinión de los dioses inmortales a este respecto.

Pero no eran los planetas la única fuente de información futura. Para los iniciados, el futuro podía revelarse también en las entrañas de los animales, en el vuelo de los pájaros y en los dibujos que se formaban cuando se derramaba aceite sobre la superficie del agua.

Las predicciones, no es preciso decirlo, estaban estrictamente en manos de los sacerdotes y, sin duda, la creencia en la eficacia indiscutible de tales procedimientos debió de ser artículo cardinal de fe. Pero, según demuestran ciertos textos, incluso en aquellos tiempos remotos hubo escépticos que no estaban dispuestos a aceptar ciegamente la doctrina de la revelación divina bajo la palabra de aquellos cuyo oficio consistía en dispensarla y disfrutar de ello. Además, su pretensión teológica estaba basada en fundamentos éticos, y contra esto se erguía el verdadero y real problema de la miseria y desigualdad humanas. Se preguntaban: ¿Por qué, si los dioses altísimos eran justos, todopoderosos y omniscientes y por lo tanto poseían completo control de los acontecimientos terrestres, permitían prosperar a los malvados a expensas de los buenos, los cuales tantas veces debían soportar injusticias y sufrimientos sin cuento?

Desgraciadamente, no existe respuesta para este grito que surge del corazón y que ha seguido resonando a través de los siglos; e incluso en estas épocas de cultura monoteísta existe la sospecha de que la cuestión sigue sin respuesta y nunca podrá ser contestada.

Los babilonios, gracias a las actividades astrológicas de sus sacerdotes, obtuvieron útiles conocimientos astronómicos; del mismo modo, gracias a su interés por las entrañas de los animales, adquirieron un amplio conocimiento de anatomía, que les proporcionó una considerable reputación por su destreza quirúrgica. Desde luego, los médicos babilónicos, que utilizaron el cuchillo en sus curas, no pudieron

evitar cometer equivocaciones, y la ley que exigía la pena de muerte para los curanderos prescribía asimismo que deberían ser cortadas las manos de un doctor si, tras haber abierto una herida con un escalpo de metal, el paciente moría. Con esta y otras penalidades semejantes pendientes sobre su cabeza, lo sorprendente es que no se prohibiese incluso la práctica de la medicina; desde luego, los médicos babilónicos consiguieron remediar muchas enfermedades humanas por medio de masajes y emplastos y por la juiciosa administración de remedios vegetales y preparaciones minerales. Existen libros de texto que contienen listas de las medicinas apropiadas para aliviar los dolores de cabeza, dientes y ojos, para las mordeduras de serpiente y picaduras de escorpión; tratamientos que se combinaban con poderosos exorcismos destinados a arrojar a los demonios que causaban el daño.

Los textos que registran estos y otros conocimientos de los antiguos habitantes de Mesopotamia atrajeron la atención de un vasto público en los tiempos modernos, cuando George Smith, un miembro del cuerpo de investigadores del British Museum, anunció en 1872 que, mientras examinaba el material recogido por Hormuzd Rassam -el auxiliar y sucesor de Layard-, había hallado una referencia fragmentaria de un relato babilónico acerca del Diluvio. Tal fue la amplitud del interés popular que promovió esta declaración, que el *Daily Telegraph* adelantó la suma de mil guineas para que Smith pudiese visitar Nínive en busca del resto de la historia; y, en efecto, gran parte del material deseado fue recobrado. Más tarde surgieron a la luz otras copias y versiones y se dedujo que las referencias al Diluvio formaban parte de una historia épica que narraba los hechos de la vida de Gilgamés, el hijo semidivino de la diosa madre Nin-Sum, y que esta narración -que en su forma final ocupaba doce tablillas, cada una de las cuales relatava una aventura, en la que el héroe de la historia se hallaba de algún modo implicado- era evidentemente un relato múltiple, compuesto con lo que originariamente fueron una serie de mitos y leyendas desconectadas entre sí.

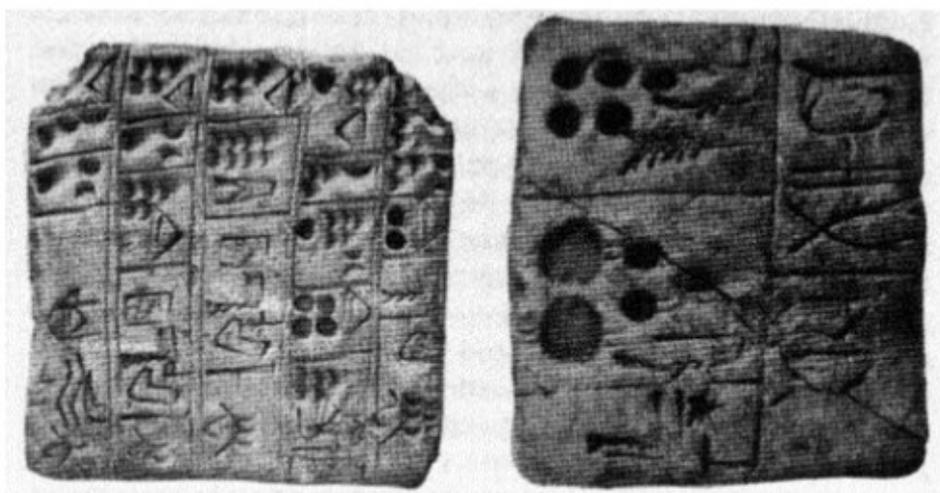
La historia comienza cuando Gilgamés, el quinto hijo y no muy popular rey de Erech, ordena que todos los hombres jóvenes de su reino coadyuven en la construcción de una muralla protectora en torno a la ciudad. La gente invoca a la diosa Aruru para que haga abandonar al rey tan opresivo propósito, y la diosa responde persuadiendo a un cazador llamado Enkidu para que vaya a Erech. El rey y el recién llegado se hacen amigos, y las tablillas de arcilla registran una serie de aventuras que sufren juntos. En el sexto relato, Ishtar, la diosa del amor, se enamora de Gilgamés, pero la víctima predestinada, dándose cuenta de que, si sucumbe a los encantos de la dama, perecerá, desdeña sus caricias. La diosa, al verse despreciada, invoca a su padre Anu para que la vengue y éste responde enviando un feroz toro para que ataque a Gilgamés, el cual, ayudado por Enkidu, consigue deshacerse del peligroso animal.

En la séptima tablilla, Enkidu contrae una espantosa enfermedad, a causa de la cual muere; muerte que nos es relatada en el octavo texto. Las dos partes siguientes de la historia relatan las peregrinaciones de Gilgamés, en busca de un tal Ut-Napishtim, quien goza de la estima de los dioses, y gracias al cual espera Gilgamés escapar del hado adverso que ha motivado la muerte de su amigo. En el transcurso de sus viajes encuentra leones y hombres-escorpión y a la diosa Sabitu, guardiana del mar de la muerte. Al principio Sabitu se muestra poco amistosa, pero por fin logra convencerla de que le permita hacer un viaje, que por fin le lleva a encontrar a Ut-Napishtim. En la undécima tablilla -el diluvio-, Ut-Napishtim revela la extraordinaria estratagema con la que, gracias a la ayuda de uno de los dioses, consiguió escapar de la ira de las alturas. Además, informa a su oyente de la existencia de una hierba que le puede devolver la perdida juventud; Gilgamés logra obtener alguna de las plantas dispensadoras de eterna juventud, pero antes de que consiga sus extraordinarios beneficios le es arrebatada por un genio maléfico en forma de serpiente. En el último episodio -el duodécimo-, el desconsolado Gilgamés recibe el favor de que se le permita ver de nuevo a su llorado amigo Enkidu, el cual le da una impresión poco animadora acerca de la sombría existencia que le espera en el país del que no se regresa.

La historia narrada a Gilgamés por Ut-Napishtim, según aparece en la undécima de las doce tablillas de que consta el poema, describe el modo como los dioses inmortales, reunidos en la ciudad de Shurippak, decidieron eliminar de la tierra a toda la humanidad por medio de una gran inundación. El exterminio debía ser total, pero Ea -en otros relatos Enki-, el dios de los abismos, dirigiéndose ostensiblemente a una cabaña de cañas, logró avisar por este subterfugio a Ut-Napishtim del inminente desastre y le instruyó para que evitase el peligro, mediante la construcción de un gran navío, de una altura de seis pisos, cada uno de los cuales contuviese nueve departamentos. Ut-Napishtim pone manos a la obra inmediatamente, impermeabilizando el barco con brea por dentro y por fuera. Luego lleva a bordo a su familia, junto con una representativa selección de la vida animal, y espera los acontecimientos. Estalla sobre la tierra una terrible tempestad, y tras seis días de lluvias torrenciales, que producen inundaciones sin precedentes, tan sólo siguen con vida Ut-Napishtim y sus compañeros. Al séptimo día termina la tempestad, y la inundación comienza a decrecer lentamente, por fin vuelve a verse la tierra. En el octavo día, la nave queda encallada en la cima del monte Nisir; a continuación Ut-Napishtim suelta una paloma, que no halla lugar alguno en donde posarse y tiene que regresar a la nave; lo mismo sucede con una golondrina enviada al siguiente día. Finalmente envían un cuervo, y, en vista de que no regresa, los náufragos salen del barco y dan gracias por haberse salvado del desastre.

Se han encontrado otras semejanzas entre las leyendas sumero-babilónicas y el

Antiguo Testamento. La biblioteca de Asurbanipal contenía siete tablillas de arcilla en las que estaba inscrita una epopeya de la Creación, conocida por *Cuando en las alturas...* a causa de las palabras con que comienza el texto. El relato consta de unas 994 líneas en total; se refiere al origen del Universo, y describe cómo surgieron los dioses del caos. Las fuerzas del desorden, representadas por Apsu y el dragón Tiamat, fueron derrotadas por Marduk, hábilmente ayudado por Ea y los siete vientos. Tras matar a Tiamat, el triunfante Marduk partió el cuerpo del monstruo y con una de las partes formó el cielo y con la otra la tierra. Luego dispuso el curso de las estrellas y finalmente creó al hombre con una mezcla de barro y sangre. Significativamente la palabra hebrea (*tehom*) que designa el caos acuoso del que surgió el orden es una variante del nombre babilónico Tiamat.



Tablillas de arcilla con inscripciones pictográficas en Jemdet Nasr, Mesopotamia (Brittish Museum).

En cuanto a los acontecimientos que siguieron a la creación del hombre, el nombre del jardín del Edén es una variante de una palabra babilónica (Edinu, llanura) y su supuesta localización en Mesopotamia nos es confirmada por la referencia hebrea a un gran río con cuatro brazos, uno de los cuales se llamaba Eufrates y el otro Hiddekel; es decir, Idigat o Tigris.

También es digno de tenerse en cuenta el descubrimiento de una inscripción sobre un cilindro sumerio que demuestra la existencia de una antigua narración acerca de una mujer hecha con una costilla; relata cómo Enki y Ninhursag, los primeros habitantes del paraíso terrenal, estaban rodeados de ocho frutos prohibidos y nos cuenta que su caída del estado de gracia fue provocada, no por la baja astucia de la serpiente, sino por las tretas de un zorro.

Las correspondencias no se limitan al libro del Génesis. A principios del presente siglo, la expedición de Morgan a Susa descubrió una estela de diorita negra -en tres piezas- cubierta con unas 3 600 líneas de escritura cuneiforme. Su examen reveló que el monumento había sido colocado originalmente en el gran templo de Marduk, en

Babilonia, y que había sido trasladado a la capital elamita por una expedición guerrera. Sobre la estela estaban inscritas las leyes sumero-babilónicas que fueron codificadas por el gran rey Hammurabi, compilación que con sus regulaciones acerca del matrimonio y el divorcio, subida de alquileres y derechos de propiedad, difamación y adulterio, no sólo proporcionaba una vasta información acerca de los asuntos babilónicos, sino que también revelaba una serie de extraordinarios paralelismos con la ley mosaica, repitiendo en ocasiones las frases palabra por palabra.

Lo anteriormente expresado no debe ocasionar sorpresa, al considerar que el Antiguo Testamento incorpora una gran riqueza de material oral que durante un período de más de mil años fue escrito gradualmente por una serie de escribas hebreos, alguno de los cuales estuvo indiscutiblemente en estrecho contacto con los pueblos de Egipto y Babilonia, durante los años de cautiverio.

En cuanto a aquellos que todavía creen que las Sagradas Escrituras de los hebreos son originales, inspiradas e incapaces de error, la existencia de tan extensos textos tomados en préstamo, aunque sea difícilmente refutable, les resultará menos embarazosa que la lista de monarcas babilónicos y persas que se halla en el libro de Daniel, referencia que los relatos profanos demuestran es incompleta, confusa y en parte falsa.

CAPÍTULO IV

ALGUNOS SISTEMAS SUBSIDIARIOS

I

Uno de los mayores éxitos de la investigación arqueológica en el siglo XIX fue el inesperado descubrimiento de que, durante un período de varios cientos de años, floreció en el norte de Siria y de Asia Menor (Anatolia) un poderoso y hasta aquel momento desconocido imperio que, en su día, rivalizó con los de Egipto y Babilonia. Sus fundadores parecían ser los descendientes de emigrantes que hicieron su camino hacia Armenia y Capadocia unos dos mil años antes de Cristo. Estos precursores, identificados con los luwianos, estaban estrechamente relacionados -según sugiere su lengua- con un grupo tribal aun más poderoso que más tarde siguió sus pasos y llegó a absorberlos. En cuanto al pueblo de los hattis -o protohititas^[4]-, los habitantes indígenas de la región así ocupada fueron completamente subyugados por los recién llegados, pero lograron ejercer sobre ellos una gran influencia en el aspecto lingüístico y en otros muchos.

Lo que ahora denominamos Imperio Antiguo del reino establecido por los intrusos está asociado con el nombre de Labarnash (o Tabarnash), 1650 a. C.; el nieto de este gran jefe, Mursil I, transfirió la capital a Hattushash, la principal de las ciudades hititas -ahora Boghaz-Koei = George Village- y muy probablemente la Pteria de Herodoto. Gracias a la conquista de Alepo, Mursil I extendió su esfera de influencia por todo el norte de Siria y, como resultado de un atrevido raid sobre Babilonia, consiguió provocar la caída de la famosa dinastía de Hammurabi. Mursil fue asesinado por uno de sus cuñados, y su muerte fue seguida por un período de inquietud que se extendió por todo el reino. El orden fue restablecido por el rey Telepinush, quien logró triunfar sobre los nobles revoltosos e introdujo una legislación para regular la sucesión al trono.

Respecto a los sucesos que debieron acaecer en los siguientes ciento cincuenta años, sabemos muy poco, excepto que, durante este período, el Imperio Antiguo se desintegró y durante un tiempo el pueblo de Hatti -nombre que le dan los textos babilónicos y asirios- parece haber permanecido bajo el dominio del reino de Mitanni y haber pagado tributo a Tutmosis III de Egipto.

El Imperio Nuevo fue inaugurado por Tuthalija II (alrededor de 1430 a. C.), pero su desarrollo se vio al comienzo frenado por la presencia del reino de Mitanni en el este y por la ocupación de Siria por los egipcios en el sur, y los sucesores de este monarca tuvieron que hacer frente a distintas revueltas en uno u otro distrito.

En realidad, la situación no estuvo plenamente dominada hasta que subió al trono el enérgico Shubiliuluma, lo cual fue logrado por este monarca mediante la adopción de enérgicas medidas en el interior y la realización de astutas maniobras en el exterior. Entre sus vecinos se hallaban los amoritas, cuyo territorio estaba enclavado entre el reino de Mitanni y las ciudades-estado de Fenicia, países que en aquel entonces eran leales a Amenofis III de Egipto. Shubiliuluma persuadió al jefe amorita Abdashirta para que realizase un ataque de diversión contra los fenicios, mientras él dirigía un ejército a través del Eufrates contra el reino de Mitanni. Pero a continuación, Shubiliuluma atacó a los desprevenidos amoritas, quienes, habiendo servido sus propósitos, permitieron que Shubiliuluma se convirtiese en el más poderoso monarca del Asia occidental, ya que pudo añadir a su Imperio la reciente conquista amorita de Fenicia.

Ya se tenía considerable información acerca de estos acontecimientos gracias a los textos egipcios, en donde hay numerosas referencias a un pueblo de un país denominado HT (la habitual versión española es hitita), con el que los egipcios entraron en contacto como resultado de las actividades expansionistas de Tutmosis I, faraón que penetró mucho más allá de los confines tradicionales del valle del Nilo y llegó hasta las terrazas del Eufrates. Esta incursión fue consolidada por Tutmosis III, quien en el transcurso de diecinueve años realizó no menos de diecisiete campañas, gracias a las cuales conquistó Palestina -batalla de Meggido (1479 a. C.)-, Fenicia y Siria.

La historia de cómo fueron perdidas estas conquistas territoriales fue revelada gracias a las cartas de Tell-el-Amarna, verdadera acumulación de correspondencia oficial que fue desenterrada accidentalmente en 1887 por una campesina egipcia. Los documentos, bajo la forma de varios centenares de tablillas de arcilla, estaban escritos en caracteres cuneiformes y en lengua acadia en su mayor parte; el acadio era la lengua de la diplomacia de aquellos tiempos.

Pronto se comprobó que se trataba de una serie de informes de carácter administrativo y político que habían sido intercambiados entre los faraones Amenofis III y Amenofis IV (Akenatón) y varios príncipes extranjeros, unos vasallos de Egipto y otros independientes, entre los que se hallaban los de Babilonia, Asiria y Mitanni. Las cartas demostraron que, mientras Amenofis III, gracias a sus amistosas relaciones con Tushratta, rey de Mitanni -con el cual estaba emparentado por matrimonio con una hija de aquel monarca-, había logrado mantener su control sobre las posesiones asiáticas que había heredado de sus predecesores, en cambio su hijo Akenatón, el

reformador religioso, a causa de su política de estudiado desinterés y negligencia, permitió que aquellas conquistas, adquiridas en arduas campañas, escapasen del dominio de Egipto. En el transcurso de unos desastrosos años, no sólo fueron abandonadas una tras otra todas las dependencias de Egipto, sino que se llegó al punto de que Artatama, el hermano del rey de Mitanni, animado sin duda por la evidente falta de un jefe enérgico en Egipto, se unió a un grupo antiegipto y entró a formar parte de un complot tramado por Shubiliuluma. Este paso provocó la muerte de Tushratta y motivó la pérdida de la independencia de Mitanni.

En el transcurso de los siguientes años, los faraones Seti I y Ramsés II lucharon valientemente, pero en vano, para recobrar el territorio perdido, pero sólo lograron reconquistar Palestina y el sur de Fenicia. La pugna condujo a la batalla de Kadesh, y, aunque públicamente Ramsés declaró que el resultado había constituido una gran victoria para Egipto, privadamente parece haber apreciado la situación de modo más realista.

De todos modos, tras tres descorazonadores años de lucha sofocando una serie de ininterrumpidas rebeliones en Palestina, pudo por fin firmar un tratado de paz y alianza con el enemigo; la esencia de este tratado era que el faraón, como vencedor, recibía otra novia extranjera para ser añadida a su ya impresionante colección de esposas, mientras que el rey hitita, como vencido, retenía la soberanía sobre Siria. A pesar de todo, a partir de este momento comenzó a decrecer el poderío del Imperio hitita, y finalmente Anatolia sufrió la invasión de tracios, frigios y otros pueblos del mar (egeos), aunque los textos asirios siguen refiriéndose a Siria como país de los hattis; en efecto, su capital oriental, Carquemish, resistió hasta el 717 a. C., momento en que fue conquistada por Sargón II. A partir de entonces, el Imperio hitita y su pueblo desaparecieron de las páginas de la Historia.

Gran parte de esta información pudo ser reconstruida gracias a las inscripciones halladas en las regiones circundantes, pero además, en aquella misma región del Asia occidental, se obtuvieron pruebas adicionales que señalaban la existencia en el pasado de un poderoso reino que se había extendido por Asia Menor y Siria.

En 1812, J. L. Burckhardt, un intrépido viajero suizo que arriesgó su vida explorando los países árabes, disfrazado de devoto seguidor de Mahoma -lo cual constituía en aquellos tiempos la única garantía de salvoconducto-, llegó a la ciudad siria de Hama -la antigua Hamath-. En la pared de una casa, en el bazar, observó una piedra cubierta de inscripciones que parecían constituir una forma de escritura jeroglífica, aunque los signos guardaban muy poco parecido con los familiares caracteres egipcios. A su debido tiempo, Burckhardt comunicó su descubrimiento en un relato acerca de sus viajes que publicó años más tarde (*Travels in Syria and the Holy Land*, Londres, 1822), pero pasó más de medio siglo antes de que el asunto llamase la atención de los investigadores. Finalmente, J. A. Johnson y S. Jessup, dos

americanos que visitaban Hama, observaron algunas de estas piedras con inscripciones, embutidas asimismo en los muros de los edificios. La hostilidad de los nativos les impidió realizar copias minuciosas. Este problema se resolvió cuando William Wright, un misionero establecido en Damasco, llegó a Hama acompañado por el gobernador turco de Siria. Este distinguido oficial hizo frente al desagrado del pueblo y ordenó el traslado de las piedras a Constantinopla, aunque Wright obtuvo antes el vaciado de las inscripciones, una copia de las cuales fue enviada por él mismo al Museo Británico.

En distintos lugares de Asia Menor, muy distantes entre sí, habían sido descubiertos asimismo otros ejemplares de aquella extraña escritura, frecuentemente en asociación con piedras esculpidas, o en los alrededores de las ruinas de las antiguas ciudades: en Boghaz-Koei por C. Texier y W. Hamilton, en Ivriz por E. J. Davis y en Bor, Euyuk, Bulharmaden, Sipylos y otros lugares por diferentes observadores. En 1874, Wright se aventuró a adscribir esta escritura a los Hittim (hititas) mencionados por los hebreos, sugerencia que fue recogida por A. H. Sayce, quien más tarde anunció el descubrimiento de lo que él creía era un imperio largo tiempo olvidado.

A la luz en cierto modo incierta de las referencias del Antiguo Testamento, la identificación presentaba, sin embargo, numerosas dificultades, ya que, mientras por una parte indicaban que Siria era la patria de los hititas, por otra este pueblo era localizado junto a los horitas, perizitas, amoritas y jebusitas como otro más de los desdichados grupos tribales que tuvieron el infortunio de residir en la codiciada tierra de Canaán.

Por otra parte, ciertas ideas preconcebidas acerca de diversas afinidades raciales estaban destinadas asimismo a ser transformadas. En efecto, durante largo tiempo se había considerado como un hecho garantizado el origen semita de los hititas -«los hijos de Heth», que habitaron en Hebrón en los tiempos de Abrahán-, y desde luego así parecían afirmarlo los nombres propios mencionados en los relatos hebraicos: Ahumelech, Ephron, Uriah.

Entre las cartas de Tell-el-Amarna había dos documentos dirigidos a Tarchundaraus, rey de Arzawa -un dominio del litoral mediterráneo-, escritos en una lengua desconocida, y significativamente esta misma lengua fue hallada más tarde en algunos fragmentos de textos aparecidos en los alrededores de Boghaz-Koei. Esta prueba lingüística fue estudiada por el investigador noruego J. A. Knudtzon, quien, en 1902, anunció que en el transcurso de su examen de aquellos textos creía haber hallado en ellos características indoeuropeas, teoría que fue saludada con tantas expresiones de duda e incredulidad por parte de los más importantes filólogos que su autor, avergonzado, se vio obligado a retractarse.

A pesar de todo, se reconoció la importancia y posibles implicaciones del texto

hallado en Boghaz-Koei, y Hugo Winckler consiguió una concesión para hacer excavaciones en aquella localidad en nombre de la German Oriental Society. Se realizó una primera campaña de excavaciones en 1906-1907 y otra en 1911-1912, cuyo resultado fue la recuperación de más de diez mil tablillas cubiertas de escritura cuneiforme, la mayoría de las cuales estaban escritas en la lengua desconocida hallada previamente en las cartas de Tell-el-Amarna, la cual así quedó demostrado que era la lengua oficial de los hititas. Otro de los documentos, redactado en acadio, puso de manifiesto que Boghaz-Koei había sido la principal ciudad de aquel imperio y que los Kheta de los egipcios, los Hatti de los babilonios y los Hittim de los hebreos eran un mismo pueblo. Asimismo era evidente que los hititas habían utilizado dos escrituras distintas -cuneiforme para las necesidades cotidianas y jeroglífica para propósitos monumentales- y dos lenguajes distintos: acadio e hitita.

Respecto a esto, la situación era que la escritura cuneiforme -adquirida evidentemente, de forma directa o indirecta, de los babilonios- podía ser leída y comprendida en acadio, y leída, pero no comprendida, en hitita; mientras que la escritura jeroglífica -posiblemente una invención independiente, inspirada en su contrapartida egipcia- no era ni legible ni inteligible. En tales circunstancias era obvio que no existía posibilidad inmediata de descifrar el hitita cuneiforme.

Al morir Winckler en 1913, el estudio de los textos de Boghaz-Koei fue confiado a un grupo de asiriólogos, y casi inmediatamente el investigador checoslovaco Bedrich Hrozony consiguió resultados sensacionales, ya que entre 1914 y 1916 no sólo descifró la lengua, sino que demostró que ésta era esencialmente indoeuropea, tal como ya supuso Knudtzon.

Al principio, Hrozony, por falta de textos bilingües, tuvo que luchar con una colección de signos silábicos e ideográficos que podía leer -partiendo de la base de que la escritura pertenecía a la familiar variedad mesopotámica-, pero no podía entender. En su trabajo se vio auxiliado, aparte de la aparición fortuita de nombres propios, por el hecho de que los escribas hititas hubiesen usado muy a menudo palabras babilónicas, como hace un escritor occidental en la actualidad, cuando utiliza expresiones latinas tales como *viceversa* o *in situ*. De este modo pudo obtenerse el significado de algunas palabras, aunque no la pronunciación hitita. Este proceso se vio asistido por el hecho de que estas palabras sustitutivas estaban colocadas irregularmente; de tal modo la comparación entre los distintos textos permitía obtener mayor información.

Una de estas palabras-signo que descubrió Hrozony fue el ideograma NINDA, que significa «pan», que aparecía en una sentencia cuya transliteración era:

Nu NINDA-an ezzateni, vadar-ma ekuteni.

Gracias a distintas pruebas facilitadas por otros ejemplos, había buenas razones para creer que la terminación -an de NINDA-AN denotaba el acusativo singular. Por otra parte podía suponerse que la palabra «pan» pudiera estar acompañada por un equivalente de la expresión «comer», significado que fue acordado al ezza de ezzateni, cuyo final, por concurrencias asimismo ya anotadas, sugería la frase «tú comes, tú comerás». Además, como las palabras vadar-ma ekuteni eran la contrapartida de ninda-an ezzateni, parecía probable que vadar se refiriese a alguna clase de bebida y en tal coyuntura la palabra «agua» se prestaba a ser considerada. En tal caso ekuteni debía significar «beber» o «beberá», y así la frase completa podría ser:

«Ahora comerás pan, luego beberás agua».

Aceptando que tal interpretación fuese correcta, era evidente la afinidad de la lengua hitita con lenguas bien conocidas:

| <i>Hitita</i> | <i>Alemán</i> | <i>Inglés</i> |
|---------------|---------------|---------------|
| Nu | Nun | Now |
| Ezzateni | Essen | Eat |

Una vez establecidas estas importantes relaciones, fue relativamente fácil detectar otras semejanzas muy estrechas con formas familiares indoeuropeas:

| <i>Hitita</i> | <i>Latín</i> | <i>Inglés</i> | <i>Español</i> ^[5] |
|---------------|--------------|---------------|-------------------------------|
| Uk | Ego | I | Yo |
| Kwis | Quis | Who | Quién |
| Kwiskwis | Quisquis | Whoever | Quienquiera |

Ésta fue, pues, la base del procedimiento utilizado por Hrozony para descifrar la lengua de la escritura cuneiforme hitita y en estos datos se basó asimismo para afirmar que, tanto por su estructura como por su vocabulario, esta lengua era esencialmente indoeuropea. Pero, llevado por su entusiasmo inicial, el investigador le atribuyó bastante más de lo que los hechos justificaban, pues como luego se descubrió, aunque el hitita era, sin duda, básicamente indoeuropeo, la lengua de los textos cuneiformes había sido considerablemente influida por diversas lenguas extrañas a la familia indoeuropea que habían dejado en ella sus huellas.

Dadas estas diferencias, los filólogos se vieron incapaces de aceptar muchos de los significados que Hrozony asignó a las palabras hititas, basándose en el parecido con sus supuestos equivalentes indoeuropeos; y no pocas autoridades, precipitándose no menos inconscientemente de un extremo al otro, rechazaron la totalidad de sus hallazgos.

Sin embargo, la solución de Hrozony era fundamentalmente acertada, según fue demostrado por investigaciones más profundas llevadas a cabo en la siguiente década. Hacia 1925, la mayoría de los más importantes investigadores ya tenían conocimiento de este hecho. A partir de entonces, la comprensión del lenguaje fue progresando de un modo paulatino y razonablemente satisfactorio, y en 1936, E. H. Sturtevant pudo publicar un glosario que incluía más de tres mil palabras hititas y sus correspondientes significados.

Gracias a esta información, se llegó a una total apreciación de la complicada naturaleza de las afinidades raciales de los hititas, puesto que, ya en 1919, Emil Forrer había declarado que entre las tablillas de Boghaz-Koei se hallaban por lo menos ocho lenguas distintas. Entre estas lenguas parecía que sólo el hitita y el acadio habían gozado de estado oficial, puesto que eran las lenguas que predominaban. Pero también había tablillas escritas en la lengua hurriana del pueblo de Mitanni y en la lengua ayra hablada por sus jefes; también había otras tablillas escritas en armerio -lengua que probablemente era estudiada pero no hablada-, en luwiano -lengua relacionada muy estrechamente con el hitita-, en palaico -también de origen indoeuropeo- y hattiano -la lengua de los habitantes aborígenes-. A esta serie de lenguas, actualmente debemos añadirle una novena, puesto que a pesar de las esperanzas puestas en la tesis contraria, es evidente que la lengua de los jeroglíficos hititas, aunque emparentada con la del cuneiforme hitita, no era idéntica.

Entre tanto se habían hecho diversos intentos por descifrar la escritura pictográfica hitita, que se iniciaron casi inmediatamente después del hallazgo de las piedras de Hamath, en 1872, aunque con poco éxito. Un examen preliminar demostró que las líneas de la escritura estaban dispuestas para ser leídas por el sistema llamado de «bustrófedon», y que progresaban alternativamente de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. También parecía que la primera línea de una inscripción podía comenzar por cualquier extremo, aunque se observó que la palabra inicial usualmente se encontraba a la derecha. Desde luego, nunca existió duda acerca de la dirección de la escritura, puesto que las cabezas y otras representaciones gráficas similares invariablemente estaban dirigidas hacia el comienzo de la línea. Pero en estos caracteres había una cosa insólita: en una primitiva forma monumental estaban cuidadosamente esculpidos en altorrelieve, mientras que en un estilo cursivo simplificado, que se desarrolló más tarde, los signos eran incisos (fig. 7).

| | | | | |
|------------|--|--|--|--|
| MONUMENTAL | | | | |
| CURSIVA | | | | |

Fig. 7.- Jeroglíficos hititas (formas monumental y cursiva).

Ya en 1863, A. D. Mordtmann proporcionó una posible pista acerca del significado de algunos de estos signos, cuando publicó una descripción de un sello o colgante de plata que se decía había sido adquirido por un comerciante de Esmirna. Era un objeto en forma de moneda, en cuyo centro aparecía una figura que enarbolaba un bastón; la figura estaba rodeada de pictografías en miniatura y el conjunto estaba encerrado en un recuadro marginal que contenía signos cuneiformes.

Antes de la aparición del relato de Mordtmann, el sello había sido ofrecido en venta al Museo Británico, en donde fue sometido a examen crítico por Henry Rawlinson y Samuel Birch, los cuales llegaron a la conclusión de que era falso -Birch supuso que se trataba de una copia, seguramente un vaciado de un original en piedra; Rawlinson llegó a la conclusión pura y simplemente de que se trataba de una falsificación absoluta-. Ante tan desfavorables opiniones, el Museo declinó la compra, pero se aprovechó la oportunidad para hacer una serie de impresiones en cera.

En 1880, A. H. Sayce, tras un detenido examen, llegó a la conclusión de que las figuras centrales eran jeroglíficos hititas, que estaban rodeados de su equivalente cuneiforme; es decir, que el sello era bilingüe.

Sin embargo, y a pesar de sus méritos, el tan disputado sello Tarkondemos, aun en el mejor de los casos, facilitaba escasa ayuda a los descifradores, puesto que la supuesta contrapartida jeroglífica de sus diez signos cuneiformes contaba tan sólo con seis símbolos, muy poco en relación con los 200 signos y pico con que cuenta esta escritura.

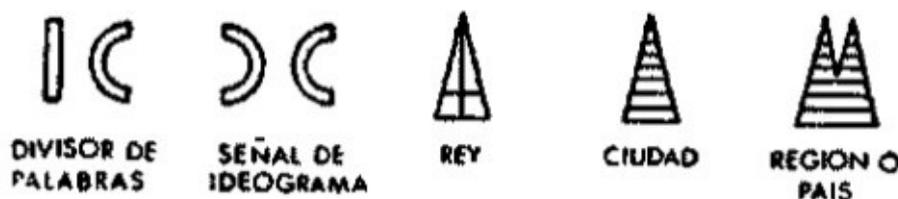
Aunque muchos de los jeroglíficos fueron reconocidos fácilmente, puesto que representaban claramente partes del cuerpo humano, cabezas de animales, artículos de adorno, etc., no constituían gran ayuda cuando se debía determinar los valores exactos, es decir, cómo debían ser leídos, e inevitablemente se cayó en el peligroso campo de las conjeturas. Se llegó al extremo de intentar más de una docena de sistemas distintos y R. H. Thompson, al explicar los resultados alcanzados en un estudio hecho sobre algunos nuevos textos hallados en Carchemish en 1911, como la cosa más natural empezó por explicar lo poco en común que tenían sus

descubrimientos con los otros investigadores, incluyendo a A. H. Sayce, R. Rush, P. Jensen, C. R. Conder y A. Gleye.

Finalmente, los investigadores empezaron a darse cuenta de que poco o ningún progreso se estaba realizando, y, en 1924, Jensen expresó su convencimiento de que, mientras no se descubriese un texto bilingüe extenso, la empresa parecía imposible.

Evidentemente, lo que hacía falta era que se dedicasen a la tarea del descifrado gentes nuevas, limpias de ideas preconcebidas. Necesidad que a su debido tiempo fue solventada por los esfuerzos de cinco investigadores de nacionalidades diversas: H. T. Bossert (Alemania), P. Meriggi (Italia), B. Hrozony (Checoslovaquia), E. Forrer (Suiza) y I. J. Gelb (EE.UU.).

Trabajando al principio independientemente, estos cinco hombres lograron llegar a un acuerdo casi completo acerca de los valores fonéticos de muchos de los signos. La obra de Gelb *Hittite Hieroglyphs I-II-III* (Chicago, 1931-1935-1942) nos proporciona un instructivo atisbo de los métodos empleados. Gracias a los trabajos de sus predecesores, publicados durante los anteriores cincuenta años, Gelb consideró que tan sólo podía aceptar la lectura de doce signos, que se atribuían a Sayce, F. E. Peiser, Jensen, A. E. Cowley y Carl Krak. Entre los signos cuyos significados eran casi seguros estaban:



Aunque Gelb se inclinaba a aceptar la autenticidad del sello Tarkondemos, y también de otros varios sellos bilingües, del mismo modo que hicieron otros autores antes que él, halló una fuente de información más manejable en los nombres geográficos que aparecían en los monumentos. Tanto más cuanto que la presencia de estos nombres estaba indicada por un determinativo apropiado -uno o dos picos de montaña- y por lo tanto no había ninguna dificultad en encontrarlos, aunque su identificación correcta era ya desde luego otra cosa. Por ejemplo, el emplazamiento preciso de Carchemish, ciudad que tenía fama de ser el más importante establecimiento hitita sobre el Eufrates, era desconocido hasta que George Smith descubrió que se trataba de la moderna Jerablus. Por otra parte, aunque era razonable suponer que, si el nombre de un lugar determinado aparecía frecuentemente en un grupo de inscripciones, éstas muy probablemente se referirían a aquella localidad, la referencia no servía de gran ayuda, a menos que se supiese algo acerca de la historia de la ciudad por otras fuentes; por ejemplo, en relatos griegos o asirios que la mencionasen por su nombre.

Cinco ciudades cumplían las necesarias condiciones, respectivamente las de

Haleb, Hamath, Tunni, Gurgan y Carchemish. Entre éstas, Carchemish -cuyo nombre fue leído en primer lugar por Jensen ya en 1894- era la más importante. Su nombre aparecía con gran frecuencia y ofrecía 14 formas distintas, de las cuales la siguiente puede ser considerada como un ejemplo típico:



Gelb observó que el primer signo iba seguido regularmente por un símbolo (ka), pero este signo en ocasiones era omitido, de lo que dedujo que debía servir como complemento fonético. En tal caso, el primer signo debía ser ideográfico. Además, se sabía que aparecía sólo en el nombre de este lugar y en el nombre de un dios que también era exclusivo de Carchemish, de lo que se deducía que el nombre de la ciudad incorporaba el de una deidad patrona. Con la ayuda de la traducción asiria de Carchemish (Karkames), la forma hitita resultaba ser Karka (ka) me-sa-wa-si.

Por este procedimiento fueron establecidos en total los valores de unos veinte signos silábicos. Pero pronto resultó evidente que el método tenía sus limitaciones, y como suplemento a este método, Gelb intentó la pesada tarea de establecer una completa concordancia de todas las palabras (según indicaba la palabra divisora) y grupos de palabras que aparecían en las inscripciones, tarea que determinó una revisión previa de cada signo individual y de sus variantes. A partir de aquí, y trabajando sobre la base de que los jeroglíficos hititas, como forma de escritura, eran divisibles en dos categorías: ideogramas y fonogramas, se esforzó por distinguir unas formas de las otras. En esta tarea le sirvió mucho su lista de palabras, pues mediante un simple examen demostraba que ciertos signos aparecían tan sólo al principio de las palabras y nunca como terminaciones gramaticales. Así consideraba que en una palabra, pongamos de cinco signos, el primero y el segundo, y tal vez también el tercero de estos símbolos, podían ser ideográficos, mientras que los caracteres cuarto y quinto *debían representar valores fonéticos, cuya función era ayudar en la lectura de los signos precedentes.*

El resultado de este razonamiento fue que Gelb llegó a la importante conclusión de que la escritura jeroglífica hitita contenía más de sesenta signos fonéticos, número demasiado grande para que fuesen alfabéticos e insuficiente para que fuesen silábicos. Pero, si la escritura no era alfabética, forzosamente tenía que ser silábica, paradoja para la que ofrecían una respuesta plausible los silabarios japonés y chipriota, en los que el número de signos -respectivamente 47 y 56- es muy reducido, debido a que, por lo menos en la escritura, estos sistemas no distinguen entre consonantes sonantes y asonantes y están reducidos al uso de signos que expresan

bien una vocal sola, o una consonante más una vocal. Partiendo de esta base, Gelb concluía que en los jeroglíficos hititas no había signos que empezasen por vocal -por ejemplo ap-, ni sílabas cerradas -por ejemplo pam- y que tan sólo había sílabas acabadas en vocal -por ejemplo pa- y que las sílabas cerradas tan sólo podían ser representadas mediante el uso de dos sílabas, cada una de ellas terminada en vocal -por ejemplo, *pam: pa y me-*.

En total pudo asignar valores a cerca de cincuenta signos silábicos, más de la mitad de los cuales consideró como razonablemente seguros (fig. 8.). En general, los resultados que obtuvo han sido más tarde plenamente justificados por los hallazgos realizados por otros investigadores, quienes, naturalmente, han aportado sus propias conclusiones -la adscripción por los cuatro del valor wa al más común de todos los signos, la identificación de la letra u por Bossert y Meriggi, gracias a su aparición en el nombre de un rey de Hamath, U(ra) hi-li-na-sa; el reconocimiento de la letra i por Meriggi y Hrozony; la identificación del pronombre relativo y otras formas por Forrer, etc.

Hubo varios puntos sobre los que inevitablemente diferían los cinco investigadores; así, un signo que Hrozony y Gelb estaban convencidos de que representaba la letra e era leído como ra por Bossert y Meriggi. A pesar de todo, en 1949, los cinco especialistas habían logrado establecer una lista de valores fonéticos sobre los que estaban en completo acuerdo. Ahora bien, mientras se hacían tan grandes progresos en el descifrado de la escritura, el problema del lenguaje seguía sin resolver. Así, a pesar de poder leer parcialmente las inscripciones, en gran parte seguían ininteligibles. En tal coyuntura se anunció el hallazgo del extenso texto bilingüe tanto tiempo esperado.

El descubrimiento inicial fue hecho en 1946, cuando Bossert, que se hallaba explorando el terreno al pie de las colinas de los montes del Tauro, en compañía de Halet Cambel, descubrió las plazas fortificadas, enclavadas en la cima de las colinas, de Domuztepe y Karatepe, situadas a ambos lados del río Jeyhan -el Pyramos de los antiguos-. La campaña de excavaciones comenzó en 1947, y, aunque se realizaron algunas prospecciones en las ruinas de la más pequeña de las fortalezas, Domuztepe, las excavaciones más importantes se llevaron a cabo en Karatepe.

| | A | E | I | U |
|---------|---|---|---|---|
| VOCALES | | | | |
| H | | | | |
| K/G | | | | |
| L | | | | |
| M | | | | |
| N | | | | |
| P/B | | | | |
| R | | | | |
| S | | | | |
| Š | | | | |
| T/D | | | | |
| W | | | | |
| Z | | | | |

Fig. 8.- Silabario de jeroglíficos hititas (según I. J. Gelb).

El acceso a esta fortificación consistía en dos entradas en forma de T, flanqueadas por dos losas esculpturadas e inscritas. En cada una de ellas, la parte izquierda de las inscripciones estaba realizada en lengua fenicia antigua, mientras que la de la derecha eran jeroglíficos hititas. Más tarde se descubrió que, aunque la versión semita contenía por lo menos una línea que había sido omitida en su réplica hitita, las dos versiones eran casi idénticas, de suerte que los investigadores tenían por fin en su poder un único texto bilingüe repetido dos veces, texto que además tenía la longitud suficiente como para permitir concebir esperanzas de que se pudiera alcanzar, gracias a ello, una mejor comprensión de la escritura jeroglífica hitita.

Se facilitaron copias de la inscripción semita a diversos especialistas en lenguas

semíticas, en espera de que una interpretación conjunta permitiese contribuir a la futura aclaración de la sección hitita. Gracias a las inscripciones se descubrió que la fortaleza de Karatepe fue mandada construir por un jefe local denominado Zwdt (Asitavandas), cuyo nombre recibió la fortaleza, y que el mismo fue secundado en su intento de apoderarse del trono por un tal Wrk (Avaritus), rey de Dnnjm (Adana). El texto acababa con una imprecación dirigida contra los que violasen la inscripción; pero la maldición no impidió que la ciudadela fuese destruida por el fuego. Diferentes consideraciones permitían deducir que la ciudadela debió de ser construida alrededor del año 700 a. C.

El primer avance en el descifrado de la versión hitita lo marcó la interpretación realizada por Bossert de las diez primeras líneas, que contenían cincuenta y cinco palabras, dando asimismo una traducción; después de lo cual Gelb publicó un análisis detallado, usando líneas cuádruples de impresión que daban: 1º) una correspondencia signo por signo; 2º) su transcripción; 3º) una traducción al inglés, basada en el conocimiento que se tenía de la escritura jeroglífica hitita, y 4.º) una segunda traducción realizada a base del material recién adquirido.

Los puntos tres y cuatro se hallaban muy próximos a un total acuerdo, aunque una comparación con la traducción hecha por Bossert era mucho menos satisfactoria. La conclusión de Gelb fue que, mientras las versiones bilingües de Karatepe confirmaban en general el conocimiento existente de la gramática y la escritura jeroglíficas, parecía muy poco probable que añadiesen grandes pruebas adicionales, si bien prometían facilitar una muy útil ampliación del vocabulario. Pero, como indicaba J. Melink, era indiscutible el gran impacto de tales descubrimientos.

Gracias a los textos de la escritura cuneiforme hitita se han descubierto cosas realmente interesantísimas. La mayor parte de este material fue recuperado en las ruinas de Boghaz-Koei, y gracias a él se supo que la destrucción de la ciudad acaeció mucho antes de 1200 a. C. En ciertos casos, y en virtud del contenido de las tablillas, se les pudo asignar fechas precisas. Así, entre un montón de correspondencia se halló una carta relativa a una solicitud hecha por Ramsés II (1292 a 1225 a. C.) pidiendo el embarque de un metal muy apreciado y realmente maravilloso, el hierro, el secreto de cuya fabricación era, en aquel tiempo, monopolio hitita.

Según J. B. Pritchard, los documentos pueden ser clasificados como históricos, invocaciones, mitología, rituales y de carácter legal.

El material histórico contiene la versión hitita del famoso tratado entre Hattushilish III y Ramsés II de Egipto, cuyos detalles eran ya conocidos gracias a las inscripciones grabadas en las paredes del templo de Amón en Karnak. Teniendo en cuenta que el acadio, según revelaban las cartas de Tell-el-Amarna, era la «lingua franca» de aquella época, era evidente que la versión egipcia, con su referencia a una tablilla de plata enviada por Hattushilish a Ramsés -quien «había colocado los

mojones de sus fronteras en donde quiso, en todos los países»- era una simple traducción. Y gracias al original cuneiforme se supo que la versión egipcia había sido sutilmente enmendada, de modo que pareciese que había sido el faraón quien había conseguido la paz; por lo demás, las dos versiones del tratado eran esencialmente idénticas, estando de acuerdo en que se había renunciado a la agresión, sustituyéndola por una alianza defensiva.

También facilitó información de gran interés histórico otro tratado establecido entre Shubiliuluma y Mattiwaza de Mitanni; en este tratado se describe cómo el rey de los hititas cruzó el Tigris y conquistó una tras otra todas las provincias de Mitanni. Asimismo es interesante desde el punto de vista histórico una narración hallada entre los *Anales* de Shubiliuluma, luego compilados por su hijo Mursil, gracias a lo cual se supo que, cuando el rey se hallaba en el país de Karkamis (Carchemish), envió parte de sus tropas al distrito de Amqa, en las cercanías de Líbano. Esta expedición causó muchas preocupaciones en Egipto, puesto que en aquel momento el país se hallaba sin rey, ya que el faraón había muerto recientemente. Sin duda para evitar mayores daños, y tras madura reflexión, la desconsolada reina viuda -cuyo nombre en la versión hitita es Dakhamun- mandó un enviado especial a Shubiliuluma, pidiendo en matrimonio a uno de sus hijos. Al principio, el monarca hitita se inclinó a considerar esta proposición sin precedentes como un engaño, y dejó pasar el tiempo sin contestar. Pero la reina le reprochó sus sospechas y Shubiliuluma ya no dudó.

La secuela de esta historia, que, desgraciadamente, no tuvo un final feliz, salió a la luz gracias a una referencia hallada en otro texto. Entre varias plegarias que incluyen una «plegaria diaria por el rey» y una «plegaria para ser formulada en caso de peligro», se descubrió la denominada *Plegaria por la peste*, de Mursil. En esta plegaria, Mursil pide perdón a las alturas por sus muchos pecados, entre los que se mencionan el ya citado ataque que hizo su padre contra territorio egipcio. Esta expedición parece que tuvo como resultado la captura de muchos prisioneros y como justo castigo -por lo menos así se lo parecía a Mursil- los dioses hicieron que los cautivos egipcios llevasen una terrible peste al país de los hititas, cuyo pueblo ya había sido afligido por un azote semejante en los pasados veinte años. Y en este relato de dolor se revela asimismo que, aunque Shubiliuluma, actuando de buena fe, había respondido a la petición hecha por la reina de Egipto, enviándole uno de sus hijos para que se casase con ella, el joven fue víctima de una asechanza en el camino, siendo traidoramente asesinado, probablemente por instigación de un rival egipcio aspirante al trono.

No se nombra al culpable, pero el difunto marido de la reina egipcia es denominado en los *anales* Bibhururiyas -un texto paralelo da la variante Nibhururiyas-. Los modernos investigadores consideraron al principio que este Bibhururiyas pudiese ser el mismo faraón Akenatón, pero luego ha sido identificado,

con muchas probabilidades, como uno de los yernos del faraón. En efecto, Akenatón fue padre de seis hijas, pero no dejó heredero masculino y, tras su muerte, el trono fue ocupado durante breve tiempo, y sucesivamente, por dos juveniles herederos, el segundo de los cuales fue el tan conocido Tutankamón, y se cree que fue su consorte, la tercera hija de Akenatón, Enkhosnepaatón, quien escribió ofreciendo el trono de Egipto y su persona a un hijo de Shubiliuluma. En cuanto al conspirador a quien no detuvo ni el asesinato para impedir la intención de la reina de casarse con un príncipe extranjero, tal vez revelase su identidad al ocupar el trono después. Sea como fuere, el siguiente faraón fue el sacerdote Ay, un allegado de Akenatón.

Entre los numerosos, aunque bastante mal conservados, textos mitológicos hallados en Boghaz-Koei, hay copias de la leyenda de Gilgamés escritas en diferentes lenguas, entre las que se incluyen el acadio y el hitita. Series de relatos épicos locales, en los que también intervienen los dioses, se refieren a *La luna que cayó de los cielos*, *La canción de Ullikummis*, un ejemplo típico es la titulada *Monarquía de los cielos*, en la que se habla de los tiempos antiguos, en los que Alalus gobernaba en lo alto. Durante el noveno año de su reinado le fue disputada la jefatura por una deidad poderosa que respondía al nombre de Anus -nombre que a los oídos latinos o anglosajones resultaba bastante raro-. En la lucha por el poder, Alalus fue derrotado y tuvo que refugiarse en el interior de la tierra. Anus gobernó en su lugar hasta que a su vez le fue arrebatado el trono por un tal Kumarbis. Reconociendo la superioridad de su adversario, Anus intentó escapar para salvarse, del mismo modo que hizo Alalus, pero Kumarbis le cogió por un pie, le sacó de los cielos y luego, siguiendo el eufemismo del cronista, «le mordió las rodillas». Habiendo privado al desventurado Anus de su masculinidad, Kumarbis añadió el insulto a la injuria, comiéndose el despojo. La víctima de este ultrajante asalto advirtió solemnemente las horribles consecuencias que tal acto acarrearía, diciendo que como resultado de esta acción se había desarrollado en el interior de Kumarbis una pesada carga, la cual estaba constituida en realidad por tres dioses: el poderoso dios de la tormenta, su servidor Tasisus y el rey Aranzahas (el río Tigris)... A partir de aquí, el texto está muy estropeado, pero parece que el dios de la tormenta, debidamente desarrollado en el interior de Kumarbis, logró escapar de su involuntario huésped, al que derrotó en una batalla. El dios-tormenta asumió entonces el gobierno de los cielos y se convirtió en la principal deidad de los hititas.

Entre los varios rituales que enumeran los textos se hallan algunos destinados a combatir la brujería y la impotencia. Uno de los que se refieren a esta última calamidad comprende procedimientos que exigían ingredientes tales como hogazas de pan, higos, uvas, hierbas y grano y la utilización del vellón de un cordero inmaculado, para no mencionar los servicios de una doncella virgen y de un eunuco.

También había rituales contra la peste y las discusiones hogareñas, y las plegarias

que había que formular antes de erigir un nuevo palacio. Asimismo se trata con bastante extensión el modo de anular los efectos de un augurio adverso. La esencia del procedimiento consistía en llevar a un prisionero de guerra a un santuario, en donde un sacerdote le ungía con el óleo real; tras varias ceremonias, el sacerdote oficiante declaraba: «Este hombre es el rey...» y, dirigiéndose a los poderes del mal, decía: «Perseguido a este sustituto». El prisionero era puesto en libertad y se le enviaba a su propio país. Su alivio ante esta inesperada buena fortuna, sin duda se vería penosamente ensombrecido por la maldición que había sido lanzada sobre él.

Las leyes y regulaciones que gobernaban a los representantes debidamente acreditados de los dioses inmortales sobre la tierra comprenden desde edictos acerca de la limpieza hasta las precauciones que había que tomar contra el peligro de incendio. Según parece, los incendios accidentales de templos se sucedían con tan alarmante frecuencia, que no se consideraba suficiente medida preventiva contra sus devastadores efectos un simple castigo nominal. De aquí que, para prevenir un accidente de esta índole, todos aquellos que se hallasen en el interior del templo en el momento de producirse el siniestro eran condenados a muerte junto con sus familias.

También hay reveladoras referencias acerca del destino que seguían las ofrendas que se hacían a los dioses. Se recordaba a los servidores de los templos, por ejemplo, que eran tan sólo los custodios de los objetos de plata u oro que les fuesen entregados. De modo semejante, cuando se ofrecían a los dioses bueyes cebados como alimento, estaba estrictamente prohibido que los sacerdotes seleccionasen los mejores ejemplares y los sustituyesen por bueyes flacos de su propiedad...

Había disposiciones dirigidas a los oficiales de la guardia y a los miembros del personal del palacio real. Las instrucciones destinadas a estos últimos estaban destinadas a «asegurar la pureza del rey». Hay una referencia a la falta de cuidado en la preparación de las comidas reales, en la que se advierte que «el dios del rey, si no el rey en persona, siempre estará vigilando»; los portadores de agua son requeridos para que mantengan limpio el contenido de sus cántaros, y se cita una ocasión en la que el ojo real observó un pelo en la bebida, descubrimiento que provocó la muerte del culpable de negligencia, un tal Zuliyas. Los zapateros son conminados a usar tan sólo las pieles de los becerros procedentes de la cocina del palacio. Todos los que formaban parte del personal de palacio, desde los cocineros hasta los panaderos, y desde los coperos hasta los servidores de la mesa real, debían prestar juramento de lealtad al rey cada mes.

Al pueblo en general se le aplicaba un cuerpo de leyes que estaba inspirado evidentemente en el antiguo Código de Hammurabi. La colección de leyes está representada por dos tablillas; parece que hubo una tercera que se ha perdido, conocida por *Si alguno...* a causa de la frase que inicia muchos de sus puntos. Según la costumbre de aquel tiempo, se hace en estas leyes una clara distinción entre el

hombre libre y el esclavo, y las compensaciones monetarias que debían ser pagadas a este último usualmente eran la mitad de lo que se debía dar al primero. Así, la multa que había que pagar a un esclavo por morderle la nariz era de quince shekels de plata -el precio de un caballo-, mientras que si la persona herida era un hombre libre la suma que recibía era doble. De modo semejante, la mutilación de una oreja estaba multada con seis o doce shekels, según la categoría social de la víctima. Inexplicablemente, un mordisco en la nariz parece haber sido considerado un daño mucho mayor que la pérdida de los dientes -por un puñetazo- o de un ojo. Estos daños menores (?) costaban al agresor de diez a veinte shekels, respectivamente. Las multas impuestas a los ofensores variaban asimismo de acuerdo con su categoría social. Un hombre libre que mataba una serpiente, mientras pronunciaba el nombre de otro hombre, era condenado a una multa de una mina de plata (cincuenta shekels), mientras que si un esclavo cometía esta grave falta era condenado a muerte. Otras disposiciones se referían a una larga serie de situaciones familiares probables e improbables y a las relaciones entre los sexos. Pero la más importante causa de inquietud, a juzgar por las muchas leyes que a ella se refieren, era la enorme cantidad de robos. De los doscientos y pico de delitos detallados en las dos tablillas, más de una cuarta parte se refiere a hurtos de una u otra clase. La naturaleza de estas leyes puede ser deducida de una disposición que enuncia que, si un perro devora una cantidad de manteca de cerdo y el propietario de la manteca lo advierte, éste está legalmente autorizado para matar al perro y recuperar de su estómago la manteca robada.

II

Desde el extremo norte del golfo Pérsico, extendiéndose por un amplio arco que se prolonga a lo largo del valle del Tigris y el Eufrates hasta Carchemish, incurvándose a partir de aquí hacia el mar y siguiendo la zona costera del Mediterráneo en dirección a Egipto, hay una amplia zona cultivable que forma un gran semicírculo al que J. H. Breasted, contrastándolo con la barrera de montañas y desiertos que lo bordea por ambos lados, aplicó muy acertadamente el nombre de *Creciente fértil*. Desde el 3500 a. C., aproximadamente, en adelante, se cree que se fueron filtrando en esta ubérrima región, desde las inhospitalarias tierras de la península arábiga, una sucesión de pueblos emparentados entre sí lingüísticamente,

pero no racialmente.

Entre los primeros de estos pueblos emigrantes se hallaban los predecesores de los acadios y los babilonios, que con intervalos de más de mil años fueron seguidos por los amoritas, de los que surgieron los cananeos, los arameos -de cuya familia los hebreos constituían una rama- y los nabateos. Inevitablemente, los llegados en último lugar tendían a usurpar las adquisiciones de los que les precedieron, y así sucedió que los nabateos desposeyeron a los edomitas -quienes previamente habían despojado a los horitas-, mientras que los israelitas ocuparon violentamente la mayor parte del país de Canaán -según todas las versiones, basándose en la razón bastante endeble de que les había sido prometida, al parecer sin preocuparse por el triste destino de sus anteriores habitantes-. Los cananeos supervivientes, que no fueron absorbidos por los intrusos, retuvieron tan sólo una estrecha zona del país, a lo largo de la costa mediterránea -lo que constituye actualmente Líbano y Siria-, que más tarde fue denominada Fenicia por los griegos.

Las fronteras de esta región no estaban definidas de un modo preciso y su longitud costera varió a través de los siglos desde 150 a 200 millas, según los avatares de la situación política del momento. En esta fluctuante y restringida área, los cananeos pronto agotaron los posibles recursos agrícolas y para evitar la muerte por inanición se vieron obligados a explotar el mar tanto como la tierra. Afortunadamente, los montes del Líbano estaban bien provistos de cedros, y esta riqueza en madera proporcionaba un material inmejorable para la construcción de barcos. Además, desde las alturas de aquellas montañas podía verse la distante línea de la costa de la isla de Chipre, y tras las primeras visitas a la isla establecieron en ella una colonia.

Lanzados a una existencia de navegantes, los fenicios emprendieron la exploración de los países adyacentes y realizaron intercambios de mercancías con los habitantes indígenas. De este modo, de simples mercaderes se convirtieron en fabricantes; uno de sus productos más reputados era un bellissimo tinte purpúreo, que extraían de ciertos moluscos y con el que solían teñir los tejidos que hacían con la lana proporcionada por los corderos de las tribus vecinas. Más tarde, en su doble papel de productores y mercaderes, crearon un gran imperio comercial y sus productos y servicios llegaron a ser conocidos por todo el ámbito del Mediterráneo. Finalmente, los intrépidos marineros fenicios se aventuraron más allá de las columnas de Hércules -estrecho de Gibraltar- y se enfrentaron con las enormes olas del Atlántico y observaron el inexplicable fenómeno de las mareas. En ese nuevo mundo que se abría ante ellos fundaron la ciudad de Gades (Cádiz) en España y visitaron las islas de Scilly -si no fue Cornualles, como suponen algunas autoridades- para abastecerse de estaño. Pero su mayor éxito como marinos lo lograron a instigación del faraón egipcio de la 26ª dinastía Neco (609 a 593 a. C.), quien se dice que había

hecho abrir de nuevo un antiguo canal que unía al Nilo con el mar Rojo. Desde este punto de partida, los fenicios navegaron en dirección sur, costeando y desembarcando cada otoño para plantar y recoger grano que les permitiera subsistir. En el tercer año de este viaje sin precedentes, vieron por fin ante ellos las familiares columnas de Hércules y alcanzaron de nuevo Egipto, tras haber circunnavegado el continente africano.

Herodoto expresó ciertas dudas acerca de tal empresa, sobre la base de que los viajeros declaraban que en el curso de sus viajes observaron que el Sol se veía a su derecha, detalle que se suponía increíble, que difícilmente habría podido ser inventado y que actualmente nos confirma la veracidad del relato y de su proeza.

No menos importantes fueron las actividades culturales engendradas por las peregrinaciones de los fenicios. Es de suponer que, en los países extranjeros en donde establecieron sus factorías, los habitantes locales fueron empleados en calidad de agentes y, como tales, iniciados en los misterios de la lectura, la escritura y el cálculo; de esta manera sin duda, y no por medio del legendario Cadmo, recibieron los griegos la escritura semítica, si no en la forma de un alfabeto consonántico -como se sostuvo durante mucho tiempo-, por lo menos como un silabario sin vocales -como sostiene Gelb-.

Hasta la segunda década del presente siglo, el más antiguo ejemplo de esta escritura era el hallado sobre la Piedra Moabita; la línea 34 de esta inscripción conmemora el éxito que coronó la rebelión del rey Mesha contra Ahab de Israel (869-850 a. C.). Desde entonces se han hallado nuevas inscripciones -por ejemplo, la existente sobre el sarcófago de Ahiram- que hacen retroceder la denominada escritura alfabética varios cientos de años; lo cual sugiere que, desde el 1550 a. C., los cananeos estuvieron muy atareados haciendo experimentos con media docena de sistemas de escritura distintos, los cuales incluían el cuneiforme.

Antes de 1930, poca cosa se había hallado en cuanto a relatos históricos, o de otra clase cualquiera, que pudiesen ser atribuidos a los cananeos, y, aunque a regañadientes, se llegó a la conclusión de que los documentos perdidos debían haber sido escritos sobre materiales deleznable -tales como papiro o pergamino- y que habían desaparecido. Esta supuesta pérdida era particularmente lamentada por los investigadores bíblicos, que, recordando los paralelos de Babilonia y Egipto que se encuentran en el Antiguo Testamento, habían alimentado la esperanza de que, al narrar la conquista de la tierra de Canaán, alguno de los libros posteriores, por ejemplo los de Job, Ezequiel e Isaías, pudiesen proporcionar pruebas acerca de la influencia ejercida por los cananeos sobre los hebreos, y que un estudio de la fuente de tales préstamos podría facilitar aclaraciones posiblemente acerca de algunos pasajes bíblicos oscuros o de difícil interpretación.

Por otra parte, ya se habían hallado numerosas referencias a Fenicia en textos

extranjeros, sobre todo en los de Egipto. La denominada «Piedra de Palermo» -parte de una estela egipcia de tiempos de la quinta dinastía- relata que el faraón Snefru (hacia 2650 a. C.) envió una expedición por mar hacia un puerto de la costa del Líbano, en donde sus representantes adquirieron 40 cargamentos de troncos de cedro para la construcción de barcos y otros usos. A partir de este momento, él y sus sucesores mantuvieron un interés de propietarios sobre el área fenicia, hasta que, con el advenimiento al trono de Tutmosis III, casi la totalidad de Fenicia fue conquistada por Egipto. A partir de entonces, el territorio estuvo bajo el dominio de los faraones durante más de cuatro siglos, hasta que fue perdido por el Imperio a causa de la indiferencia de la metrópoli, y por las intrigas exteriores, según nos revelan las cartas de Tell-el-Amarna.

Esta famosa y muy informativa correspondencia nos pone de manifiesto asimismo que hacia el 1200 a. C., la costa de Fenicia, desde el monte Carmelo hacia el norte, estaba cubierta de ciudades-estado que poseían ciudades y puertos de considerable importancia -Acco, Sidón, Tiro, Beritus, Biblos, Simyra, Arvad y Ugarit-.

Con una sola excepción, los enclaves de aquellos puertos, una vez famosos, fueron prontamente identificados. Acco, la moderna Acre, se hallaba mencionada en la lista de las conquistas de Tutmosis III, mientras que en las cartas de Tell-el-Amarna su rey es acusado por Burraburiash II, rey de Babilonia, de saquear sus caravanas. Como escala hacia el rico llano de Esdraelón y hacia el sur de Galilea, la ciudad tenía una gran importancia estratégica y era uno de los objetivos asignados por el alto mando hebreo a la tribu de Asher -que no consiguió conquistarla-.

La fabulosa Tiro, ahora conocida por su nombre árabe Sur -roca-, fue construida sobre una isla adyacente a tierra firme, localización que la hacía difícil de asediar -resistió el ataque de Nebuchadrezzar durante más de trece años (585-573 a. C.)-. Su reputación de ciudad inexpugnable fue hecha añicos cuando Alejandro el Grande, en su ruta hacia Egipto, después de haber derrotado a los persas en la batalla de Isos, solventó el problema del asalto militar mediante la laboriosa construcción de un espolón desde la orilla hasta la isla y tomó la ciudadela por asalto en sólo siete meses, después que 8 000 tirios pagaron con sus vidas su temeridad y otros 30 000 fueron vendidos como esclavos.

La no menos célebre Sidón, proclamada como la madre de Tiro, alcanzó tal fama, en el tiempo de Homero, que dio su nombre a la totalidad de Fenicia, cuyos pobladores fueron conocidos como sidonios. La actual Saida es una de las más antiguas poblaciones costeras, y ya en la primera centuria después de Jesucristo su reputación era tan grande, que Josefo adjudicaba su fundación a un nieto de Noé. Su larga y tormentosa historia tuvo un período de oscuridad, como resultado de una rebelión contra Artajerjes, levantamiento abortado en cuyo transcurso la ciudad

entera fue pasto de las llamas y 40 000 de sus habitantes perecieron abrasados en sus hogares; después de lo cual, el apesadumbrado monarca se consoló a sí mismo vendiendo el montón de cascotes calcinados por el valor de la plata y el oro fundidos que contenía.

En cuanto a los tres puertos mencionados en los textos egipcios, Beritus ha sido identificada con la moderna Beirut, Biblos es la actual Jebail, Simyra ha sido reconocida como la moderna Sumra y Arvad o Aradus -que, como Tiro, estaba situada en una isla- es ahora Ruad. Solamente Ugarit y su posible localización permanecían desconocidas y ocultas; a pesar de los muchos esfuerzos realizados por parte de arqueólogos y de otros investigadores, todos los intentos hechos para determinar su emplazamiento habían fracasado, y, cuando finalmente el misterio fue resuelto, lo fue por accidente.

Unas millas al norte de Latakia -la antigua Laodicea-, frente a Chipre, en la costa de Siria, está Minet-el-Beida, el Puerto Blanco de los griegos. En sus cercanías, el 25 de abril de 1928, mientras se hallaba labrando sus campos, un nativo encontró una losa y al levantarla descubrió que cerraba la entrada de un pasadizo subterráneo.

El pasadizo conducía a una cámara mortuoria que el descubridor procedió a saquear como de costumbre. Pero ciertos rumores acerca del hallazgo llegaron a los vigilantes oídos del gobernador local, quien comunicó las noticias al Departamento de Antigüedades de Beirut. El resultado de esta gestión fue la inmediata visita a la tumba de C. Virolleaud, quien tan sólo halló en ella algunas cosas desprovistas de interés. Pero cuando René Dussaud estudió más tarde en París un plano del sepulcro, observó inmediatamente un estrecho parecido entre esta tumba y las tumbas abovedadas de Micenas, mientras que entre los mencionados restos encontraron fragmentos de cerámica egea pertenecientes al segundo milenio antes de Cristo.

En vista de estas pruebas de influencia ultramarina, que indicaban la existencia de un antiguo puerto de mar por aquellas cercanías, el «Institut de France» envió una expedición arqueológica a aquella zona, bajo la dirección de C. F. A. Schaeffer, con Georges Chenet como colaborador y compañero.

Los trabajos de excavación fueron iniciados exactamente un año después del descubrimiento inicial; al principio, en las cercanías de lo que se comprobó era una necrópolis, y luego junto al montículo de Ras-Shamra («Colina de los hinojos»), un montículo de unos 18 metros de altura cubierto de la aromática planta de la que toma su nombre. En esta colina, que era en realidad una enorme acumulación de escombros, hecha por el hombre, se descubrió lo que resultó ser el emplazamiento de la antigua ciudad a la que pertenecían la necrópolis y el puerto de Minet-el-Beida; es decir, Ugarit, la ciudad tan largamente buscada.

Las cosmopolitas relaciones de esta ciudad cananea fueron demostradas por la variada naturaleza de los hallazgos que se realizaron. Además era evidente que estas

relaciones habían variado según los tiempos. Se hallaron, por ejemplo, fragmentos de una gran esfinge hecha de piedra verde, que llevaba inscripciones jeroglíficas que demostraban que la escultura era un regalo hecho a la ciudad por el faraón Amenofis III. Pero esta y otras estatuas egipcias habían sido rotas deliberadamente, sin duda por instigación del rey amorita Abdashirta, o por los seguidores del intrigante Shubiliuluma, cuyos tortuosos designios respecto a Fenicia sirvió el incauto Abdashirta. Sea como fuere, también se desenterró una estatua de la deidad hitita Teshub.

Gracias a estas y a otras pruebas, lentamente fue reconstruyéndose algo de la historia de la ciudad. El nivel inferior del montículo mostraba signos de ocupación durante el período neolítico -tercer milenio a. C.-. Entre 3000 y 2000 a. C., señales de un cambio étnico demostraban la llegada de los cananeos, quienes más tarde establecieron estrechos lazos con Egipto. Desde 1750 a 1500 a. C., esta asociación fue interrumpida por la invasión del valle del Nilo por los hicsos, pero prosiguió más tarde ininterrumpidamente hasta el período de Tell-el-Amarna. Como resultado de las incursiones hititas, el rey de Ugarit reconoció a la fuerza la soberanía de Shubiliuluma, según nos lo demuestran las copias de su correspondencia con aquel poderoso monarca. Más tarde, la ciudad volvió a estar una vez más bajo el control de Egipto y así continuó hasta que fue invadida por aqueos procedentes de Micenas. El golpe final cayó sobre la ciudad a mediados del siglo XII a. C., cuando fue invadida por los asirios, bajo el rey Teglathalasar I, en el curso de cuya campaña Ugarit fue totalmente destruida. Lo curioso del caso es que, gracias a esta destrucción total, quedó preservado para la posteridad el más importante de todos los hallazgos que facilitó la ciudad: fragmentos de la literatura cananea que aparecieron inesperadamente, bajo la forma de tablillas de arcilla inscritas con caracteres cuneiformes. El primero de estos preciados textos fue descubierto en el segundo mes de prospecciones arqueológicas (mayo de 1929) y condujo al descubrimiento de una habitación dividida por tres pilastras, que evidentemente había servido de biblioteca. El examen de los documentos produjo otra sorpresa. Aunque algunos estaban escritos en la conocida escritura acadia, la mayoría presentaba una escritura desconocida, que parecía consistir en no más de veintisiete caracteres cuneiformes, aparentemente alfabéticos, número que más tarde aumentó hasta treinta.

Muchas de estas inusitadas tablillas se hallaron bastante más tarde. Las primeras, unas cincuenta, en su mayoría simples fragmentos, fueron publicadas con loable rapidez por Virolleaud, quien simultáneamente se interesaba en el problema de su descifrado. También se ocupaban en ello Hans Bauer, de la Universidad de Halle, y el sabio francés P. Dhorme, que en aquel entonces se hallaba en la «École Biblique» de Jerusalén. Los tres eran especialistas en lenguas semíticas -como veremos, éste era un requisito indispensable- y además Bauer y Dhorme poseían un considerable

conocimiento de lenguajes cifrados -Dhorme había sido condecorado por el Gobierno francés por cierto trabajo de este género, realmente notable, que realizó durante la Primera Guerra Mundial-.

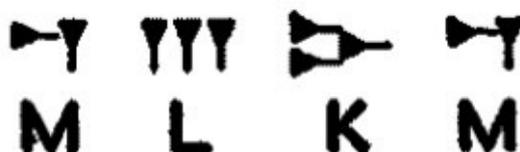
Al principio, el problema se presentaba mucho más difícil de lo que ahora pueda parecer, puesto que no se conocía ni la lengua ni la escritura. El hecho de que hubieran sido utilizados los caracteres cuneiformes sugería que los inventores de tal escritura debían haber estado influidos por la convencional escritura acadia. Pero aquí terminaban las similitudes, aparte del hecho de que ambas escrituras progresaban de izquierda a derecha. Sucedió algo así como si las familiares letras romanas de hoy en día hubieran sido adoptadas para su uso en un nuevo alfabeto, en el cual los valores fonéticos aceptados hubiesen sido cambiados, y que además en la nueva refundición hubiesen añadido algunos símbolos nuevos. Por otra parte, el corto número de signos sugería que la escritura debía ser alfabética o, en todo caso, fonética. Con lo cual, y según el principio cardinal de la teoría del descifrado, una escritura de tal clase es susceptible de ser interpretada *si puede determinarse el lenguaje subyacente*.

¿Cuál era este lenguaje? Al considerar esta importante cuestión, los descifradores llegaron independientemente a la conclusión de que la respuesta más probable, teniendo en cuenta las condiciones geográficas y otras circunstancias, era que debía ser una lengua semítica, con toda probabilidad un dialecto cananeo (fenicio). Esta presunción básica estaba sostenida por una serie de consideraciones, por ejemplo, por una evidente tendencia al trilateralismo -muy convenientemente las palabras estaban separadas en algunas tablillas por trazos verticales-, por lo que parecían ser ciertas características gramaticales y por el descubrimiento de una palabra hebrea grzn (garzen) sobre un hacha.

En una herramienta de bronce similar a la mencionada halló Virolleaud media docena de caracteres, que consideró debían ser el nombre del propietario o del artesano que la hizo -en realidad, los símbolos representaban el título *rb khnm*, como más tarde demostró Dhorme-. Los mismos seis caracteres aparecían asimismo al principio de una de las tablillas, en donde estaban precedidos por tres trazos verticales. Virolleaud supuso audazmente que el texto era una especie de carta, o comunicación similar, dirigida a una persona que llevaba el nombre -o título- que había descubierto ya en otro lugar, y que los tres trazos representaban la preposición «a»; así, por ejemplo, las palabras iniciales de la carta mencionada eran leídas por él como: «A *rb khnm*», y de acuerdo con ello identificó los tres trazos verticales como el *lamed* semítico, «a», y dio al signo en cuestión el valor «l». Compiló una lista de todas las palabras que pudo encontrar que contenían este signo e investigó entre los posibles equivalentes semíticos, en particular entre las expresiones y títulos más comunes. Pronto dio con la palabra tríltera M L K:



que sugería la palabra hebrea *mlk* (rey), significado que parecía muy probable y que fue confirmado por una palabra similar de cuatro letras que evidentemente era su plural *M L K M*:



Otra palabra que contenía la letra indicadora «l» se descubrió que era el nombre del dios Baal:



otras palabras fueron identificadas como correspondientes a los números «3» y «30».

Virolleaud había hallado, pues, las letras *l, m, k, b, a, s* y *t* (de B'lt); cuando se hallaba en tal punto encontró una tablilla que parecía ser una cuenta detallada, y que contenía una columna de cifras. Consiguió distinguir las palabras *h m s* (5), *s s* (6), *s b'* (7), *s m n* (8), *'s r h* (W), *h m s 's r h* (15) y *s m n 's r h* (18), y tras esto el descifrado fue casi automático; *g* fue dado por *D g n* (Dagon) y confirmado por *g p n* (vino); *z* fue obtenida de *z t* (oliva) y la prueba demostrativa de que este valor era correcto la facilitó *a r z* (cedro), *z m r* (cantar) y *'z* (fuerza). De modo similar *t* fue revelada por *ht* (cetro), *t b* (bueno) y *s p t* (juez); la *s* por *k s e* (trono), etc.

Entre tanto, Dhorme y Bauer trabajaban sobre pistas similares, aunque durante un tiempo este último estuvo perplejo ante el uso en una docena o más de ocasiones de la *s* como un sufijo, hasta que finalmente comprendió que esta letra era una abreviatura de la palabra «cordero». Bauer había comenzado por determinar la relativa frecuencia con que aparecían los diferentes signos, y luego intentó identificar ciertos sufijos, prefijos y palabras monosilábicas con la ayuda de su conocimiento de los probables equivalentes semíticos occidentales, y por el hecho de que en esta

lengua las letras *k*, *m* y *w* pertenecían a tres categorías.

De este modo consiguió los siguientes valores alternativos para varios de los caracteres desconocidos, numerados aquí de 1 a 4.

1 ó 2 = w

2 ó 1 = m

3 ó 4 = n

4 ó 3 = t

De allí en adelante, usando la técnica de la palabra probable, Bauer buscó y halló la palabra «rey», verificando de tal modo que 2 = *m* y de aquí que 1 = *w*. También tuvo éxito al descubrir los números 3 y 4 y los nombres de las principales divinidades, entre ellas El, Baal y Astarté, y fue también el primero que publicó un descifrado preliminar en el *Vossischen Zeitung*, el día 4 de abril de 1930.

El investigador americano W. F. Albright, que casualmente se hallaba en Jerusalén en el verano de ese año, mostró una copia del informe de Bauer a Dhorme, quien enseguida observó que Bauer se había equivocado en dos de sus valores. En efecto, el investigador alemán, siguiendo a Virolleaud en su búsqueda de palabras que contuviesen la letra «l», había identificado correctamente Baal, y provisto de tal modo con la consonante «b» había leído en otra parte *b n* como *b t* y viceversa. Esta confusión de la «n» con la «t» y de la «t» con la «n», como puede fácilmente suponerse, había afectado de modo adverso sus propósitos de identificación de las palabras semíticas, en frases tales como la inglesa *Not now but next month* (no ahora, sino el mes que viene), que fueron transcritas por «*Ton tow tub texn motnh*».

Una vez corregido este error, simple pero capaz de inducir otros más profundos, Dhorme pudo realizar un rápido avance, elevando el número de símbolos identificados correctamente a 20. Bauer, a su vez, reconoció este importante avance y hacia el mes de octubre añadió cinco valores más al total; Virolleaud por fin redondeó la empresa. De este modo, entre los tres investigadores resolvieron el problema del lenguaje y la escritura de Ugarit en cuestión de pocos meses -los puntos esenciales de las investigaciones de Bauer fueron completados tan sólo en una semana-, uno de los casos más rápidos de descifrado que se conoce.

Unos veinte años después de esta hazaña, el contenido de una pequeña tablilla, desenterrada en el transcurso de posteriores excavaciones realizadas en Ras Shamra, vino a proporcionar nueva información. Este documento facilitó un abecedario completo de la escritura cuneiforme, que quedaba demostrado consistía en treinta signos, entre los cuales se incluían los veintidós caracteres convencionales fenicios, colocados en su orden correcto, interpolados con consonantes adicionales, algunas de las cuales se sabía que habían desaparecido de la lengua semítica occidental más o menos durante el siglo XII a. C. (fig. 9).

Además, la identidad de la ciudad de la colina de Ras Shamra, que Emil Forrer,

poco después de la llegada de Schaeffer, había sugerido que podía ser Ugarit, fue establecida sin ninguna duda, por referencias contenidas en otras tablillas, una de las cuales daba el nombre de un jefe local *N g m d* (vocalizado como Niqmadda), entre cuyos títulos estaba el de *M l k U g r t*, rey de Ugarit.

Otros textos, tales como pizarras de escolares sobre las que una misma palabra había sido escrita numerosas veces, indicaban que había existido una escuela para escribas en la vecindad de un templo dedicado a Baal. Uno de los maestros, un sacerdote llamado Rabana, había compilado un diccionario para sus discípulos, y había escrito su nombre en el margen. También era evidente que en este colegio teológico se habían enseñado varias lenguas extranjeras, entre las cuales se incluía el sumerio (para propósitos eruditos y eclesiásticos) y el acadio.

| | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|
| A | → | Y | ⇓ | P | ⇐ |
| B | ⇓ | K | ⇐ | Š | ⇓ |
| G | ⇓ | Š | ⇓ | Q | ⇐ |
| H | ⇓ | L | ⇓ | R | ⇓ |
| D | ⇓ | M | ⇐ | T | ⬠ |
| H | ⇓ | Š | ⇐ | Ĝ | ⇐ |
| W | ⇓ | N | ⇓ | T | ⇐ |
| Z | ⇓ | Z | ⇐ | I | ⇓ |
| H | ⇓ | S | ⇓ | U | ⇓ |
| T | ⇐ | • | ⇐ | Š | ⇓ |

Entre los documentos hallados, los de carácter legal estaban representados por un decreto ordenando el arresto de ciertos bribones contumaces y por el testamento de un digno ciudadano que dejaba todas sus posesiones terrenas -incluyendo sus servidores de ambos sexos- a su esposa Bidawa y requería a sus dos hijos Jaatlinu y Jaanhama que la obedecieran siempre, bajo la amenaza de ser arrojados del seno del hogar familiar y el pago de una multa de 500 monedas de plata al rey.

Otros datos ilustrativos sobre la existencia diaria en Ugarit fueron proporcionados por el contenido de un manual acerca del manejo de los caballos, incluyendo aquellos animales que mostraban cierta tendencia a relinchar o morder demasiado, y unas listas encabezadas por la palabra *Ganba* (precio) que revelaban el procedimiento establecido de regateo del mercado local. Esta lista daba no sólo el precio más alto -con el que empezaban las negociaciones-, sino también el precio más bajo -con el que terminaba el regateo- y también el precio bruto, el precio neto, el precio fijo, el buen precio, el precio mejor y el precio de la ciudad.

Pero el contenido de la mayoría de las tablillas era de carácter mitológico y religioso; un ejemplo representativo es la *Leyenda de Keret*. El relato comienza con la historia de Keret, uno de los primeros reyes de Sidón, trágico personaje que tuvo la desventura de perder a toda su familia: sus hermanos, su esposa y sus hijos. De éstos una tercera parte murió en salud, una cuarta parte de enfermedad, una quinta parte sucumbió a una peste indeterminada, una sexta parte fue víctima de una calamidad no especificada y una séptima parte cayó bajo el filo de la espada -es fácil advertir que el autor de este relato de desventuras no era un matemático-. En tan terribles circunstancias no es extraño saber que las lágrimas del desconsolado monarca caían sobre la tierra como si fuesen shekels y tan copioso era su fluir que el lecho real quedaba empapado cuando el infeliz soberano sollozaba en sueños. Pero durante su sueño apareció ante él el dios El y solícitamente inquirió -como si no estuviese ya enterado- la razón de tan lacrimoso desconsuelo. Tras haberse descargado de sus pesares, el rey recibió instrucciones para que realizase ciertos ritos y recluíase a continuación un ejército de 300 000 hombres armados. Una vez realizadas las órdenes, el rey debía marchar en cabeza de estas huestes durante seis días en dirección de Udum, cuyo rey Pabel tenía una bellísima hija denominada Hurriya; esta muchacha no sospechaba que estaba destinada a ser la esposa de Keret y a darle muchos hijos. Para lograr este preciado premio, Keret debía atacar Udum, cuyo rey en el séptimo día del asedio le enviaría dos mensajeros provistos de oro y plata, en un desesperado intento para que desistiera de su empresa. Pero la plata y el oro serían rechazados y en su lugar solicitaría la mano de la princesa Hurriya.

Al despertar, el rey Keret siguió estas instrucciones y a su debido tiempo obtuvo la mano de la bellísima Hurriya. Los dioses inmortales se reunieron y Keret y su novia recibieron la bendición de El y en los años siguientes la feliz pareja engendró

una numerosa progenie. Finalmente, el rey cayó tan seriamente enfermo que se temía por su vida, pero de nuevo acudió en su ayuda el dios El. Durante esta crisis, el gobierno del reino fue descuidado, y el príncipe Yassib, el heredero del trono, algo temerariamente, intentó persuadir a su anciano padre para que abdicase en su favor, proposición que no fue en absoluto bien recibida. Pero desconocemos el resultado final de esta gestión, puesto que el resto de la historia se ha perdido.

La filiación lingüística de la antigua lengua semítica, en la que están escritos este relato y otros similares, ha sido tema de ciertas diferencias de opinión entre los investigadores. De acuerdo con Albrecht Goetze y sus seguidores, la lengua de Ugarit debe considerarse como un lenguaje distinto, relacionado con el acadio por una parte y con el cananeo por la otra. Según Albright y otros, tanto la lengua de Ugarit como el hebreo son dialectos semitas occidentales a los que puede aplicarse, con las debidas limitaciones, el término cananeo. De todos modos, la comparación entre la lengua de Ugarit y las Sagradas Escrituras de los hebreos revela extraordinarias, y tal vez de otro modo inexplicables, semejanzas en la lengua, el estilo y el contenido ideológico.

Como sus paralelos hebraicos, la mayoría de los textos de Ugarit son poéticos y hacen amplio uso del artificio literario denominado paralelismo, que determina la reiteración de un pensamiento similar o de uno antitético:

«Aceite llueve de los cielos,
por los torrentes corre la miel».

Ambas literaturas, en términos inconfundiblemente parecidos, mencionan un monstruo denominado Leviatán, vencido por el dios Baal en los textos de Ugarit y por Yahvé en los hebreos. La versión de Ugarit dice que la extraordinaria criatura estaba dotada de siete cabezas.

Hay asimismo referencias a ciertas prácticas sacrificiales de los cananeos que reaparecen en el Antiguo Testamento, en donde se describen con los mismos términos técnicos usados en los rituales de Ugarit «la ofrenda de paz», «la ofrenda de reparación», «la ofrenda de primicias», «la ofrenda sin mácula», «el pan de los dioses».

De modo semejante, muchas expresiones que se suponían hebreas se encuentran en su forma más antigua en Ugarit: «Cual desea la cierva las corrientes del agua» (Ps, 41, 2), «Con arroyo divino» (Ps, 64, 10), «... de la grosura de la tierra y del rocío del alto cielo» (Gn, 27, 39); mientras que otras frases, aunque menos literales en su empleo, muestran evidentes signos de adaptación: «El que cabalga sobre las nubes», «He aquí que Yahvé cabalga sobre nube ligera» (Is, 19, 1), «Yo dividiré el mar», «El que en dos partes dividió el mar Rojo» (Ps, 135, 13) y «Yo sé que Aleyn, el hijo de

Baal, vive», «Yo ya sé que mi Redentor vive» (Jb, 19, 25).

Ante estas y otras muchas correspondencias, algunas de ellas asombrosas -en Ugarit se hallan referencias a un Sancta Sanctorum en el templo, a un héroe popular llamado Daniel, «quien decide la causa de la viuda y juzga el caso del huérfano», y a Baal, quien como hijo de dios (bn elm) es muerto y luego resucita-, es ineludible la conclusión de que muchas de las creencias y prácticas religiosas de los cananeos fueron adoptadas por los hebreos y fueron vertidas en el Antiguo Testamento.

Aunque la religión de los cananeos, como la de los antepasados de los hebreos, fue indudablemente politeísta, se ha sugerido que hacia la época de la conquista del país de Canaán sus creencias habían comenzado ya a evidenciar inclinaciones monoteístas, siendo sus dos deidades principales El y su hijo Baal. En una estela hallada en Ras Shamra, El es representado como un hombre anciano, con barbas, sentado sobre un trono y en el acto de recibir una ofrenda del rey de Ugarit. Se le denomina «Padre de los años» (compárese con «El Padre Eterno» de Isaías y el «Viejo de días» de Daniel [Dn, 7, 9]), y se habla de él como de un Señor poderoso, remoto y trascendente, es decir, como poseedor de los mismos atributos con los que los israelitas describieron a su Dios, concebido originalmente como una divinidad lunar, cuyo hogar era una tienda. Ciertamente es muy significativo que El sea el nombre con que es denominado Yahvé en el Génesis (a menudo en el plural mayestático Elohim).

Desde luego parece posible que una parte de la literatura de los cananeos, que se considera perdida, haya sido en realidad preservada en las Sagradas Escrituras de los hebreos, aunque es imposible precisar la extensión de tales préstamos. Entre tanto el hallazgo de ejemplares aislados de la escritura de Ugarit en Beth Shamesh, y también en el Mons Tabor en Galilea, sugiere que tal vez puedan esperarse nuevos descubrimientos de otras extensas acumulaciones de estos interesantes documentos en localidades alejadas de Ras Shamra.

III

Durante largo tiempo se consideró que el más antiguo de los textos hallados en territorio griego era una inscripción sobre un vaso de estilo dipilón, procedente de Atenas. Pero este hallazgo, fechado en 750 a. C., no podía ser considerado de gran significación histórica, puesto que este mensaje del pasado decía tan sólo: «Reciba

esto aquel de los danzantes que más graciosamente nos divierta».

Hasta hace poco, los comienzos de la historia de los griegos estaban asociados con el final de la Edad del Bronce, hacia el año 1100 a. C.; acontecimiento que fue precedido por la llegada al área egea de los dorios, pertenecientes a una supuesta nueva raza, los griegos, conocedores del hierro. Pero actualmente se reconoce que, por el tiempo en que apareció en la escena este particular contingente helénico, el país había sido ya griego durante cerca de mil años.

Sin embargo, antes de 1870, aun admitiendo estos hechos, los relatos homéricos eran considerados meros entes de ficción, y el bien conocido historiador George Grote se limitaba a manifestar el sentir de su época cuando declaraba que a los ojos de la investigación moderna la guerra de Troya constituía tan sólo una leyenda; punto de vista que apenas formulado tuvo que modificarse, como resultado de las actividades arqueológicas de Heinrich Schliemann.

En contra de todas las suposiciones, Schliemann logró localizar el emplazamiento de la que suponía mítica ciudadela de Troya, y, tras haber efectuado en aquel lugar extensas excavaciones, identificó nueve estratos o ciudades superpuestas, la sexta de las cuales consideró que era la Troya homérica. Tras haber confundido de tal modo a los expertos, Schliemann dirigió su atención a la misma península helénica, en donde, una vez más, sus ideas anticonvencionales produjeron resultados sorprendentes. De acuerdo con una antigua tradición, de la que se había hecho eco el gran geógrafo griego Pausanias (siglo II d. C.), las ruinas de la fortaleza de Micenas contenían la tumba de Agamenón y de otros guerreros que al regreso del sitio de Troya habían sido traidoramente asesinados por Egisto y Clitemnestra. Siguiendo este relato, Schliemann comenzó a excavar en Micenas y silenció rápidamente a sus críticos - quienes consideraban su intento como una pérdida de tiempo y de esfuerzos- al localizar lo que denominó «círculo de tumbas reales», que contenían una serie de sepulcros de cúpula, tallados en la roca a unos 8 metros de profundidad. En conjunto se hallaron los restos de diecinueve personas -hombres, mujeres y niños- junto con numerosas armas y adornos de oro.

De este modo se descubrieron pruebas indicadoras de una civilización micénica, que retrocedía en la Historia hasta la primera mitad del segundo milenio a. C. y tal vez aún más allá, si bien nada sugería que estos precursores fuesen ya griegos.

A estos descubrimientos pronto vinieron a añadirse los realizados por Arthur Evans en la isla de Creta. Junto con la península y el archipiélago griego constituye Creta una de las tres regiones principales del área egea, y el interés de Evans por sus posibilidades arqueológicas se despertó en 1880; Evans era entonces conservador del Ashmoleum Museum de Oxford en cuya calidad recibió una losa de piedra, procedente de Creta, que había sido enviada por Greville Chester, en la que se hallaban inscritas marcas jeroglíficas desconocidas. Con la intención de seguir esta

pista hasta el final, ya que creía podía conducir al descubrimiento de textos escritos pertenecientes a los más remotos habitantes de la región, Evans se dirigió a Grecia en 1893 y en el siguiente año, tras realizar un intento de exploración en Creta, descubrió y adquirió en Knossos una parte de una ciudad en ruinas. Compró el resto de la ciudad en 1900 y en este mismo año comenzó las excavaciones; casi inmediatamente descubrió una gran colección de tablillas de arcilla.

Estos documentos llevaban grabados, no los jeroglíficos hallados en la losa de piedra, sino una escritura totalmente distinta. En total se hallaron tres clases de escrituras: la que se descubrió en primer lugar y dos más; una de ellas parecía probable que fuese una simple modificación de la otra, y su descubridor las denominó Lineal A y Lineal B. Desde luego no se conocía ni la lengua ni la escritura de ninguna de las tres, y este estado de cosas perduró durante los siguientes cincuenta años.

Evans se hallaba, entre tanto, absorto en la inmensa tarea de excavar y reconstruir las ruinas de Knossos. La estructura principal de la ciudad estaba constituida por las ruinas de un gran palacio que ocupaba más de 2 Ha. y comprendía un verdadero laberinto de habitaciones, vestíbulos y corredores que en algunos sitios alcanzaban varios pisos de altura y se agrupaban en torno a un patio central. Este palacio constituyó una prueba evidente de que allí existió una civilización de un nivel inesperadamente elevado, que poseía refinamientos tales como cuartos de baño con accesorios provistos de agua caliente e incluso un precursor del moderno «water closet». Por deferencia a Minos, un monarca legendario de la isla, Evans dio a esta cultura el nombre de «minoica».

En la ciudad fueron hallados asimismo restos neolíticos, que constituían un depósito subyacente de unos 36 pies (unos 11 m) de espesor. Esta ocupación de aquella localidad durante la Edad de Piedra debió de tener una duración de varios milenios y probablemente terminó en el milenio IV a. C. Comenzó a continuación la Edad del Bronce, la cual, para facilitar su estudio, ha sido dividida en tres períodos, denominados: Minoico Primitivo, Minoico Medio y Minoico Último (MP, MM, MU). Cada uno de estos períodos ha sido subdividido en tres fases, numeradas I, II, III, que representan el comienzo, la madurez y el declinar final. Gracias al arte cretense pudieron obtenerse fechas absolutas, especialmente gracias a la cerámica y también por los sincronismos con Egipto; por ejemplo, un estilo de cerámica característico del MU I, exportado desde la isla a Egipto, fue hallado en el valle del Nilo entre otros restos pertenecientes a la 18ª dinastía (1570 a 1350 a. C.).

Se calculó que el gran palacio databa del período MM I (2100 a 1900 a. C.). Parece que durante el MM II la estructura fue destruida; más tarde fue diseñada de nuevo y reconstruida, pero luego fue de nuevo gravemente deteriorada. En MU I fue emprendida la reconstrucción final y esta obra sobrevivió hasta MU II. La ciudad fue entonces destruida y permaneció ya desierta, aunque existen indicios de una tentativa

de reocupación en MU III. Después la ciudad fue abandonada a la ruina y la destrucción. Su laberinto de corredores y subterráneos dio lugar con el transcurso del tiempo a la leyenda griega del Laberinto de Creta y del terrible Minotauro -medio hombre, medio toro- que se suponía habitaba en él.

El fin de la civilización cretense parecía ser tan inexplicable como sus comienzos. De acuerdo con Tucídides, Minos fue un griego, aunque Herodoto opinaba de modo diferente; mientras que, si había que creer a Homero, por lo menos cinco pueblos distintos habían vivido en la isla en otra época. Las opiniones modernas eran igualmente variadas. W. Dörpfeld, que había ayudado a Schliemann en Troya, se inclinaba por la teoría de que tanto el arte cretense como el micénico eran esencialmente fenicios. Eduard Meyer, un especialista en historia antigua, rechazaba como lugar de origen el Asia Menor, mientras que Evans estaba convencido de que la cultura de la isla, que concedía podía haber sido africana en su origen, se había desarrollado de un modo característico en su área egea. Apreciaba de tal modo las realizaciones cretenses que acabó defendiendo la tesis, a pesar de la abrumadora cantidad de pruebas adversas, de que los micénicos eran minoicos invasores de la península y que la civilización de la tierra firme era resultado de la civilización cretense. Evans mantuvo este punto de vista hasta su muerte en 1941, y tan grande era el peso de su autoridad, que durante largo tiempo impidió la verdadera apreciación de la vida de los egeos durante la Edad del Bronce.

Las pruebas facilitadas por la estratigrafía de la península llevaron al reconocimiento de tres períodos heládicos: primitivo, medio y último, correspondientes más o menos a los respectivos períodos minoicos, y hacia 1930 no pocos arqueólogos habían llegado a la conclusión de que la llegada de los primeros griegos a Grecia coincidió con el comienzo de la Edad del Bronce Medio, alrededor de 1900 a. C., y que su llegada se anticipó en unos ocho siglos a la llamada invasión dórica. Posiblemente, los recién llegados se mezclaron con los habitantes de aquella área del período heládico primitivo, los cuales constituían un pueblo que no era indoeuropeo y que había introducido nombres de lugares y cosas que acababan en -nthos, -assos, -ttos y -ene; por ejemplo Korinthos, Parnassos, Hymettos, Mykene. De este modo surgió una escuela de pensamiento que se oponía a Evans y a sus opiniones. Esta escuela sostenía que la civilización de la península, si bien pudo haber sido influida por la de Creta, en gran parte era totalmente independiente. En cuanto a las pruebas, tanto culturales como de cualquier otro tipo, que Evans consideraba como testimonios de la conquista y ocupación cretense de la península, se sostenía que en realidad debían ser consideradas de modo totalmente distinto; es decir, como indicadoras de un control de la península sobre Knossos.

La acrimonia de la situación fue acrecentada por el descubrimiento de cientos de tablillas de Lineal B en la península, concretamente en Pylos y Micenas. Como sus

paralelos cretenses, estos documentos se ajustaban a uno u otro de dos tipos principales, siendo unos rectangulares -en forma de página- y otros largos y estrechos, a menudo con extremos redondeados -estilo hoja de palmera-.

Era evidente que después que la arcilla de estas tablillas había sido modelada e inscrita, las tablillas secas -no cocidas- habían sido colocadas en cajas de madera. Accidentalmente, su conservación había sido asegurada por el cocido que recibieron cuando los edificios en que estaban almacenadas ardieron hasta los cimientos, bien de modo casual, bien como resultado de un ataque enemigo. Incluso en tal caso, la suerte seguía desempeñando un importante papel, pues en Pylos, por ejemplo, se observó frecuentemente que las tablillas que habían caído con la cara hacia abajo estaban a veces muy estropeadas a causa de la acción de microscópicas raicillas, mientras que otras que habían caído con la cara hacia arriba estaban en mucho mejor estado.

Ahora sabemos que el material Lineal B estaba mucho más ampliamente distribuido en la península que en Creta, en donde -de modo muy distinto a lo que sucedía con el Lineal A- se circunscribía a Knossos.

Pero el significado de esta peculiar distribución de lo que se consideraban documentos minoicos siguió siendo susceptible de diversas interpretaciones, y Evans y sus seguidores adoptaron obstinadamente el punto de vista de que este dato confirmaba la dominación cretense de tierra firme. En tal litigiosas circunstancias, la cuestión del descifrado del Lineal B llegó a adquirir una importancia crucial, puesto que era evidente que la información que se obtuviese decidiría la cuestión.

Pero en tan vital asunto, poco o ningún progreso se había hecho, y en gran parte había que culpar de ello al propio Evans, ya que los investigadores sólo en raras ocasiones habían podido estudiar los documentos importantes. Finalmente apareció su obra *Scripta Minoica* (Londres, 1909), pero estaba dedicada casi enteramente al material jeroglífico y al Lineal A, y, de todo el importante material Lineal B que poseía, tan sólo se incluían catorce tablillas. Unos veinticinco años más tarde, Evans dio a conocer al mundo unas ciento veinte tablillas más en el cuarto volumen de su monumental obra *The Place of Minos* (Londres, 1935). Pero la gran masa de material, que constaba de unas tres mil tablillas, estaba todavía sin publicar en el momento de la muerte del negligente Evans.

Sir J. L. Meyer, su antiguo asociado y colaborador, comenzó a estudiar la enorme y desordenada acumulación de notas dejadas por Evans, y por fin, después de más de cincuenta años de su descubrimiento, aparecieron detalles de los documentos en *Scripta Minoica II* (Londres, 1952), pero para entonces poseían tan sólo un valor académico, en lo que concernía al problema del descifrado.

Los primeros investigadores hubieran tenido suficiente material, aunque no demasiado, para proseguir sus estudios. Desde el principio, Evans se dio cuenta de que las tablillas evidentemente eran inventarios, en los que se había utilizado un

sistema numérico decimal. La naturaleza de su contenido parecía indicada por series de ideogramas, algunos de los cuales indicaban personas, animales y varias mercaderías de una u otra clase. Estos símbolos pictóricos, además, iban acompañados por grupos de dos o más signos distintos, de los cuales existían en total unos noventa, demasiado numerosos, pues, para ser alfabéticos, y que por lo tanto fueron considerados silábicos.

J. Sundwall, un infatigable investigador de esta escritura, que desde 1914 en adelante se dedicó a su estudio, empleó el método de la comparación interna, haciendo hincapié en la necesidad de identificar los objetos representados ideográficamente, lo cual era necesario para proceder al análisis de las medidas utilizadas. En cambio, A. E. Cowley dirigió su atención al hecho de que los totales que aparecían en las tablillas estaban precedidos invariablemente por uno u otro de una pareja de signos. En general se suponía que la escritura Lineal A era una forma primitiva del Lineal B, y que ambas expresaban el mismo lenguaje, si bien los intentos realizados por varios autores para identificar la lengua desconocida con el hebreo, finlandés, hitita, egipcio e incluso con el sumerio, acarrearón otros tantos fracasos. Otro procedimiento de acercamiento, realizado independientemente de las inscripciones, intentaba descubrir las posibles características de la lengua hablada por los habitantes del área egea en la Edad del Bronce, con particular referencia a los nombres de lugares no griegos antes mencionados; pista engañosa que conducía por una parte a Anatolia y por la otra a Etruria.

La situación estaba, pues, en estado estacionario, pero en 1939, C. W. Blegen localizó un gran palacio en Epano Englianos, en las cercanías de Pylos, y casi inmediatamente encontró una habitación-archivo en la que fueron hallados varios centenares de tablillas de arcilla. En vista de la creciente inestabilidad de la situación internacional, los documentos fueron limpiados, fotografiados y a continuación escondidos en lugar seguro. Unos cuantos textos, pocos desde luego, pero los suficientes para dar una indicación de su naturaleza, fueron inmediatamente publicados y gracias a ello se puso de manifiesto que la escritura era idéntica a la de las tablillas del Lineal B que Evans había hallado en Knossos; y, como por aquel entonces estaba ya ampliamente difundida la teoría de que la civilización micénica era griega, el hallazgo planteó problemas aún más arduos a los que todavía sostenían la teoría del origen minoico, si bien éstos resolvieron las dudas, aunque sólo fuera momentánea y provisionalmente, mediante el subterfugio de decir que los restos hallados en la península no eran autóctonos, sino de importación.

La tarea de editar el nuevo material fue confiada a Emmett L. Bennett, de la Universidad de Cincinnati, y sus trabajos culminaron -tras un retraso motivado por la guerra- en la publicación de *The Pylos Tablets* (Princeton, 1951), en donde los textos están agrupados según el contexto de los ideogramas.

Simultáneamente, Alice E. Kober, de Brooklyn, emprendió un cuidadoso examen de las tablillas; los resultados de sus penetrantes estudios aparecieron en varias series de artículos publicados entre 1943 y 1950, año en que murió.

Ambas contribuciones fueron de importancia fundamental, y el trabajo de Alice Kober demostró, entre otras cosas, no sólo que la lengua de las tablillas presentaba flexiones gramaticales -lo cual, desde luego, era inesperado-, sino que ciertas variaciones regulares eran análogas a los cambios que se observaban en otras lenguas de inflexión:

Latín

| | | |
|---------|-----------|---------|
| Ser-vus | A-mi-cus | Bo-nu-s |
| Ser-vum | A-mi-cu-m | Bo-nu-m |
| Ser-vi | A-mi-ci | Bo-ni |
| Ser-vo | A-mi-co | Bo-no |

Dada la naturaleza silábica de los símbolos del Lineal B, ¿podría darse el caso de que, como sucede con los finales del ablativo -vo, -co, -no citados, las terminaciones de los signos equivalentes contuviesen la misma vocal, pero consonantes distintas? ¿E inversamente, que otras sílabas presentasen la misma consonante, pero distintas vocales, como -vo /-vu, -co /-cu, -no /-nu?

El resultado de este razonamiento fue la realización de una tabulación, descrita cautamente por Kober como «el comienzo de un ensayo de esquema fonético», esquema al que los descifradores denominan familiarmente «la rejilla»; en ella, los signos silábicos están agrupados de acuerdo con el contenido de su supuesta vocal y su posible consonante; la disposición está ideada de tal modo que puede extenderse en ambas direcciones, según las necesidades (fig.10).

Cuando se la utiliza, la rejilla asume la forma de un tablero erizado de ordenadas hileras de clavos, de los que pueden colgarse etiquetas que contienen los variados signos silábicos, etiquetas que pueden moverse, según lo requiera la situación. El método es muy útil, principalmente porque evita los experimentos al azar en la vocalización, puesto que ninguna alteración de un supuesto valor silábico tiene inmediatas repercusiones sobre los demás signos que comparten las mismas columnas verticales y horizontales.

| | | V1 | V2 | V3 |
|----|---|----|----|----|
| | | o | u | ? |
| C1 | v | vo | vu | v? |
| C2 | c | co | cu | c? |
| C3 | n | no | nu | n? |
| C4 | ? | ?o | ?u | ?? |
| C5 | ? | ?o | ?u | ?? |
| C6 | ? | ?o | ?u | ?? |

Entre tanto, en Londres, en 1936, había sucedido un hecho de singular importancia. En este año, durante una exposición conmemorativa del jubileo de la British School de Atenas, Sir Arthur Evans pronunció una conferencia acerca de los asuntos minoicos; entre su auditorio se encontraba un estudiante, denominado Michael Ventris. El relato del conferenciante acerca de la indescifrable escritura de las tablillas de Knossos inflamó la imaginación del joven oyente, que decidió dedicarse a la resolución del problema. Aunque Ventris estudió arquitectura, todos sus momentos libres fueron consagrados a la tarea que se había impuesto. Al principio, Ventris se inclinó en favor de las supuestas afinidades de la lengua desconocida de las tablillas con el etrusco, y publicó lo que él mismo calificó más tarde de «un artículo adolescente» acerca de este aspecto del problema. Pero en 1950, animado por la eficaz ayuda del material procedente de Pylos y bajo el incentivo de las actividades de Sundwall, Bennett, Kober y otros investigadores, acometió una nueva serie de estudios analíticos, catalogando los signos fonéticos de acuerdo con la frecuencia de su aparición y anotando además aquellos que aparecían predominantemente al comienzo o al final, o que tendían a estar en parejas, o que nunca eran hallados en asociación con otros. También tomó buena nota de los varios grupos de signos e intentó una clasificación funcional. Sobre bases puramente comparativas ensayó la distinción entre cuatro categorías:

1. Nombres personales
2. Nombres de lugar y nombres de edificios
3. Nombres de negocios y de oficios
4. Vocabulario general.

En enero de 1951, y para atestiguar la validez de estos y otros hallazgos, Ventris comenzó un intercambio de notas e ideas con una veintena de investigadores que compartían su interés por el problema; entre éstos estaba Bedrich Hrozony, quien por esta época había llegado a convencerse a sí mismo -pero no a sus colegas- de que por fin había resuelto el enigma: aseguraba haber detectado semejanzas en la escritura cretense no sólo con el egipcio y el hitita jeroglífico, sino también con el proto-indio, sumero-babilónico, greco-latino y chipriota.

La octava de las comunicaciones de Ventris se refería al resultado de sus investigaciones estadísticas. En esta nota sugería que el frecuente uso inicial de tres de los signos indicaba con toda probabilidad que eran representativos de simples vocales, una de las cuales parecía tener el valor I y la otra el valor A -esta última identificación había sido ya sugerida por otros varios investigadores, entre los que se incluía Kober-. El valor del tercer signo podía ser E, según parecía sugerirlo el hecho de que apareciese numerosas veces en grupos de signos que se creía pudiesen representar nombres propios; en tal caso, a un cuarto signo, también considerado

vocálico, podía serle atribuido el valor O. Aunque la identificación de consonantes era mucho más difícil, en febrero de 1952 el contenido de la rejilla se había ampliado considerablemente, gracias a unas pocas y débiles pistas y a mucho trabajo a base de razonadas conjeturas.

En este estado se hallaban las investigaciones cuando por fin apareció *Scripta Minoica II*. A la luz del material que se publicaba en esta obra era evidente que, mientras en su mayor parte los textos de Knossos tendían a confirmar la estructura de la rejilla, parecía existir cierta inconsistencia entre las distintas maneras de deletrear ciertas palabras. En un intento por subsanar esto, Ventris estudió el valor silábico *jo* para uno de los signos dudosos, valor que había rechazado previamente, y observó que, entre otras cosas, esta corrección tenía un marcado efecto sobre un grupo de signos previamente catalogados por Kober como susceptibles de aparecer en formas alternativas (con flexión). Incorporando a estos grupos los valores *ja*, *jo*, en asociación con la tercera vocal identificada provisionalmente como *i*, y colocando números donde aparecían consonantes aún desconocidas, Ventris obtuvo una serie de «esqueletos» de palabras incompletas que por su simple apariencia sugerían la sustitución de muchos de los números por determinadas consonantes.

Sucedía algo semejante como si, en las palabras incompletas que aparecen más abajo a la izquierda, los valores 1 = D, 2 = N, 3 = R, 4 = S, 5 = T y 6 = Y estuviesen dispuestos de tal modo que fácilmente revelasen el nombre de lugares tan familiares como los que aparecen a la derecha:

| | |
|-----------------------|----------------------|
| <i>LE-E 1-4</i> | <i>LE-ED-S</i> |
| <i>WE-E 1-O2</i> | <i>WE-ED-ON</i> |
| <i>30-MI-LE</i> | <i>RO-MI-LE-Y</i> |
| <i>10-VE-1 A-LE</i> | <i>DO-VE-DA-LE</i> |
| <i>LE-IC-E4-5 E-3</i> | <i>LE-IC-ES-TE-R</i> |

Gracias a este procedimiento, el asombrado Ventris obtuvo los nombres de cinco de las principales ciudades de Creta: AMNISSOS, KNOSSOS, TYLISSOS, FAISTOS y LYKTOS; pero aun fue más asombroso el hecho de que esta identificación de seis consonantes produjese automáticamente el efecto de poder dotar de valores fonéticos a treinta y uno de los signos de la rejilla, y cuando éstos fueron aplicados a los contenidos de algunas de las tablillas, al parecer daban la palabra «cilantro» y la frase «provistos los reinos», ¡en griego!

Este trascendental descubrimiento fue anunciado en una nota, la vigésima de la serie, que Ventris envió a sus camaradas descifradores en junio de 1952, si bien se consideró que las supuestas palabras griegas pudiesen ser un espejismo. Pero, apenas dada la comunicación, Ventris se dio cuenta, tras haber aplicado los valores fonéticos

recientemente deducidos a los contenidos de otras tablillas, de que, por increíble que pudiese parecer, era inevitable la conclusión de que el lenguaje de las tablillas del Lineal B era, indudablemente, una forma arcaica del griego.

Desde luego, quedaba mucho por hacer antes de que el valor de esta revolucionaria tesis pudiese ser establecido. Para lograrlo, Myers puso a Ventris en contacto con John Chadwick, de Cambridge, quien también había estado trabajando en el problema y cuyo talento de criptógrafo y amplio conocimiento de los dialectos griegos prometía ser particularmente útil. El resultado inmediato de esa colaboración fue la publicación de un comunicado conjunto, *Evidence for Greek Dialect in the Mycenaean Archives* (Journal of Hellenic Studies, vol. LXXIII, 1953), en el que se daba una tabla de valores (fig. 11), se proponían varias interpretaciones y se identificaba el lenguaje de los textos del Lineal B como un dialecto griego, semejante al arqueo-chipriota.

La acogida dispensada al hallazgo de Ventris por los principales arqueólogos y filólogos combinaba las frases de estímulo con la reserva. En 1952, Blegen había reemprendido los trabajos de excavación en Pylos y había recogido varios centenares más de tablillas en aquel yacimiento, y pronto otras muchas surgieron a la luz en Micenas y en otros puntos de la península. La cuestión era averiguar si el contenido de este material adicional confirmaría la solución propuesta.

Dio la casualidad de que fue precisamente uno de los textos de Pylos el que más convincentemente dio la deseada respuesta. Una vez visto por Ventris, este documento fue examinado por Blegen en los primeros meses de 1953; Blegen comunicó que, a juzgar por su contenido ideográfico, evidentemente el texto se refería a vasijas, unas con tres pies, otras con tres o cuatro asas y otras sin asas, y en términos de los valores fonéticos propuestos, los grupos de signos correspondientes se transliteraban como *ti-ri-po* (trípode), *ti-ri-o-we* (con tres asas), *qe-to-ro-we* (con cuatro asas) y *a-no-we* (sin asas). «Todo -escribía Blegen- parece demasiado bueno para ser verdad, si excluimos posibles coincidencias».

El hecho, ahora ya generalmente aceptado, de que el lenguaje de las tablillas del Lineal B es una forma primitiva del griego plantea la cuestión de cómo esta escritura llegó a adaptarse a dicha lengua. La adopción de los signos minoicos fue, sin duda, una consecuencia del control que ejerció la península sobre Knossos durante el período MU II de la isla, el comienzo del cual, según Evans, fue acompañado por la emergencia de «una nueva dinastía de carácter agresivo». De todos modos, la escritura que debe ahora ser denominada micénico-Lineal B se deriva indiscutiblemente de una versión primitiva minoica, muy probablemente la que se designa como Lineal A, la cual puede derivarse, a su vez, de la escritura jeroglífica cretense. Y ésta, aunque egipcia en carácter, aparentemente constituye un sistema independiente.

| | A | E | I | O | U |
|---------|---|---|---|--|---|
| VOCALES |  |  |  |  |  |
| D |  |  |  |  |  |
| J |  |  | |  | |
| K |  |  |  |  |  |
| M |  |  |  |  |  |
| N |  |  |  |  |  |
| P |  |  |  |  |  |
| Q | |  |  |  | |
| R |  |  |  |  |  |
| S |  |  |  |  |  |
| T |  |  |  |  |  |
| W |  |  |  |  | |
| Z |  |  | |  |  |

Fig. 11.- Silabario micénico (según Ventris y Chadwick).

En su amplia obra *Documents in Mycenaean Greek* (Cambridge, 1956), Ventris y Chadwick insertan una nota de cautela en relación con la amplitud del descifrado de la escritura Lineal B. Continúa sin resolver, por ejemplo, el problema formulado por muchos de los ideogramas. Bennett ha hecho una lista que incluye bastante más de 100 de estos símbolos (y tal vez existan otros aún no descubiertos) y, excepto en los lugares en que son claramente pictóricos -como es el caso cuando se trata de hombres, trípodes, carritos-, su significado es generalmente imposible de conjeturar, a menos que vayan acompañados por claves en el contexto.

Pero de igual modo que el descifrado de los signos fonéticos asociados con los

ideogramas ayudaba en el reconocimiento de algunos de estos ideogramas, así la habilidad recientemente adquirida para leer y comprender muchos de los grupos de caracteres silábicos hizo posible determinar el significado de algunas de las otras palabras símbolo cuya identificación era imposible de otro modo.

A veces sucede que estos significados son dados fonéticamente en el texto -las palabras símbolo indicadoras del bronce, el aceite de oliva y vestidos, entre otras, fueron establecidas de este modo-. En ocasiones, los ideogramas aparecen con un signo silábico incorporado a ellos, y el elemento fonético representa claramente un adjetivo o un nombre griego en forma abreviada, como se muestra por el hecho de que en numerosas ocasiones la palabra en cuestión está repetida en toda su extensión. De modo semejante, cuando los signos de las sílabas *Wi* y *Ko* están colocados en medio del símbolo de *piel*, es evidente que su función es la de distinguir entre *Wrinos* (piel de buey) y *Kiwos* (piel de cordero). Pero, según demuestran otros ejemplos, cuando los signos silábicos son empleados ideográficamente del modo indicado, su significado puede variar de acuerdo con la naturaleza de los temas de que se trate. De modo semejante a lo que sucede en inglés con la abreviatura *Bk*, que puede ser leída como *Bank* (banco) o *book* (libro), según el contexto, así el símbolo micénico *Ko* añadido al establecido para *Kôwos* puede representar *Koruthos* (yelmo), cuando aparece entre palabras que indican armas de guerra, y *Koriandna* (semillas de coriandro) cuando se halla entre palabras indicadoras de condimentos.

El modo en que por diferentes razones se llegó a la elucidación de otros ideogramas queda claro al estudiar una serie de tablillas que se refieren al ganado. Aparte de los signos que se reconocen fácilmente que representan al ciervo (que aparecen muy raramente) y al caballo (el cual aparece en conexión con equipo militar únicamente), se nombraban cuatro animales domésticos, el signo de uno de los cuales, el cerdo, era también evidente. Acerca de la identidad de los caracteres restantes se hicieron numerosas especulaciones y se cruzaron numerosos argumentos en el pasado, ya que los tres estaban enormemente estilizados. Lo que en un tiempo se supuso era variante del signo de *caballo* es ahora considerado como una representación de *buey*. Así, mediante un proceso de eliminación, los investigadores se quedaron con dos símbolos que no podían ser otra cosa que corderos y cabras. El problema quedaba en este modo reducido a la cuestión de decidir cuál era cada uno de ellos, lo que parece haber sido satisfactoriamente resuelto adjudicando el valor cordero, el más común de los dos animales, al signo que aparece más a menudo -en ocasiones muy apropiadamente en asociación con el símbolo de lana-, pues el pelo del cordero es muy probable que fuese considerado como un elemento de textura más aprovechable que el de la cabra.

Al problema que presentaban la mayoría de los ideogramas se añade otra importante dificultad, que entorpece el descifrado total; se trata del relativamente

pequeño número de textos de que se dispone en la actualidad y al hecho de que su contenido, sin excepción, consista en simples inventarios, que por lo tanto dan lugar a un vocabulario lamentablemente deficiente en verbos y adverbios, en pronombres y preposiciones. También es descorazonador el hecho de que entre la mitad y las tres cuartas partes de las palabras micénicas conocidas sean nombres propios, muchos de ellos nombres de personas, de los que se han recopilado bastante más de mil. Mientras que la identificación de palabras del vocabulario puede ser comprobada por su significado, determinado por el mismo contexto, los nombres propios no se prestan a ser identificados de tal modo, con el resultado de que a algunos signos silábicos no ha podido todavía asignárseles un valor. Además, incluso después que un texto ha sido transcrito, no debe por ello creerse que pueda leerse con exactitud, puesto que el silabario micénico está muy lejos de ser preciso en su versión del griego; griego que, debe tenerse en cuenta, presenta casi tanto parecido con la versión clásica de esta lengua como el que guarda el inglés actual con el inglés de Chaucer, o el castellano de hoy en día con el de las *Partidas* de Alfonso X.

| | Numeraçión | Puntuación | Marcas |
|--------|------------|------------|--------|
| 1 | 1 | 1 | 1 |
| 10 | 10 | 10 | 10 |
| 100 | 100 | 100 | 100 |
| 1.000 | 1.000 | 1.000 | 1.000 |
| 10.000 | 10.000 | 10.000 | 10.000 |

Fig. 12.- Lineal B. Lista de ideogramas tal y como se encontró en Knossos (Kn) y Pylos (Py) (Emmett L. Bennett).

Pero, pese a tales limitaciones, se han averiguado muchas cosas gracias a los textos micénicos, tanto directa como indirectamente, sobre temas tan variados como la propiedad de la tierra y los productos agrícolas (cereales, aceitunas, higos, condimentos), tejidos y adornos (vestidos, túnicas, mantas), mobiliario y utensilios caseros (mesas, sillas, hierros del hogar, lámparas, cacerolas, calderos) y equipo naval y militar (barcos, carros de guerra, yelmos, corazas). Además poseemos pruebas indiscutibles de que Pylos y Knossos conocían la jefatura real, a pesar de que el nombre de los reyes no se menciona en relación con este título, por lo que no es posible identificar con certeza a ninguno de los monarcas.

En cuanto a los súbditos de tales reyes, es evidente que disfrutaron de una considerable diferenciación de trabajos, según se desprende de la gran variedad de oficios que practicaron -hay referencias a pastores y cabrerizos, leñadores y

cazadores, carpinteros y albañiles, fundidores de metales y arqueros, hiladores y tejedores, servidores de los baños y mujeres sirvientas-. Otras profesiones incluían las de médico, heraldo y mensajero, mientras que el acostumbrado ejército de sacerdotes y sacerdotisas se dedicaba a atender las necesidades de una no menos inevitable galaxia de dioses y diosas.

Teniendo siempre en cuenta que la identificación de los nombres personales se basa en parecidos superficiales, estas divinidades parecen incluir nombres bien conocidos, representativos de la mitología griega clásica, como Zeus, Hera, Atenea y Poseidón, por no mencionar las posibles referencias a Hermes y Dionisos. Las tablillas también mencionan personas que llevan nombres de más de cincuenta personajes homéricos; entre ellos Castor, Teseo, Héctor y Aquiles; pero, como faltan en absoluto las inscripciones monumentales, no se han podido realizar identificaciones de carácter histórico.

La aparente limitación de la escritura micénica a tablillas acerca de mercaderías y sellos de arcilla -aparte de algunas inscripciones halladas en las superficies de las jarras de Tiryns (Tirinto), Tebas y otros lugares- plantea el problema de la amplitud y desarrollo de la primitiva literatura griega y S. Dow se inclina a creer que el uso de la escritura Lineal B estaba circunscrito a unos pocos especialistas. Se ha argüido contra esto que alguno de los textos posiblemente fueron realizados por ciudadanos particulares y que la existencia de inscripciones sobre las jarras indica que otras personas, aparte los escribas profesionales, sabían leer y escribir. También se ha sugerido, a causa de sus rasgos, que los caracteres de las escrituras Lineal A y B pudieran haber sido ideados para ser escritos en tinta sobre papiro o sobre algún material equivalente, más bien que para ser grabados sobre tablillas de arcilla, y que, mientras estos últimos documentos con toda probabilidad fueron periódicamente destruidos o desechados, las llamas, que accidentalmente contribuyeron a su preservación, pudieron al mismo tiempo haber destruido lo que se deseaba fuesen textos imperecederos.

Sin embargo, persiste el hecho de que, tras la destrucción de Pylos y otros centros de cultura al final de la Edad del Bronce, sucedió un lapso de tiempo de casi tres siglos y medio en que no se hallan documentos de clase alguna y que, cuando reaparece finalmente la escritura griega, no es ya al modo micénico, sino en el fenicio, una modalidad enteramente distinta. ¿Debemos creer que con la llegada de los dorios, y la enorme destrucción que marcó su invasión, el arte de la escritura se perdió tan completamente que ya nunca fue recuperada su forma original? ¿O debemos suponer, como ha sugerido con esperanza A. J. Wace, que los griegos eran un pueblo demasiado inteligente para olvidar la escritura y que la aurora de la Edad del Hierro debe haber sido señalada por un período de transición, durante el cual el uso de la escritura Lineal B continuó, hasta que las manifiestas ventajas del sistema

fenicio condujeron a un gradual abandono del primero y la gradual adopción del segundo? Wace considera incluso la posibilidad de hallar documentos que proporcionen la lista de la tripulación de los barcos de que se habla en la Ilíada y el orden de batalla de Agamenón y se hace eco de la ambiciosa especulación de Blegen de que en algún palacio puedan conservarse los archivos de algún departamento político o de asuntos exteriores.

CAPÍTULO V

ALGUNAS ESCRITURAS INDESCIFRABLES

I

En el Segundo Congreso Internacional de Estudios Clásicos, que tuvo lugar en Copenhague (1959), I. J. Gelb describió el éxito logrado por Michael Ventris, al resolver el problema de la escritura Lineal B, como «el más afortunado esfuerzo individual en toda la historia del descifrado de escrituras y lenguas desconocidas».

Viniendo de una personalidad tan eminente es desde luego un gran elogio, y que tal proeza se llevara a cabo en 1952, fecha bien reciente, nos demuestra que no hay nada que impida ejercer su ingenio y su talento a aquellos que deseen emular a Champollion, siempre, desde luego, que posean un perfecto conocimiento del tema de su elección.

No pocos problemas quedan aún pendientes hoy en día, y muchos de ellos no son precisamente nuevos; así, por ejemplo, el que presenta la lengua de los etruscos (véase más adelante), la cual durante largo tiempo ha desconcertado a los investigadores y cuya solución está probablemente tan lejana hoy como lo estuvo hace dos mil años.

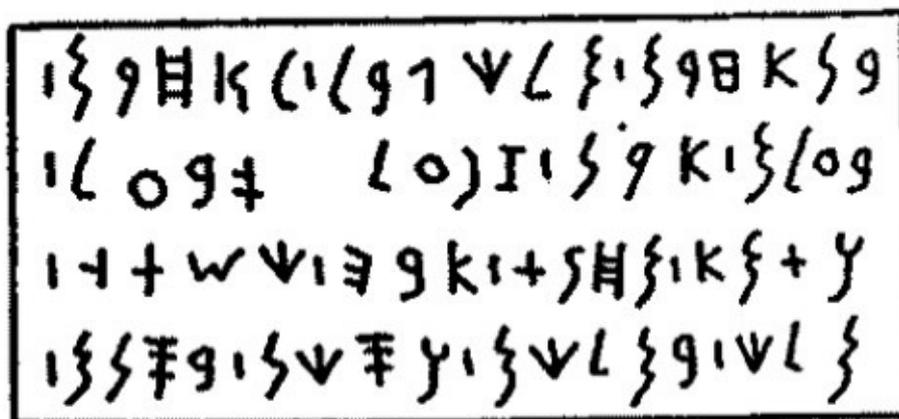


Fig. 13.- Fragmento de la inscripción Ahiram de Biblos (según R. Dussaud).

Otros problemas han surgido desde los comienzos del presente siglo; algunos de ellos, por lo menos, prometen ser de más fácil solución, y posiblemente para resolverlos sólo será necesario descubrir más cantidad de material adicional,

monolingüe o de cualquier otra clase. En esta categoría puede colocarse probablemente una serie de inscripciones que fueron halladas hace unos años (desde 1929 en adelante) en la antigua ciudad fenicia de Biblos. Desde que fueron publicados por Maurice Dunand en *Byblia Grammata* (Beirut, 1945), estos textos han sido estudiados cuidadosamente por Dhorme, quien ha descubierto en ellos más de cien signos distintos (fig. 13). Se supone que el lenguaje debe ser semítico. Las más antiguas de estas inscripciones son atribuidas a los siglos XIII a XI a. C., y fueron halladas en el macizo sarcófago que encargó el rey Itobaal para su padre Hiram.

II

El reciente descifrado de la escritura micénica Lineal B ha dejado sin resolver el problema presentado por las escrituras cretenses Lineal A y jeroglífica, que se supone expresan una lengua no griega, y tal vez ni siquiera indoeuropea.

Se sabe muy poco acerca de los habitantes prehelénicos de Creta, pero es evidente que durante la Edad del Bronce estuvieron relacionados comercialmente con Egipto, contacto que pudo haber llevado a la introducción de una forma de escritura jeroglífica, tal como la que se halla en las losas minoicas. Es casi seguro que esta escritura representa, en cuanto a sistema independiente, el comienzo de la escritura en la isla, y parece haber sido inventada durante el período minoico primitivo.



Fig. 14.- Lista de signos del Lineal A cretense (según G. P. Carattelli).

De igual modo que se hizo con la escritura lineal que se derivó de la jeroglífica, ésta fue dividida por Evans en jeroglífica A y B. Aparentemente, la jeroglífica A sirvió como un medio de identificación, mientras que la forma B, más evolucionada, llegó a ser de uso general durante el período MM II y una forma cursiva de esta última fue incisa sobre la arcilla de las tablillas. Una evolución posterior, que probablemente tuvo lugar en el período MM III, condujo a la aparición de la escritura Lineal A, de la que Evans halló cerca de una docena de ejemplares en Knossos. A comienzos del presente siglo, Halbherr halló otros textos, cuando descubrió cerca de ciento cincuenta pequeñas tablillas de arcilla en la llamada Villa Real de Hagia Triada. Estos documentos, todos en forma de página, contienen cada uno de cuatro a

nueve líneas de escritura que progresa de izquierda a derecha. Como en todos los sistemas silábicos, se emplean tres clases de signos: ideogramas o palabras símbolo, silabogramas o signos-sílaba y signos auxiliares, tales como una marca de división de palabras, en este caso bajo la forma de un tilde. Igual que sucede en su paralela micénica Lineal B, todos los documentos parecen ser inventarios en los que las mercancías están registradas por medio de ideogramas, usados en conjunción con 75 signos silábicos (fig. 14).

III

El investigador italiano Luigi Pernier descubrió en julio de 1908, en Faistos (Festo), Creta, una tablilla de terracota inscrita. Tenía forma circular irregular, de unas 6 pulgadas (15 cm.) de diámetro; cada cara del disco llevaba marcas pictográficas que, de modo enteramente original e inusitado, seguían un curso en espiral. Cada curva está constituida por cinco roscas o adujas, subdivididas en secciones por medio de líneas verticales; cada una de estas secciones contiene probablemente palabras o frases

También la escritura presenta características especiales, ya que los caracteres no están incisos, sino que parecen haber sido estampados sobre el disco con la ayuda de un sello o tipo móvil.

Las pruebas estratigráficas sugieren que el hallazgo podría ser datado hacia el año 1700 a. C. (fig.15).

El recuento de los signos demostró que en total eran doscientos cuarenta y uno -118 (en 30 secciones) en una cara del disco y 123 (en 31 secciones) en la otra-. Los símbolos son pictográficos y representan figuras humanas y animales, edificios, enseres domésticos, etc. Pernier reconoció 45 caracteres distintos los cuales fueron agrupados en siete epígrafes que comprenden desde vegetación y plantas hasta armas y herramientas. Teniendo en cuenta que las criaturas vivientes tienen las cabezas dirigidas hacia la derecha, se supuso que la escritura progresaba de derecha a izquierda y que, por consiguiente, empezaba por la parte exterior y terminaba en el centro del disco.

Aunque algunas de las pictografías guardan un gran parecido con los símbolos de otras escrituras cretenses, las formas principales son distintas y parecen representar un desarrollo independiente. Uno de los caracteres, un tocado emplumado, repetido

muy a menudo, se ha sostenido que sugiere que el disco fue traído de otro lugar y algunos investigadores lo han atribuido a los anatolios, aunque no se ha hallado nada parecido en Asia Menor ni en ningún otro lugar. Hasta que aparezca material adicional, las perspectivas de descifrado parecen ser muy escasas, puesto que sería temerario suponer que los 45 signos que aparecen sobre el disco constituyan la totalidad del sistema. En sus *Documents in Mycenaean Greek*, Ventris y Chadwick sugieren que, teniendo en cuenta la brevedad de la inscripción, el número total de signos es probablemente de unos 60 y que gracias a ellos, y teniendo en cuenta que las palabras individuales constan de dos a cinco signos, puede deducirse que la escritura es silábica y del tipo de la escritura egea.



Fig. 15.- El disco de Faistos (de la Scripta Minoica de Sir Arthur Evans, Mcmillan and Co. Ltd., London).

IV

El duque de Luynes encontró en la isla de Chipre varios ejemplares de una escritura desconocida que más tarde fue descifrada, en gran parte gracias a los esfuerzos de George Smith. La escritura constaba de 56 signos, cada uno de los cuales representaba una sílaba que terminaba en vocal; más de 500 inscripciones conocidas demostraron que la lengua en que estaban escritas era un dialecto griego. Databan de unos 700 años a. C. y era evidente que el silabario estaba mal adaptado al griego, y que originariamente había sido proyectado para ajustarse a una lengua indígena. Esta lengua nativa, que también se hallaba en alguna inscripción, no pudo ser comprendida y se le dio el nombre de eteo-chipriota.

Más tarde, en Enkomi (la antigua Salamis) y en otros lugares de la isla, se descubrió una serie de cortas inscripciones escritas en caracteres desconocidos. Esta escritura, perteneciente a la Edad del Bronce, era evidentemente mucho más antigua que la descubierta anteriormente y se supuso que correspondía a los años entre 1500 y 1150 a. C.

Muchas de estas antiguas inscripciones fueron descubiertas entre 1952 y 1953, durante las excavaciones llevadas a cabo en nombre del «Department of Antiquities», en tres tablillas de arcilla cocida. Dos de estas tablillas estaban muy estropeadas, pero la tercera contenía 22 líneas de texto ininterrumpido en una cara y un pequeño número en la otra. Había 57 signos distintos probablemente silábicos, y las palabras individuales estaban separadas por una marca divisoria en forma de un corto trazo vertical.

Los análisis han demostrado que, de las 22 líneas, cada una contiene de cuatro a cinco palabras; que una misma palabra de cinco letras está repetida en las líneas tres y diez; que otra de tres letras aparece en las líneas 5, 8 y 11; y que una palabra de dos letras se halla en las líneas 4, 10 y 18. La escritura progresa de izquierda a derecha y, según una teoría, esta escritura desciende de la minoico-micénica, aunque un intento por leerla en griego no fue muy convincente, en gran parte a causa de la insuficiencia de material. Una posible fuente exterior de inscripciones adicionales ha sido revelada por Schaeffer, quien descubrió un ejemplo fragmentario de esta escritura entre las ruinas de una residencia privada en Ras Shamra (fig. 16).

| | | | | | | | | | | | |
|--------|----|----|-----|----|----|--------|---|----|----|---|----|
| Enkomi | 22 | 𐀀 | 110 | 43 | 𐀃 | 15 | 5 | 𐀅 | 11 | | |
| 1 | 𐀁 | x2 | 23 | 𐀂 | 2 | 44 | 𐀄 | 10 | 6 | 𐀆 | 3 |
| 2 | 𐀃 | 13 | 24 | 𐀄 | 5 | 45 | 𐀅 | 11 | 7 | 𐀇 | 3 |
| 3 | 𐀄 | 7 | 25 | 𐀅 | 14 | 46 | 𐀆 | 1 | 8 | 𐀈 | 1 |
| 4 | 𐀅 | 7 | 26 | 𐀆 | 6 | 47 | 𐀇 | 1 | 9 | 𐀉 | 1 |
| 5 | 𐀆 | 9 | 27 | 𐀇 | 4 | 48 | 𐀈 | 2 | 10 | 𐀊 | 3 |
| 6 | 𐀇 | 9 | 28 | 𐀈 | 12 | 49 | 𐀉 | 10 | 11 | 𐀋 | 2 |
| 7 | 𐀈 | 1 | 29 | 𐀉 | 6 | 50 | 𐀊 | 5 | 12 | 𐀌 | 1 |
| 8 | 𐀉 | 2 | 30 | 𐀊 | 11 | 51 | 𐀋 | 7 | 13 | 𐀍 | 1 |
| 9 | 𐀊 | 4 | 31 | 𐀋 | 5 | 52 | 𐀌 | 12 | 14 | 𐀎 | 1 |
| 10 | 𐀋 | 2 | 32 | 𐀌 | 21 | 53 | 𐀍 | 10 | 15 | 𐀏 | 1 |
| 11 | 𐀌 | 3 | 33 | 𐀍 | 1 | 54 | 𐀎 | 4 | 16 | 𐀐 | 1 |
| 12 | 𐀍 | 14 | 34 | 𐀎 | 1 | 55 | 𐀏 | 21 | 17 | 𐀑 | 3 |
| 13 | 𐀎 | 13 | 35 | 𐀏 | 1 | 56 | 𐀐 | 9 | 18 | 𐀒 | 2 |
| 14 | 𐀏 | 2 | 36 | 𐀐 | 9 | 57 | 𐀑 | 7 | 19 | 𐀓 | 3 |
| 15 | 𐀐 | 6 | 37 | 𐀑 | 4 | 58 | 𐀒 | 9 | 20 | 𐀔 | 2 |
| 16 | 𐀑 | 5 | 38 | 𐀒 | 4 | Ugarit | | | 21 | 𐀕 | 1 |
| 17 | 𐀒 | 3 | 39 | 𐀓 | 3 | 1 | 𐀖 | 2 | 22 | 𐀗 | 1 |
| 18 | 𐀓 | 13 | 40 | 𐀔 | 2 | 2 | 𐀘 | 3 | 23 | 𐀙 | 1 |
| 19 | 𐀔 | 11 | 41 | 𐀕 | 2 | 3 | 𐀚 | 5 | 24 | 𐀛 | 1 |
| 20 | 𐀕 | 5 | 42 | 𐀖 | 1 | 4 | 𐀜 | 1 | 25 | 𐀝 | 27 |

Fig. 16.- Lista de signos eteo-chipriotas deducidos del Enkomi y del Ugarit. Las figuras pequeñas indican el número de sucesos. EL signo nº 13, omitido de la lista Enkomi fue posteriormente identificado con el nº 44 (de los Documents in Mycenaean Greek, de Ventris y Chadwick, The University Press, Cambridge).

V

Aunque se conocen unas diez mil inscripciones en lengua etrusca, cuatro quintas partes de ellas son de carácter funerario y, suponiendo que hubiesen existido textos literarios, no se ha conservado ninguno. Los intentos realizados por traducir los

fragmentos conocidos se han sucedido desde los tiempos del historiador griego Dionisio de Halicarnaso (siglo I a. C.), el cual describió la lengua desconocida como distinta a cualquier otra.

La evidencia arqueológica sugiere que el hogar ancestral de los etruscos fue Asia Menor, y esto añade color a la teoría del origen lidio propuesto por Herodoto. En cuanto a las posibles filiaciones lingüísticas, la última palabra de Trombetti acerca de este importante problema fue que la lengua pertenece a un grupo intermedio entre el caucásico y el indoeuropeo, si bien B. de Nogara se inclina por la opinión de que se trata de una lengua mixta con conexiones itálicas. Lo único cierto es que dicha lengua no podrá ser comprendida hasta que se le encuentre una filiación segura (fig. 17).

Las investigaciones basadas en el análisis interno, y realizadas con la ayuda de treinta textos bilingües etrusco-latinos, breves y no muy útiles, han hecho posible que se realizaran traducciones de algunos de los textos más cortos, en los que se repiten las mismas palabras varias veces. Para estas interpretaciones ha sido una gran ayuda que las interpretaciones consistan casi exclusivamente en epitafios, y sea previsible la aparición de palabras tales como *avil* (año), *tin* (día), *alpan* (ofrenda), *puia* (esposa), *ati* (madre), *lautn* (familia) y *ril* (edad). Una guía útil, aunque un tanto problemática, para la obtención de los nombres de los seis primeros números fue facilitada inesperadamente al examinar una tumba hallada en Toscanella, la cual contenía un par de dados de marfil, que llevaban inscritas las palabras *mach*, *zal*, *thu*, *huth*, *ci* y *sa*. Sin embargo, la distribución de los números sigue siendo una mera conjetura, y la presunción de que siga la tradicional disposición 1-6, 2-5 y 3-4 puede ser falsa. Otras pistas probables han sido encontradas por pinturas fáciles de reconocer, junto a nombres como *Clutmsta* (Clitemnestra) y *Elina-i* (Elena). Pero textos más largos, tales como los hallados sobre los vendajes de lino de algunos restos momificados (que contienen hasta quinientas palabras distintas), todavía esperan una traducción satisfactoria.

EV II IANNA·JH·LE
 AMERADVAI·N·TELOINAM E
 MIPAA·B·V·N·A·M·S·L·E·O·C·A·D·V
 EIAN·B·V·M·E·R·I·E·S·M·I·S·I·M
 OAM·E·M·I·A·M·A·A·I·M·A·M·A·O
 E·I·M·A·P·A·N·A·P·A·M·E·R·E
 XII·TELOIN·A·O·V·A·N·A·P·A·M·E·R·E
 P·A·I·C·E·M·I·V·I·M·E·S·C·V·I·V·C·R·N
 V·Q·A·I·V·I·D·I·E·V·A·V·A
 J·C·J·A·N·I·D·A·M·E·N·I·O·J·E·I·M·E·I·V·A
 A·V·E·M·I·E·L·O·I·N·A·P·I·N·A·L·C·J
 B·M·I·O·I·I·O·I·M·C·V·K·A·C·E·N·A·R·E
 M·E·N·V·R·A·M·J·A·O·Q·A·I·J·E·R·I·T
 C·L·E·N·O·V·N·V·L·O·E
 B·A·M·I·E·M·B·V·M·E·L·E·F·E·L·O·I·N·E
 M·I·N·O·A·T·E·M·Y·N·I·C·E·I·M·A·S·V
 N·I·L·E·D·M·D·A·N·C·T·O·I·I·B·A·I·M·I·E·R·I·E
 E·L·O·I·N·A·B·Y·N·A·L·E·L·E·N·E·M
 M·A·V·A·C·H·I·N·A·C·E·L·A·B·A·N·A·R·E·L
 C·I·N·A·M·I·L·I·A·I·N·T·E·M·A·N·E
 P·C·I·R·E·I·O·I·N·A·I·A·M·A·I·E·N·E
 C·M·A·D·V·O·A·N·O·J·E·I·M·E·I·V·A
 I·E·N·E·E·C·A·E·L·O·I·N·A·D·V·D·A·M·C
 A·V·D·A·B·E·L·V·I·E·S·N·E·D·A·M·N·E·C·E
 V·E·S·M·I·E·I·M·D·A·M·E·M·I·M·O·M·E
 E·I·O·V·I·A·M·C·V·A·B·A·N·A·M·E·N·A
 N·E·N·N·A·L·E·R·C·I·C·H·E·A·B·E·I·V·M·E

Fig. 17.- Inscripciones etruscas en el cippus Perugia (de The Alphabet de D. Diringer, Hutchinson and Co. Ltd. London).

VI

El conocimiento de los glifos mayas se perdió para el mundo a causa del desdichado celo de Diego de Landa, segundo obispo de Yucatán, quien alcanzó este cargo no mucho después de que los españoles descubriesen el Nuevo Mundo en los últimos años del siglo xv. En un intento por borrar toda traza de la religión nativa, este torpe clérigo ordenó la total destrucción de los textos mayas, y tan celosamente fueron cumplidas sus instrucciones, que de los varios centenares de manuscritos precolombinos, iluminados, escritos sobre papel de agave enlucido, solamente tres han llegado hasta nosotros. Y con la irreparable pérdida de estos documentos también desapareció toda posibilidad de conocer y comprender una cultura que, aunque sólo fuera en un aspecto, el del cómputo del tiempo, era en algunos aspectos superior a la de su destructor.

Se tuvo noticia de esto cuando, por un extraño viraje del destino, fue descubierta en la Biblioteca Real de Madrid una obra olvidada del padre Landa, escrita en 1566. El hallazgo fue hecho cerca de tres siglos más tarde. Esta obra daba detalles de los glifos que habían utilizado los mayas para designar los días y los años y también contenía un supuesto alfabeto de 27 letras. Cuando esta información fue aplicada al contenido de algunas de las numerosas inscripciones monumentales que existían entre las ruinas de las antiguas ciudades mayas, los datos del calendario probaron que eran fidedignos. Sin embargo, el supuesto alfabeto era totalmente inútil, lo cual podía achacarse a que el obispo Landa no comprendió bien a sus informantes, o bien a que fue deliberadamente engañado por ellos.

Actualmente se conoce el significado de cerca de un tercio de los signos, y de ellos se deduce que el sistema maya parece ser predominantemente ideográfico (fig. 18). Muchos investigadores han proclamado la existencia de elementos fonéticos; los más recientes defensores de esta teoría han sido el profesor americano Benjamin Whorf y el lingüista ruso J. V. Knorozov. Pero I. J. Gelb se muestra muy escéptico respecto a ello, basándose en que una escritura fonética, si se conoce el lenguaje que representa, no puede tardar mucho en ser descifrada. La lengua maya todavía es hablada por unas 360 000 personas, que habitan en la península del Yucatán, y por consiguiente es casi imposible que la escritura maya se base en un sistema fonético, aunque sólo sea por el hecho de haber resistido todos los esfuerzos hechos para dilucidarla.



Fig. 18.- Grabados mayas (The British Museum).

VII

Hace más de cien años, en Harappa, en el distrito Montgomery del Punjab (India), se hallaron pruebas de la existencia de una civilización, hasta entonces ignorada, que había florecido en el valle del Indo, durante el tercer milenio antes de Cristo; los exámenes detenidos de este yacimiento no fueron emprendidos hasta 1920. En esta época se halló y examinó otro montículo, unas 450 millas más allá, en Mohenjo-Daro, encontrando las ruinas de una gran ciudad, que había ostentado casas de ladrillos de varios pisos, equipadas con baños y vertederos.

Se ha sugerido que la notable ausencia de otras inscripciones fuera de las que aparecen en los sellos indica el uso de material perecedero para sus archivos. En cuanto a los sellos de cobre o piedra, se han hallado unos 800; cada uno de ellos contiene por término medio unos seis signos (fig. 19). Los cálculos acerca del número total de signos varían -G. R. Hunter ha distinguido 253, S. Langdon 288 y C. J. Gadd 296 caracteres distintos, siendo evidente el origen pictórico de algunos de ellos-. La escritura, que parece ser principalmente, pero tal vez no enteramente, ideográfica, normalmente se lee de derecha a izquierda, pero en ocasiones se hallan cambios de dirección y a veces es bustrófedon.

Desde el punto de vista de su descifrado, la escritura presenta un problema insoluble. No sabemos absolutamente nada del pueblo que la utilizó; su raza, su lengua, los nombres de sus jefes, todo ha sido olvidado. La única clave es la hipotética posibilidad de establecer conexiones con las culturas de Mesopotamia, sugerida por ciertas significativas semejanzas, por ejemplo, la existencia de sellos cilíndricos. Entre tanto, Meriggi ha intentado una interpretación puramente ideográfica; Langdon y Hunter han ensayado en vano explicar la escritura en términos del alfabeto Brahmi; Hrozony ha abogado por los méritos de una posible solución hitita y M. G. Hevesy ha buscado la respuesta en la lejana isla de Pascua. Pero si se confirma la identidad de la escritura del valle del Indo y la escritura rongo-rongo, como lo preconiza Langdon, esta semejanza sería el resultado, tal como él mismo sugiere, de un asombroso accidente histórico. En todo caso, su relación con la isla de Pascua puede ser considerada geográficamente como muy inverosímil y desde el punto de vista cronológico como altamente improbable.

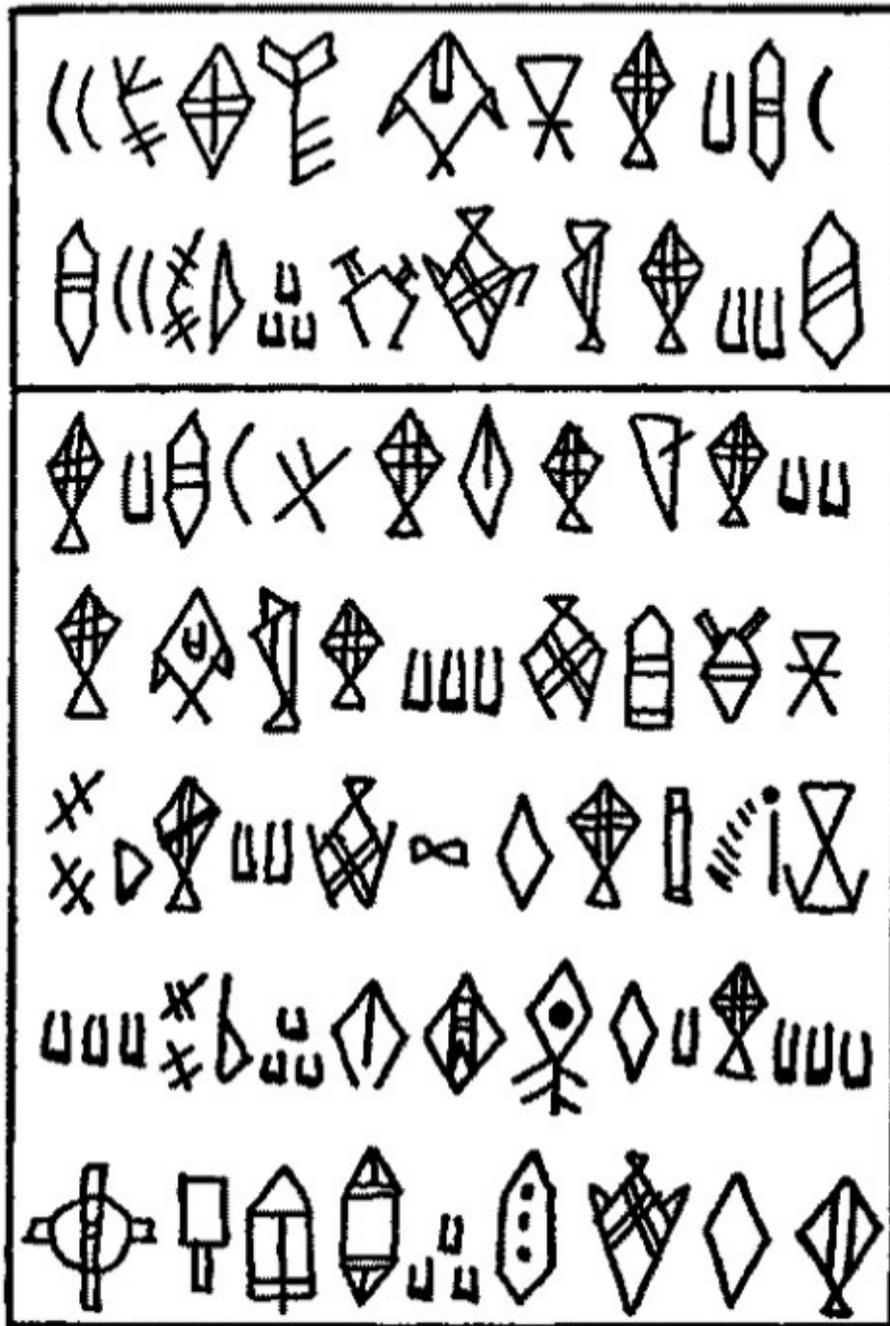


Fig. 19.- Escritura encontrada en las excavaciones del valle del Indo (de *The Script of Harappa and Mohenjodaro*, de G. R. Hunter, Routledge and Kegan Paul, Ltd. London).

VIII

En 1722, el holandés Jacob Roggeveen, en el transcurso de un viaje a través del

Pacífico de este a oeste, descubrió Rapanui o isla de Pascua, una isla de 45 millas cuadradas de superficie en la cual se hallaron varios centenares de figuras de piedra de gran tamaño. Tan misteriosas como estas figuras eran unas tablillas de madera, algunas de ellas de seis pies (1,82 m) de largo, cubiertas de una escritura pictográfica, no existiendo nada parecido en toda Polinesia (fig. 20). Los nativos daban a estas extrañas tablillas el nombre de *Koau-rongo-rongo*, pero al establecerse una misión en la isla, en 1864, muchos de los textos fueron destruidos a manos de sus poseedores, con el resultado de que hoy en día tan sólo se conoce la existencia de una veintena.

Algunos de estos símbolos consisten en representaciones de seres humanos, pájaros, peces y plantas, mientras que otros adoptan diseños geométricos.

Al ser interrogados acerca de los propósitos y significados de la escritura, los isleños más ancianos afirmaron que las tablillas eran de varias clases. Los contenidos de algunas de ellas se suponía que aseguraban la fertilidad de los campos, mientras que otras, tales como las *kohan* o *te ranga*, contenían conjuros poderosos, realizados con la intención de provocar la derrota de un enemigo. Pero los intentos realizados para persuadir a los nativos de que leyesen las tablillas en voz alta fracasaron. Un hombre interrogado al respecto dio tres versiones distintas de una misma tablilla en el transcurso de unos cuantos días y otro se limitó a entonar algo así como «ésta es la figura de un hombre, después viene el perfil de un pájaro...». Y, aunque ya demasiado tarde, se advirtió que habían perdido por completo los conocimientos indispensables para leerlas.

En esta escritura se invierte la dirección cada dos líneas y se ha convenido en que proviene de otro lugar. Según el investigador vienés Robert von Heine-Geldern, la fuente originaria fue China, mientras que De Hevesy, como ya se ha indicado, se inclina por el valle del Indo. Sin embargo, la tradición local sugiere que la escritura fue traída a la isla por doscientos guerreros y sus familiares, más o menos en el siglo XII d. C., y además que fue imaginada en principio para ser usada por una especie de juglares que leían las tablillas mientras cantaban. Esto presta apoyo a la tesis de Th. S. Barthel, que sostiene que dicha escritura es tan sólo una forma embrionaria de escritura, que consiste en un simple sistema de signos mnemónicos.

La versión elamita de las inscripciones aqueménidas trilingües iba precedida por una inscripción en una escritura que ha sido denominada protoelamita. Esta escritura fue desarrollada hacia el tercer milenio antes de Cristo en Susa (Shushan), una ciudad a orillas del río Karkhev, unas 150 millas al norte de la cabecera del golfo Pérsico, que fue capital del antiguo reino de Elam. Parece que existen formas primitivas y tardías de esta escritura. El ejemplo más reciente consiste en un número de signos comparativamente pequeño (han sido reconocidos y fechados unos 50 ó 60). Por otra parte, la escritura primitiva contiene varios cientos de signos, todos aparentemente ideográficos (fig. 21). Usualmente, aunque no invariablemente, progresan de derecha a izquierda y, con pocas excepciones, la escritura se reduce a tablillas de arcilla, cuyo contenido parece circunscribirse a temas económicos, aunque hasta ahora ninguno de los signos puede leerse sin tropiezo. Sin embargo, se ha deducido que el sistema numérico que les acompaña es probablemente decimal.

Todavía no se ha podido dilucidar si las escrituras protoelamitas se inventaron independientemente. Pero, en vista de su estrecha relación con los sumerios, por los que fueron vencidos, esto debe ser considerado inverosímil, sobre todo porque, tal como antes se ha referido, los elamitas abandonaron finalmente este sistema de escritura y adoptaron una forma simplificada del cuneiforme babilónico. Esto sugiere que la escritura protoelamita puede haberse originado de modo parecido y tal vez pueda hallarse en esta posibilidad una ayuda para su descifrado.

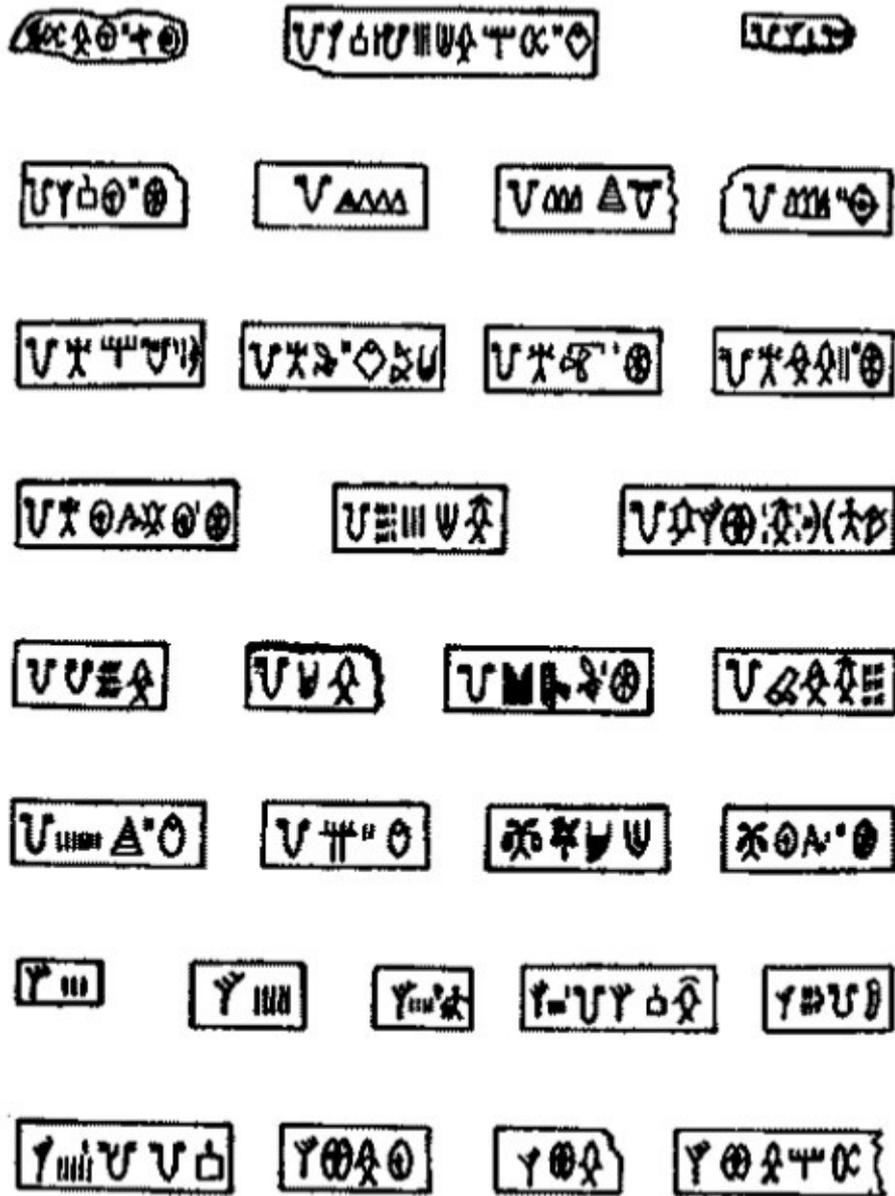


Fig. 21.- Inscripción protoelamita primitiva (según V. Scheil).

LISTA DE FIGURAS

1. El Mediterráneo Oriental y el cercano Oriente.
2. Las cuatro posibles disposiciones de los jeroglíficos egipcios. La numeración indica el orden en que los signos deben leerse.
3. Caracteres uniconsonantes y equivalencias.
4. Inscripciones «B» y «G» de Niebuhr.
5. Silabario cuneiforme persa antiguo.
6. Desarrollo de la escritura cuneiforme.
7. Jeroglíficos hititas (formas monumental y cursiva).
8. Silabario de jeroglíficos hititas.
9. Silabario ugarítico.
10. Lineal B: el origen de la rejilla.
11. Silabario micénico.
12. Señal lineal B: lista de ideogramas tal como se encontró en Knossos.
13. Fragmento de la inscripción Ahiram, de Biblos.
14. Lista de signos del lineal A cretense.
15. El Disco de Faistos.
16. Lista de signos eteo-chipriotas deducidos del Enkomi y del Ugarit.
17. Inscripciones etruscas en el cippus Perugia.
18. Grabados mayas.
19. Escritura encontrada en las excavaciones del valle del Indo.
20. Escritura rongo-rongo de la isla de Pascua.
21. Inscripción protoelamita primitiva.



P. E. Cleator (1908 – 1994), especialista inglés en lenguas antiguas y fundador de la British Interplanetary Society a finales de 1933. Autor de *Rockets in Space: The Dawn of Interplanetary Travel* (1936) and *Into Space* (1954), entre otros libros.

Notas

[1] El autor ironiza acerca del hecho de que esas tres palabras -sandwich, cardigan y wellington- designan tres objetos que recibieron ese nombre a causa de aquellos personajes que los pusieron en boga; así la denominación de sandwich, que reciben los emparedados, proviene del nombre del explorador inglés conde de Sandwich, quien solía comer carne entre dos rebanadas de pan; el cardigan es una prenda de lana puesta de moda por el conde Cardigan (1855) wellington es el nombre de unas botas que llegan hasta las rodillas, que puso de moda el duque de Wellington. (N. del T.) <<

[2] Entre nosotros compárese el castellano de Alfonso X el Sabio, e incluso el de Cervantes, con el actual. <<

[3] Tal sucede todavía en el castellano, a pesar de ciertas excepciones de tipo ortográfico. <<

[4] En castellano se ha adoptado esta segunda denominación para evitar confusiones.
(N. del T.) <<

[5] Nota del Traductor. <<